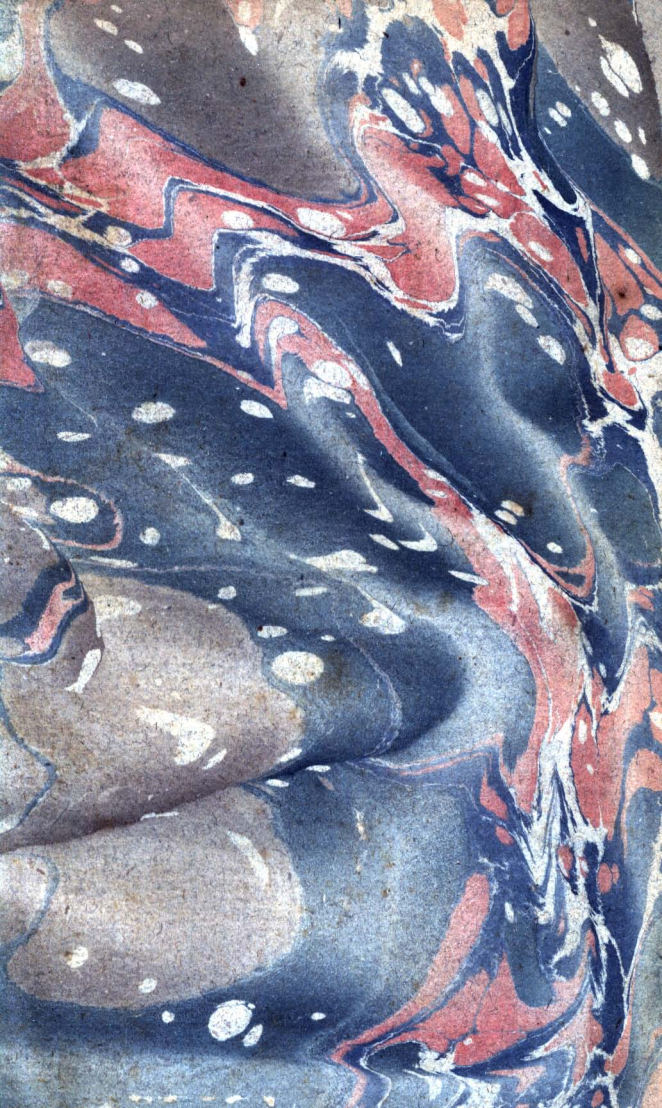

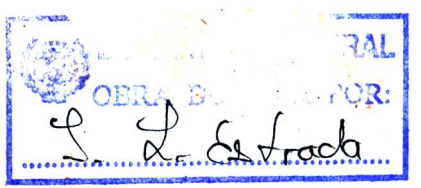
RAL
OBRA
POR:

6259 D/3723

OBRAS

DE MORATIN.

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA
DE
GENERAL
MALAGA

EL SI DE LAS NIÑAS.

COMEDIA.

Estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas.

ACTO III. ESCENA XIII.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON CARLOS.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA IRENE.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas, etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Diego. Simon.

(Sale don Diego de su cuarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara....

DON DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El corregidor, el señor abad, el visitador, el rector de Málaga... ¡Qué sé yo! Todos.... Y ha sido preciso estarme quieto y no esponerme á que me hallasen por ahí.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay mas en esto, que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.

Si, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

DON DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y

no puede tardarse mucho.... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas.... Tú eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya vés que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Si, señor.

DON DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DON DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leido muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos dias, y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Si, por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y

talento.... Si señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Escelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido?...

SIMON.

Pues ¿no es claro?.... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

DON DIEGO.

Si señor.... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que si.

DON DIEGO.

Bero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y digese que era una locura, y me....

SIMON.

Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.

Pues ya vés tú. Ella es una pobre.... Eso si. Porque, aquí entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que sino fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que.... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.

Dices bien... Y ¿sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?.... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con

amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

DON DIEGO.

¿Qué, hombre? ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses há.

SIMON.

¿Y bien, qué?

DON DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.

Pues ¿de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de es-

plicarse, ó yo lo entiendo al revés.... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?

DON DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con usted?

DON DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, qué?

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.

Pues ¿qué creias? Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Cárlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias.... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO.

Pues no señor.

SIMON.

Pues bien está.

DON DIEGO.

¡Mire usted qué ideal ¡Con el otro la habia

de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia, ó por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

¡Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO.

Si señor: todo eso es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, sino le asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre....

DON DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... Y ¿qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no

la conozco, sé que es una señora de escelentes prendas: mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija, pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella, y sobre todo, me ha informado de que jamás observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones.... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

DON DIEGO.

Y no pienses tú que á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

Pues ¿qué ha hecho?

DON DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias há no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid.... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento.... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Si señor.

DON DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Asi es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el picaron no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Si señor. El dia tres de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre....

DON DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido.... No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

¡Oh! No hay que temer.... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

Me parece que están ahí... Si. Gracias á Dios. Busca al mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni.... ¿Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(Simon se vá por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II.

Doña Irene. Doña Francisca. Rita. Don Diego.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay! ¡qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

¿Con que usted, á lo que parece, no ha salido?

(Se sientan doña Irene y don Diego.)

DON DIEGO.

No señora. Luego, mas tarde, daré una vueltecilla por ahí.... He leido un rato. Traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no..... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar. Pero mire usted; mire usted (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal.... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco.... ¡Qué sé yo cuanto viene aqui...! ¡Ay!

y una campanilla de barro bendito para los truenos.... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto...! Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma (*Vuelve á atar el pañuelo y se le dá á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*) guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas..... ¡Válgate Dios, eh! ya se há roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

Doña Irene. Doña Francisca. Don Diego.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

Y ¡qué fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA.

Pues con todo, (*Sentándose junto á doña Irene.*) aquella monja tan gorda, que se llama la madre Angustias, bien sudaba.... ¡Ay, como sudaba la pobre muger!

DOÑA IRENE.

Mi hermana es la que está bastante delicadita.... Ha padecido mucho este invierno.... Pero, vaya, no sabia que hacerse con su sobrina la buena señora..... Está muy contenta de nuestra eleccion.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas

personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por todo.... Ya se acuerda usted de lo espresiva que estuvo y....

DON DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto; pero....

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera, sin faltar á su honor ni á su sangre....

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

(Se levanta y vuelve á sentarse.)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no señor. Una niña bien educa-

da, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la vé, de su abuela, que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta.. .. En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murio en el mar el buen religioso: que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpétuo de Zamora, no puede oir hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

¡Válgate Dios! qué moscas tan....

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí señor; pero como la familia ha venido tan á menos.... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades.... Bien que, por lo que pueda tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quién sabe que el dia de mañana no se imprima, con el favor Dios.

DON DIEGO.

Sí, pues ya se vé. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano, y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en fólio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿Con qué para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Si señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

Y ¿de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, que prisa tienes?

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted (*Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á don Diego, dá un beso á doña Irene y se vá al cuarto de esta.*) que le haga una cortesia á la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

DON DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá, un beso.

ESCENA IV.

Doña Irene. Don Diego.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata.

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y....

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

DON DIEGO.

Bien: si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que.... Ademas, que hay ciertos modos de esplicarse....

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene..... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta....

DON DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo.... ¡Buenas cosas la dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo.... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues señor, (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Por que sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperien-

cia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso.... Y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad.... No era un niño, pero....

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy.... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos á la gineta.... No señor.... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues; y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Si señor, pues ¿por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con.... Bien que si uno hubiera de hacer caso.... Y ¿fué niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y....

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos; pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Si señor.

DON DIEGO.

Ya se vé que será un delicia y....

DOÑA IRENE.

Pues ¿no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en

los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que....

ESCENA V.

Simon, (*Sale por la puerta del foro.*) **Doña Irene. Don Diego.**

SIMON.

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO.

Dile que voy allá.... Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los dá á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*) ¿Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

El sol nos dá de espaldas.... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Si, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

Doña Irene. Rita.

DOÑA IRENE.

Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dejado morir. Rita.

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Si señora. Mas ha comido que un abestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy ha hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil, y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras!

(Entrase en el cuarto de doña Francisca.)

ESCENA VII.

Calamocha.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa y se sienta.)

CALAMOCHA

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia.... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante no la tiene el gabinete de historia natural.... Miedo me dá de entrar... Ay! ay!... Y ¡qué agujetas! Estas si que son agujetas.... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia ... Y gracias á que los caballitos dijeron no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos; no será poco.... Rebentados están..... (*Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.*) Oiga!.... Seguidillitas?. .. Y no

canta mal.... Vaya, aventura tenemos.... Ay! qué desvencijado estoy.

ESCENA VIII.

Rita. Calamocha.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!... Rita.

RITA.

Calamocha.

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adonde fué, ni con quién habló, ni como lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos.... En suma, molidos los rocines y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar.... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aqui?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¡Qué gusto me das!... Ahora si se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para

él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero, acabemos. ¿Cómo te hallo aqui? ¿Con quién estás? ¿Cuando llegaste? Que....

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen.... Pero no te puedo ponderar cuanto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que él de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el

mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros miriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aqui, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Pero esta casualidad nos...

CALAMOCHA

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Como nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aqui dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien. .. Adios. (*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Si. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¡Bribona!

RITA.

¡Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida. (*Entrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

Doña Francisca. Rita.

RITA.

Qué malo es.... Pero... ¡Válgame Dios! ¡Don Felix aquí! Sí, la quiere, bien se conoce.... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*) Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entonces, ¿qué ha de hacer una?.... Quererlos: no tiene remedio, quererlos.... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! Pues no seria una lástima que... Ella es. (*Sale doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre..... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre.... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico y que me irá tan bien con él.... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... Pobre de mí! Porque no miento, ni sé fingir, por eso me llama picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido.... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada.... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo, por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon.

(Se va obscureciendo lentamente el teatro.)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavia para tanta angustia .. ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... ¿Pero qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino....

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué rodeos!.... don Felix, ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad....

DOÑA FRANCISCA.

Y bien.... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces ... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande , que usted la maldijo, no pocas veces.... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.... Mire usted que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él.... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria.... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos.. .

RITA.

¡Qué boberia! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hom-

bres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí.... aquí.... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho.... ¡Válgate Dios! ¡Es lástima!... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

RITA.

No señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga.... Pero....

(Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si ...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que le he dicho á usted es la verdad pura. Don Felix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto.... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Si señora. .. Y le ha ido á buscar para....

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere? ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle ... ¿Pero ves qué fineza..? ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme.... porque yo se lo mando...! ¡Qué agradecida le debo estar...! ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan.... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien.... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... ¿Y cómo has de avisarme....? Mira que asi que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca.... ¿Me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar.... Ademas, que si está allí don Diego....

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda, y asi que llegue....

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mi?

RITA.

Si, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(Doña Francisca se vá al cuarto de doña Irene. Rita por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(*Teatro obscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun.... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo...! Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor.... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

Doña Irene. Doña Francisca.

DOÑA IRENE.

Sola y á obscuras me habeis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aqui, que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

¿Pero aquella muchacha que hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año.... Y yo que tengo un genio como una pólvora.... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios.... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sin sentido, y con muchísima razon....

DOÑA FRANCISCA.

Bien, si señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia, esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas.... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre..... Siempre cayendo y levantando.... Médicos, botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras

de coloquíntida y asafétida.... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia.... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor...! En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

Rita. (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) **Doña Irene. Doña Francisca.**

DOÑA IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace usted tanto daño.

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco.... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron

de nada. Con las obleas me parece que me va mejor.... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien.

(Toma una luz y hace que se vá.)

DOÑA FRANCISCA.

(*Aparte á Rita.*) ¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo.... (*Váse Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar....

DOÑA IRENE.

Con todo eso..... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago.... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se vá y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y traételas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas.... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

Rita.

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante.... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede.... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. ¿Lo entiendes?

RITA.

Si señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa.... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime.... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) Qué noche tan mala me dió!... Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario...! Ello por otra parte edificaba, cierto.... Pero cuando se trata de dormir.

ESCENA IV.

Doña Irene. Doña Francisca.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual.... ¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta....! Ya se vé, un sugeto de bienes y de posibles... Y ¡qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene.... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué batería de cocina! ¡Y qué despensa, llena de cuanto Dios crió...! Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Si señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras, las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios.... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra..... Pues no es cosa particular, señor.

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso? ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito...? Perdóneme Dios.

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA.

(*Aparte.*) ¡Perdida soy!

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre .. Como si tal madre no tuviera.... Yo te aseguro, que aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué.... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted, sino lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Si señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde. Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA.

¡Pobre de mí! (*Aparte.*)

ESCENA V.

Don Diego. (*Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*) **Doña Irene. Doña Francisca.**

DOÑA IRENE.

¿Pues cómo tan tarde?

DON DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el padre guardian de San Diego y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar. . (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo vá?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

DON DIEGO.

¡Qué diantre! Con que tanto se acuerda de....

DOÑA IRENE.

¿Qué se admira usted? Son niñas.... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen.... En una edad, asi tan....

DON DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos.... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no....

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla.... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. No vé usted que....

DON DIEGO.

Calle usted por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural... Lo que es natural es que la chica está llena de miedo y no se atreve á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No señor, lo que dice su merced, eso digo yo, lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¡Mandar, hija mia!.. En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar! .. Y ¿quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?...

Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?,. ¿Cuántas veces una desdichada muger halla anticipada la muerte en el encierro de un cláustro porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria?... ¡Eh! No señor, eso no vá bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. ¿Pero cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? Y en Madrid, figúrese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto

practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingénuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió

pocos dias há, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Si señor que tiene que ver, si señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice; un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le dá para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que dá gusto.... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella. Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, sino sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

¿Pues no quiere usted que me disguste oyén-

dole hablar de mi hija en unos términos que.... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!,.. Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

DON DIEGO.

No, hija mia; esto es dar alguna espresion a lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Si señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace.... Por eso mismo....

DON DIEGO

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco.... Quiero que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Si señor que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego.... ¡A una huérfana pobre, desvalida como yo...!

DON DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavia de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven.... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

(Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mútuamente.)

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Si señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

Hija de mi vida...! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Si señora.

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo mucho que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues qué no la quiero yo á usted?

DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien.

(Vánse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras, y Rita que sale por la puerta del foro la hace detener.)

ESCENA VI.

Rita. Doña Francisca.

RITA.

Señorita. .. ¡Eh! chit.... señorita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay Dios...! ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta...! Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor.... Al asunto.... y juicio. Y mire usted que en el parage en que estamos la conversacion no puede ser muy larga.... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí.... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente..... Valor, señorita, y resolucion.

(Rita se vá al cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

Don Cárlos. (*Sale por la puerta del foro.*) **Doña Francisca.**

DON CARLOS.

Paquita.... ¡Vida mia! Ya estoy aquí... ¿Cómo vá, hermosa, cómo vá?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido,

DON CARLOS.

¿Cómo tan triste...? ¿No merece mi llegada mas alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí.... Sabe usted.... Sí, bien lo sabe usted.... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí.... Mañana á Madrid.... Ahí está mi madre.

DON CARLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de doña Irene.)

DON CARLOS.

¿Sola?

DOÑA FRANCISCA.

No señor.

DON CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.*) Mejor.... ¿Pero no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas, solos están.... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay.... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida.... Yo no conozco á su madre de usted, ni.... Vamos, ahora nada se puede hacer.... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que ésta boda se celebre asi que lleguemos á Madrid.

DON CARLOS.

¿Cuál...? No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo y dicen....

DON CARLOS.

Bien..., dirán.... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia.... Me amenaza, me ha llenado de temor.... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas me....

DON CARLOS.

¿Y usted qué esperanza le dá...? ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA,

¡Ingrato.,..! ¿Pues no sabe usted que.... ¡Ingrato...!

DON CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS.

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima..! Una sola palabra de esa boca me asegura.... Para

todo me dá valor.... En fin, ya estoy aqui. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo.... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato, ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida.... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS.

Ni hay otra.... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre. .? Me quiere tanto...! Sí, acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás: que siem-

pre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla.... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS.

Yo le buscaré. .. ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, qué habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas.... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(Se enternece y llora.)

DON CARLOS.

¡Qué llanto!... ¿Como persuade?... Si, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? Nada hay mas que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CARLOS.

Nada.... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

Rita. Don Cárlos. Doña Francisca.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

DON CARLOS.

Si, que no conviene anticipar sospechas..... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquin.

(Se va por la puerta del foro.)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CARLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CARLOS.

Adios, vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. (*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

Don Cárlos. Calamocha. Rita.

DON CARLOS.

¡Quitármela! (*Paseándose con inquietud.*) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija..... mediando yo.... ¡Sesenta años!.... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA.

(*Sale Calamocha por la puerta del foro.*) Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y.... A lo

menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno....

DON CARLOS.

Vamos.... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo.... Alli he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

(Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.)

RITA.

¿Quién quiere sopas?

DON CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas.... Pero lo agradece, señor militar.

(Entrase en el cuarto de Doña Irene.)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo....

DON CARLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo.... ¿Pero, quién diablos le....

DON CARLOS.

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué se yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que....

DON CARLOS.

Si, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

Simon, (*Sale por la puerta del foro.*) **Calamocha. Don Cárlos.**

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

Cuánto me alegro de...

DON CARLOS.

¿Hombre, tú en Alcalá? ¿Pues qué novedad es esta?

SIMON.

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!.

DON CARLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó....

SIMON.

¿Quién me habia de decir á mí.... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de.... Y usted de

cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tu habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña.... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS.

Pues.... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

DON CARLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de

Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué se yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar.... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA.

Maldito (*Aparte, separándose de Simon,*) seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

DON CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni....

SIMON.

Bien, á eso voy ... Si señor, voy á decir á usted.... Con que.... Pues el amo me dijo....

ESCENA XI.

Don Diego. Don Cárlos. Simon. Calamocha.

DON DIEGO.

(*Desde adentro.*) No no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (*Don Cárlos se turba y se aparta á un estremo del teatro.*)

DON CARLOS.

¡Mi tio!....

(Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)

DON DIEGO.

Simon.

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos. .. Pero... ¿Quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¡Qué! ... Acerca esa luz.

DON CARLOS.

Tio.

(En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)

DON DIEGO.

Quítate de ahí.

DON CARLOS.

Señor.

DON DIEGO.

Quítate.... No sé como no le.... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Si usted se altera y....

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

DON DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero.... (*Acercándose á don Cárlos.*) ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos.... ¿Qué te sucede?.... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y....

DON DIEGO.

A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

DON CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

¿Pues á qué veniste?... ¿Es desafio? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que....

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

DON CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero.... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS.

Nada mas, señor.

DON DIEGO.

¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

DON CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este parage.... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay mas?

DON CARLOS.

No señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CARLOS.

No señor... A eso venia. No hay nada mas.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mi... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

DON CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores, que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

DON CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

Todos esos motivos no valen nada... ¡Por que le dió la gana de ver al tio!.... Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias, sino sa-

ber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CARLOS.

Señor, si...

DON DIEGO.

No hay remedio.... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que os caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera... Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tu... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?...

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las dá á don Diego.)

DON DIEGO.

Dámelas acá... Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (*A Simon.*) vé con él, ayúda-

le, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.)

ESCENA XII.

Don Diego. Don Cárlos.

DON DIEGO.

Tome usted. (*Le dá el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer...? Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CARLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

DON CARLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir mientras los caballos comen y descansan.... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto, ni entres en la

ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CARLOS.

Si señor.

DON DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

DON CARLOS.

Si señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien.... A Dios.... Todo te lo perdono... Vete con Dios.... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza, no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

DON CARLOS.

Quede usted con Dios.

(Hace que se vá y vuelve.)

DON DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tio, eh?

DON CARLOS.

No me atreví.

(Besa la mano á don Diego y se abrazan.)

DON DIEGO.

Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

DON CARLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¡Quién sabe, hijo mio! ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

DON CARLOS.

No señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira cómo lo gastas... ¿Juegas?

DON CARLOS.

No señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso,.. Con que buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas..... ¿Vas contento?

DON CARLOS.

No señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... A Dios...

DON CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó.... No me dés que sentir (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

DON CARLOS

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CARLOS.

Asi lo prometo.

DON DIEGO.

A Dios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

DON CARLOS.

¡Y la dejo!... (*Aparte al irse por la puerta del foro.*) ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

Don Diego.

Demasiado bien se há compuesto.... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo que... Despues de hecho, no importa na-

da.... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se vá á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV.

Doña Francisca. Rita.

(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz y la pone encima de la mesa.)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Si, bien puedes decirlo, amor... ¿Y yo qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va

á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto dá lástima....

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo.... Pues poquito me lo encargó.... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza.... Voy por él.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana.... Y ve con cuidado no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo.... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir.... Y ese maldito porton que rechina, que....

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé dónde está....

(Váse al cuarto de doña Irene.)

ESCENA XV.

Simon. (*Sale por la puerta del foro.*) **Doña Francisca.**

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavia no sé en dónde he de tender el rancho.... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Si señora, ahí en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(Váse al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI.

Rita. Doña Francisca.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?.... No puedo sostenerme.... ¡Desdichada!

(Siéntase en una silla inmediata á la mesa.)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta. (*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavia no creo lo que he visto... Aqui no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... ¿Pero cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Si señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires.... Como está un paso de aqui.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible..... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas qué á mi vida?. . ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nuncani es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(Levántase, y Rita la sostiene.)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural.... Celos. . ¿Por qué ha de tener celos...? Y aun eso mismo debiera enamorarle mas.... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un mónstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA,

Vamos de aqui que puede venir alguien y....

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja! Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Si señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?.... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.)

Don Diego. Simon.

DON DIEGO.

Aqui, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no se.... ¡Cómo ronca éste! Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar.... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Qué estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Si, aqui me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

Mala comparacion. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y que hora será ya?

DON DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de san Justo, y si no conté mal dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Si, ya es regular que hayan salido.... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente.... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver.... Ya ves en qué circunstancias nos cogia.... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ánsia en el corazon... *Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé.... Gente que pasa por la calle Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos segun parece.

DON DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco..? Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos.... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

DON DIEGO.

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver....

DON DIEGO.

No, dejarlos.... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música...! No gusto yo de incomodar á nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.)

SIMON.

Señor.... ¡Eh! Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

DON DIEGO.

¿Sí...? Retirémonos.

ESCENA II.

Doña Francisca. Rita. Don Diego. Simon.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Siguiendo la pared, no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Si señora.... Pero vuelven á tocar.... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas.... Deja.... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser? La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla.... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es.... ¡Dios mio..! (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera, y dá tres palmadas. Cesa la música*) Ve, responde.... Albricias, corazon. Él es.

SIMON.

Ha oido usted?

DON DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

(Doña Francisca se asoma á la ventana, Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy.... ¿Y qué habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer...? ¿Qué fuga es está..? Rita (*Apártandose de la ventana y vuelve despues.*) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí...! Bien está tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay! don Felix, nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene usted para dejarme muriendo...? Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y cómo le parece á usted que estará el mio...? No me cabe en el pecho... Diga usted.

(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA.

Señorita, vamos de aqui. . Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí...! Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

Don Diego. Simon.

DON DIEGO.

¿Qué grito fué ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel. . ¡Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, señor.

(Tentando por el suelo cerca de la ventana.)

DON DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

Sí... ¿Qué amante es este...? ¡Y diez y seis

años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está.

(Halla la carta y se la dá á don Diego.)

DON DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simon por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

Don Diego.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo..? ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir...? ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos..! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia...! ¡Celos...! ¿Yo...? ¡En qué edad tengo celos! Vergüenza es... ¿Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza de que provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

Rita. Don Diego. Simon.

RITA.

Ya se han ido.... (*Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios...! El papel estará muy bien escrito; pero el señor don Felix es un grandísimo pícaron.... ¡Pobrecita de mi alma.. ! Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! ¿Y este maldito papel...? Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá...? Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz.

(Sale con luz. Rita se sorprende.)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO.

¡Rita! ¿Pues tú aquí? (*Acercándose.*)

RITA.

Si señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire usted (*Alza la jaula que está en el suelo.*) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda.... Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto...? No, vivo está, vaya.... Algun gato habrá sido... Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavia,

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido.

(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMON.

Y sin prebe... Ni plumas hubiera dejado.

DON DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

¡Ah! Deje usted encenderemos esta, (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*) que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Si señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON DIEGO.

Vamos.

(Don Diego se entra en su cuarto. Simon vá con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI.

Doña Francisca. Rita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No señora.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses.. Si es lo único que faltaba á mi desdicha.... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos.... ¿Pero sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo!... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz.... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la vé á usted de esa manera....

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

Don Diego. Simon. Doña Francisca. Rita.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tú vás allá. Si han salido vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que dés, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se vá Simon por la del foro.)

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Si señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(Rita se vá al cuarto de doña Irene.)

ESCENA VIII.

Don Diego. Doña Francisca.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted?

(Siéntase junto á doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada.... Asi un poco de.... Nada.... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Si señor.

DON DIEGO.

¿Pues por qué no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

¿Pues de quién, hija mia?.... Venga usted acá... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted, ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto vá que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No señor, no señor.

DON DIEGO

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no señor.... Nunca he pensado asi.

DON DIEGO.

No tengo empeño de saber mas. . Pero de todo lo que acabo de oir resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguña de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... ¿Pues qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian asi la alegria y el amor?

(Váse iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del dia.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas.

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega él caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... Y mientras me dure la vida seré muger de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

¡Pero qué obstinado, qué imprudente silencio!.... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Vé aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos dá.... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la vé á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio!

DON DIEGO.

Si, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire usted qué desórden este! ¡Qué agitacion! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me dá usted palabra de presentarse así... Con cierta serenidad y... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

(Quiere arrodillarse, don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo.... Lo demas todo ha sido.... ¿Qué sé yo?... Una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos.... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)

DON DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

Simon. Don Diego.

SIMON.

Ahí están, señor.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisára yo, por si acaso habia gente aqui, y usted no queria que le viesen.

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra.... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra.... A mí me ha dado compasion el verle asi, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Si, que no te entiendo yo.... ¡Compasion!.... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida.... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(Vése por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)

DON DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

Don Diego. Don Cárlos.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

DON CARLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CARLOS.

Si señor, entré en la ciudad y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto.... (*Siéntase.*)

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CARLOS.

Si señor.... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio.... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo.... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener.... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.)

DON CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CARLOS.

¿Para qué saber mas?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

DON CARLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... (*Siéntase don Cárlos.*) ¿En donde has conocido á esa niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuando la viste?

DON CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco.... Yo no sé qué vi en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos.... El intendente dijo entre otras cosas..... burlándose.... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Felix de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun

tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos En fin.... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole....

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya.... Vamos, sigue adelante.

DON CARLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos.... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respon-

dian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender.... Siempre fuí para ella don Felix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise esponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada.... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la deje rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba.... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos.... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aqui.... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decírselo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus

:

pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni.... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya vés, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CARLOS.

Si señor.

DON DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no há media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano asi que...

DON CARLOS.

Pero no el corazon. (*Levántase.*)

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

No, eso no.... Seria ofenderla.... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré.... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y vé sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pre-

gunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?

(Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se vá retirando.)

DON CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion.... Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente.... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

DON CARLOS.

Al instante, señor.... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida.... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegáran á verificar... Entonces....

DON DIEGO.

Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir mas adelante.)

DON CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¡Cárlos!.... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

DON CARLOS.

Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego vá detrás de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella.... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿Adónde vás?... No señor, no has de irte.

DON CARLOS.

Es preciso.... Yo no he de verla.... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser.... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS.

Pero si....

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

(Entrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.)

ESCENA XI.

Doña Irene. Don Diego.

DOÑA IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos.... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza usted?

DON DIEGO.

Si, para rezar estoy ahora.

(Paseándose con inquietud.)

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... ¿Pero qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Si, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué.... Dígalo usted por Dios.... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy.... Cualquiera cosa, asi, repentina, me remueve toda y me.... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios.... Y vá ya para diez y nueve años, sino son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos, ni de conservas.... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted..... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada.

DOÑA IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Si señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que....

DON DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

¿Pero quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad.... Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE

¡Pobre de mí! (*Llora.*)

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me vén sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir.... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!.... ¡Si vivieran mis tres difuntos!.. Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno, y un dia del Corpus, y no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y sino hubiera sido por dos padres del Cármen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

¿Pero es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... Usted ya no quiere á la niña y busca pretestos para zafarse de la obligacion en que está.... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar, y á...

DOÑA IRENE.

No señor, ya no lloro.

(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia.... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto....

DOÑA IRENE.

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo.... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas... ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavia del cascaron, como quien dice...! Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision.... Pues bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

(Saca el papel de don Carlos y se le dá. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.)

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca...! Francisquita... ¡Virgen del Tremedal...! Rita, Francisca.

DON DIEGO.

¿Pero á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Si señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

Doña Francisca. Rita. Doña Irene. Don Diego.

RITA.

Señora.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Si, hija, si; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos...? Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice...?

(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)

RITA.

Su letra es. (*Aparte á doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué maldad...! Señor don Diego, ¿asi cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel.... (*Quitándola el papel de las manos á doña*

Irene.) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) «Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré «lo posible para que llegue á sus manos esta car«ta. Apenas me separé de usted, encontré en la «posada al que yo llamaba mi enemigo, y al ver«le no sé como no espiré de dolor. Me mandó que «saliera inmediatamente de la ciudad, y fué pre«ciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don «Felix... Don Diego es mi tio. Viva usted dicho«sa, y olvide para siempre á su infeliz amigo.— «*Cárlos de Urbina.*»

DOÑA IRENE.

¿Con qué hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con qué es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)

DOÑA FRANCISCA.

Madre... Perdon.

DOÑA IRENE.

No señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

Don Cárlos. Don Diego. Doña Irene. Doña Francisca. Rita.

DON CARLOS.

Eso no... (*Sale Don Cárlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cárlos!

DON CARLOS.

Disimule (*Acercándose á don Diego.*) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¡Qué es lo qne me sucede, Dios mio..! ¿Quién es usted? ¿Qué acciones son estas? ¿Qué escándalo?

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos viene á ser lo mismo.... Cárlos.... No importa... Abraza á tu muger.

(Don Cárlos vá adonde está doña Francisca: se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.)

DOÑA IRENE.

¿Con qué su sobrino de usted...?

DON DIEGO.

Si señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, que es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Con qué usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Si, prendas de mi alma... Si.

(Los hace levantar con espresiones de ternura.)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio...

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos...! ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el al-

ma el esfuerzo que acabo de hacer...! Porque, al fin, soy hombre miserable y débil

DON CARLOS.

Si nuestro amor (*Besándole las manos*), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

DON DIEGO.

Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño. .. Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba. ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrazándose don Cárlos y doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Si, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña. . Señorita, un millon de besos.

(Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves qué alegría tan grande...? Y tú, como me quieres tanto... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa (*Abraza á doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez.... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente: si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

COMEDIA.

Sed longe sequere, et vestigia semper adora.
THEBAIDOS. LIB. XII.

PERSONAS.

DON GREGORIO.
DON MANUEL.
DOÑA ROSA.
DOÑA LEONOR.
JULIANA.
DON ENRIQUE.
COSME.
UN COMISARIO.
UN ESCRIBANO.
UN LACAYO. } *No hablan.*
UN CRIADO. }

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicable para salir y entrar los personages de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

LA ESCUELA
DE LOS MARIDOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Manuel. Don Gregorio.

DON GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted, ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

DON MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen y....

DON GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

DON MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

DON GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

DON MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

DON GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria, porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

DON MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tu cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿sería esta una razon para que me culpáras el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio y... Pues qué, ¿la

vejez nos condena, por ventura, á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un orígen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que....

DON GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas, y previno que si andando el tiempo queriamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscariamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

DON MANUEL.

Sí; pero me parece á mí...

DON GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta: séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color, sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

Doña Leonor. Doña Rosa. Juliana. (*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*) **Don Gregorio. Don Manuel.**

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, sin poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que....

DON GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos

por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos....

DON MANUEL.

Si por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz.... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla: con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

DON GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse adonde guste: usted puede ir con ella.... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

DON MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que.....

DON GREGORIO.

A mas ver.

(Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.)

DON MANUEL.

La juventud necesita....

DON GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

DON MANUEL.

¿Pero hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

DON GREGORIO.

No, ninguno, pero conmigo está mucho mejor.

DON MANUEL.

Considera que....

DON GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

DON MANUEL.

¿Pero piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA.

(*Aparte.* ¡Tuerto maldito!)

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para...

DON GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la esplicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

DOÑA LEONOR.

¿Pero qué quiere usted decir con eso?

DON GREGORIO.

Señora doña Leonor, con usted no va nada.

Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

DOÑA LEONOR.

¿Pero piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañia.

DON GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están los demas.*) No estará muy bien, no señora, y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

DOÑA LEONOR.

Mire usted, señor don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo, que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos, pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es, pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que usted la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea

usted, y al hombre mas ladino le volvemos tarumba, cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocára en suerte un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

DON GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

DON MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme sino de reir, y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es apropósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro, que á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme; si por otra parte la sobraban los deseos.

DON GREGORIO.

Todo eso que dices, no vale nada.

(Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

DON MANUEL.

Será lo que tú quieras.... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros, porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger, pero estoy bien lejos de tiranizarla; para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

DON GREGORIO.

¡Qué blandura, que suavidad! Todo es miel y almívar... Pero permítame usted que le diga, se-

ñor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

DON MANUEL.

¿Y por qué ha de hacerse esa mudanza?

DON GREGORIO.

¿Por qué?

DON MANUEL.

Sí.

DON GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

DON MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

DON GREGORIO.

¡Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

DON MANUEL.

¿Y por qué no?

DON GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y....

DON MANUEL.

Sin duda.

DON GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio, y....

DON MANUEL.

Cuando ella quiera

DON GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

DON MANUEL.

Preciso.

DON GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

DON MANUEL.

Si no es sorda.

DON GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

DON MANUEL.

Pues ya se supone.

DON GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco.... Vaya usted adentro, niña: usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á Doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico por el teatro.)

ESCENA III.

Don Manuel. Don Gregorio. Doña Leonor. Juliana.

DON MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

DON GREGORIO.

¡Oh! ¡qué gusto he de tener cuando la tal esposa le....

DON MANUEL.

¿Qué?..... Vamos, acaba de decirlo.

DON GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

DON MANUEL.

Yo ignoro cuál será mi suerte, pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

DON GREGORIO.

Si, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro de peligro con que usted le

amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mi propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

DON GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

DON MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así..... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

¿Pero no irá usted por mí?

DON MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

(Don Manuel y las dos mugeres se ván por una de las calles.)

DON GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios

ESCENA IV.

Don Gregorio.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro, empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza, ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

Don Enrique. Cosme. (*Salen los dos de la casa de don Enrique, y observan á don Gregorio, que estará distante.*) **Don Gregorio.**

COSME.

¿Es él?

DON ENRIQUE.

Si, él es: el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

DON GREGORIO.

¿Pero no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres....

DON ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él y ver si logro de alguna manera introducirme.

DON GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*) no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinage y....

DON ENRIQUE.

¿Pero este hombre no vé?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.)

DON GREGORIO.

No, no, no.... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la córte no pudiera menos de....

(Estornuda y se suena.)

DON ENRIQUE.

No hay remedio: yo quiero introducirme con él.

DON GREGORIO.

¿Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se vén estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

DON GREGORIO.

¿Quién vá? (*Vuelve por el lado derecho, se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le vá acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

DON GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya que el hombre es atento!

DON ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á usted de sus meditaciones.

DON GREGORIO.

En efecto.

DON ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle....

DON GREGORIO.

Bien.

DON ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la mayor since-

ridad, cuanto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

DON GREGORIO.

Lo estimo.

DON ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona....

DON GREGORIO.

Muy bien.

DON ENRIQUE.

Y, ¿sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la córte aseguran, como cosa muy positiva....

DON GREGORIO.

¿Qué me importa?

DON ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

DON GREGORIO.

¡Eh!

DON ENRIQUE.

Realmente (*Despues de una larga pausa prosigue don Enrique. Se para, deseando que don Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se vé, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... ¿Y usted en qué pasa el tiempo?

DON GREGORIO.

En mis negocios.

DON ENRIQUE.

Si; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿que hace usted?

DON GREGORIO.

Lo que me dá la gana.

DON ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaria, asi, algunas noches á su casa de usted y....

DON GREGORIO.

Agur. (*Atraviesa por entre los dos, se entra á su casa y cierra.*)

ESCENA VI.

Don Enrique. Cosme.

DON ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Vés qué hombre ese?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¡yo me desespero!

COSME.

¿Y por qué?

DON ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo: en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á usted le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una muger á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada, y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisvadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la martirizan y la desesperan. ¿Y qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrages que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y.... en fin, se adelanta ca-

mino. Créame usted: la aspereza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

DON ENRIQUE.

Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viage de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la córte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para....

DON ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte que ella todavía no sabe que usted la quiere?

DON ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me has visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San

Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se vá á pasear con ella hácia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; ¿pero quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fé que el tal lenguage es un poco obscuro, sino le acompañan las palabras ó las letras.

DON ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido, y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Si, discurramos.

DON ENRIQUE.

A ver si se puede....

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

DON ENRIQUE.

¿Pues qué importa que. ..

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detras de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra.... No, no, á casa... Y despacito, como que....

DON ENRIQUE.

Si, dices bien.

(Vánse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

Don Gregorio. Doña Rosa.

(Salen los dos de casa de don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quien es el sugeto.

(Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve despues.)

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

DON GREGORIO.

¿No dices que has oido que se llamaba don Enrique?

DOÑA ROSA.

Si, don Enrique.

DON GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entretanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este... ¿Pero qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

DON GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz.... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias, pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le....

ESCENA III.

Cosme. Don Gregorio. Don Enrique.

DON GREGORIO.

¡Qué bruto de.... (*Al salir Cosme dá un gran tropezon con don Gregorio.*) ¡No ve usted qué modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.)

DON ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

DON GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

DON ENRIQUE.

¿A mí, señor?

DON GREGORIO.

Si por cierto.... ¿No se llama usted don Enrique?

DON ENRIQUE.

Para servir á usted.

DON GREGORIO.

Para servir á Dios.... Pues señor, si usted lo permite, yo tengo que hablarle.

DON ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á usted en algo?

DON GREGORIO.

No, al contrario, yo soy el que trato de hacerle á usted un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

DON ENRIQUE.

¿Y usted venia á mi casa con ese intento?

DON GREGORIO.

Si señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

DON ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que envanecido con el honor de que...

DON GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

DON ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante.

DON GREGORIO.

No hay para qué.

DON ENRIQUE.

Sí, sí, usted me hará este favor.

DON GREGORIO

No por cierto. Aqui estoy muy bien.

DON ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted....

DON GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

DON ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete, despues se detiene dudando lo que ha de hacer.)

DON GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á usted decir lo que...

DON ENRIQUE.

¿De pie? ¡Oh! no se trate de eso.

DON GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

DON GREGORIO.

No le traiga usted.

DON ENRIQUE.

Pero seria una desatencion indisculpable....

DON GREGORIO.

Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con usted.

DON ENRIQUE.

Ya oigo.

(Don Enrique hace ademan de ponerse el sombrero, pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)

DON GREGORIO.

Asi me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oirme?

DON ENRIQUE.

Si por cierto, con muchísimo gusto.

DON GREGORIO.

Dígame usted: ¿sabe usted que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

DON ENRIQUE.

Sí señor.

DON GREGORIO.

Pues bien, si usted lo sabe, no hay para que decírselo... ¿Y sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por pupilage, por estar destinada al honor de ser mi muger?

DON ENRIQUE.

No sabia eso. (*Con sorpresa y sentimiento.*)

DON GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y ademas le digo, que si usted gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

DON ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Yo, señor?

DON GREGORIO.

Si, usted. No andemos ahora con disimulos.

DON ENRIQUE.

¿Pero quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esa señorita?

DON GREGORIO.

Personas á quiénes se puede dar entera fé y crédito.

DON ENRIQUE.

Pero repito que....

DON GREGORIO.

¡Dale!... Ella misma.

DON ENRIQUE.

¿Ella?

(Se admira, y manifiesta particular interés en saber lo restante.)

DON GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirla con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted, pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que

usted se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

DON ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado....

DON GREGORIO.

Si señor, ella misma, la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. Adios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

(Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.)

DON ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envia ese recado.

DON GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

DON ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aqui, porque está observándonos.

(Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.)

ESCENA IV.

Don Gregorio. Doña Rosa.

DON GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se vé, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido.... Las miradas de un hombre la asustan, y se dá por muy ofendida.

(Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á doña Rosa.)

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

DON GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla.... ¡Calle! ¿Qué estabas aqui?... Ya despaché mi comision.

DOÑA ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

DON GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

DOÑA ROSA.

¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

DON GREGORIO.

¿Pero en qué fundas ese temor, hija mia?

DOÑA ROSA.

Apenas habia usted salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿Qué le parece á usted que era?

DON GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun trocho, ó así...

DOÑA ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.)

DON GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

DON GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

DON GREGORIO.

¡Picardia como ella!... ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instante.... Mire usted, el corazon le tengo tan oprimido, que...

DON GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que usted mismo....

DON GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás

una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

(Le dá la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta: doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)

DON GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez.—Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe y....

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

DON GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

DON GREGORIO.

Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un*

lado y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla...

DON GREGORIO.

No, nada de eso.

DOÑA ROSA

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

DON GREGORIO.

No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aqui á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos. Volveré á hacerte compañia, y leeremos un par de horas en *Desiderio* y *Electo*... ¿Eh? Adios.

DOÑA ROSA.

Venga usted pronto.

(Se entra doña Rosa en su cuarto.)

ESCENA V.

Don Gregorio. Cosme.

DON GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegria, al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo

tengo en ella, de modestia y de juicio ¡Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder asi. No señor; las mugeres son, lo que se quiere que sean.... (*Va á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh! señor don...

DON GREGORIO.

Tome usted, dígale usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita ni á enviarla cajitas de oro: porque está muy enfadada con él.... Mire usted, cerrada viene. Dígale usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

Don Enrique. Cosme.

DON ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja, con esta carta: que dice que usted ha enviado á doña Rosita....

(Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.)

DON ENRIQUE.

¡Yo!

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á usted sin haberla querido abrir.... Lea usted pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

DON ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá á usted sin duda. «El designio de escribírsela, y el modo con que «la pongo en sus manos, parecerán demasiado «atrevidos; pero el estado en que me veo, no me «da lugar á otras atenciones. La idea de que den«tro de seis dias he de casarme con el hombre «que mas aborrezco, me determina á todo; y no «queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo «el partido de implorar de usted el favor que ne«cesito para romper estas cadenas. Pero no crea «usted que la inclinacion que le manifiesto sea «únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace «de mi propio albedrio. Las prendas estimables «que veo en usted, las noticias que he procurado «adquirir de su estado, de su conducta y de su «calidad, aceleran y disculpan esta determina«cion.... En usted consiste que yo pueda cuanto «antes llamarme suya; pues solo espero que me «indique los designios de su amor, para que yo «le haga saber lo que tengo resuelto. Adios, y «considere usted que el tiempo vuela, y que dos «corazones enamorados con media palabra deben «entenderse».

COSME.

¿No le parece á usted que la astucia es de lo

mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha, tan ingeniosa travesura de amor?

DON ENRIQUE.

¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion, acrecen la que yo la tengo: (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Despues se acerca.*) y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura....

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra usted lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

Don Gregorio. Don Enrique. Cosme.

DON GREGORIO.

Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que, dígame usted, caballerito. ¿Volverá usted á enviar billetes amorosos, á quien no se los quiere leer? Usted pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya vé usted el chasco que le ha sucedido... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvera en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio: á usted no le puede ver ni pintado, con que lo mejor es una buena retirada, y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

DON ENRIQUE.

Es verdad: su mérito de usted es un obstáculo

invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á usted por competidor.

DON GREGORIO.

¡Ya se vé que era una locura!

DON ENRIQUE.

¡Oh! yo le aseguro á usted, qué si hubiese llegado á presumir que usted era ya dueño de aquel corazon, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

DON GREGORIO.

¡Yo lo creo!

DON ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renuncio á una felicidad, que estando usted de por medio, no es para mí.

DON GREGORIO.

En lo cual hace usted muy bien.

DON ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á usted, ¿cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

DON GREGORIO.

Usted dice bien.

DON ENRIQUE.

No hay mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero, si

algo merece con usted un amante infeliz, (*Don Enrique dará particular espresion á estas razones, y á las que dice mas adelante: deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas.*) de cuya afliccion es usted la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita, que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto; y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna, de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

DON GREGORIO.

Si: bien está: se lo diré.

DON ENRIQUE.

Que como era tan voluntaria esta eleccion en mi, no tenia otro intento que el de ser su esposo; ni hubiera abandonado esta solicitud, si el cariño que á usted le tiene, no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

DON GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que usted me lo dice.

DON ENRIQUE.

Si, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida; y sino fuese el justo respeto que me inspira su mérito de usted; no habria en el mundo ninguna otra consideracion, que fuese bastante á detenerme.

DON GREGORIO.

Usted habla y procede en eso como hombre de

buena razon.... Voy al instante á decirla cuanto usted me encarga.... (*Hace que se vá y vuelve.*) Pero, créame usted, don Enrique, es menester distraerse, alegrarse, y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡Qué diantre! Usted es mozo y sugeto de circunstancias, con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?.... Con que... ¡Eh! A Dios.

(Se aparta de ellos encaminándose á su casa. **Don Enrique** y Cosme se ván, y entran en la suya.)

DON ENRIQUE.

¡Qué necio es!

ESCENA VIII.

Don Gregorio (*llama á su puerta y sale doña Rosa*). **Doña Rosa.**

DON GREGORIO.

Es increible la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto, y cerrado como él le envió.... Asunto concluido. Pierde toda esperanza y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga: que su amor es honestísimo: que no pensó que te ofendieras de verte amada: que su eleccion es libre: que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante.... ¿Qué sé yo cuanto me dijo?... Que nunca te olvidará: que su destino le obliga á morir amándote.... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado.... Pero, que re-

conoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia.... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio: eso sí.... Compasion me daba el oirle.... Con que, y tú ¿qué dices á esto?

DOÑA ROSA.

Que no puedo sufrir que usted hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon; y que si usted me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

DON GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le.....

DOÑA ROSA.

¿Y le parece á usted honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspirar á casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de usted: como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

DON GREGORIO.

¡Oiga! Con que ..

DOÑA ROSA.

Si señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto.... Yo no sé quién le dá noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho

que usted pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡Tiemblo de horror!

DON GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es más que hablar y...

DOÑA ROSA.

Si, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡Válgame Dios! ¿Y usted le disculpa?

DON GREGORIO.

No por cierto, si él ha dicho eso realmente, procede mal; y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quién te ha venido á contar á ti esas....

DOÑA ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

DON GREGORIO.

¿Ahora?

DOÑA ROSA.

Si señor, despues que usted le volvió la carta.

DON GREGORIO.

Pero, chica, sino hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y....

DOÑA ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo lla-

mar, y creyendo que fuese usted, bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: «Señorita, mi amo sabe que vive usted cautiva en poder de ese bruto que se quiere casar con usted en esta semana próxima. No tiene usted que desconsolarse, don Enrique la adora á usted, y es imposible que usted desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva usted prevenida, que de un instante á otro, cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á usted en una casa de satisfaccion y....» Yo no quise oir mas, me subí muy quedito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

DON GREGORIO.

Ese era el bribon del lacayo.

DOÑA ROSA.

A la cuenta.

DON GREGORIO.

Pero se vé que este hombre es loco.

DOÑA ROSA.

No tanto como á usted le parece. Mire usted si sabe disimular el traidor, y fingir delante de usted para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías.... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

DON GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

DOÑA ROSA.

No: esto pide una buena resolucion. Es menester que usted le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

DON GREGORIO.

Bien, pero no te desconsueles asi, mugercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

DOÑA ROSA.

Dígale usted si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á usted esta noticia. Que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de usted le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

DON GREGORIO.

¡Oh! sí.... Yo le diré cuanto sea necesario.

DOÑA ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

DON GREGORIO.

No, no le quedará duda, yo te lo aseguro.

DOÑA ROSA.

Pues bien. Mire usted que le aguardo con impaciencia, despáchese usted á venir. Cuando no le veo á usted, aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

DON GREGORIO.

Si, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros.... ¡Ay! ¡Qué ojos...! ¡Eh! Adios.... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo, no puede haberle.... (*Dá una vuelta por la escena lleno de inquietud y de alegría; despues llama á la puerta de don Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá usted oirme dos palabras?

ESCENA IX.

Don Enrique. Cosme. Don Gregorio.

DON ENRIQUE,

¡Oh! señor vecino, ¿qué novedad le trae á usted á mis puertas?

DON GREGORIO.

Sus estravagancias de usted.

DON ENRIQUE.

¿Cómo asi?

DON GREGORIO.

Bien sabe usted lo que quiero decirle, no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre.... Yo pensé que usted fuese persona de mas

formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto usted, con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que usted hace sin saltar de cólera? ¿No tiene usted vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? ¡Eh! que eso es indigno.

DON ENRIQUE.

¿Y quién le ha dado á usted noticias tan agenas de verdad, señor don Gregorio?

DON GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á usted que su eleccion es irrevocable, que sus planes de usted la ofenden, la horrorizan, que si no quiere usted dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo.

(Empieza á obscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.)

DON ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado, pero....

DON GREGORIO.

¿Con que usted duda que sea verdad?

DON ENRIQUE.

¿Qué quiere usted, señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que....

DON GREGORIO.

Venga usted conmigo.

(Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras á donde está don Enrique para que le siga.)

DON ENRIQUE.

Porque al fin, como usted tiene tanto interés en que yo me desespere y....

DON GREGORIO.

Venga usted, venga usted.... Rosa.

DON ENRIQUE.

No es decir esto que usted....

DON GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe.... Rosita. Niña.

DON ENRIQUE.

¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla...!

DON GREGORIO.

Usted lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

Doña Rosa. Don Enrique. Don Gregorio. Cosme.

DOÑA ROSA.

¿Qué es esto? (*Sorprendida al ver á don Enrique.*) ¿Viene usted á interceder por él? A reco-

mendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

DON GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver y que á mí me quieres, que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.

¿Pues no le he manifestado á usted ya cuál es mi deseo, que todavia se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

DON ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á usted los íntimos afectos de mi corazon.

DON GREGORIO

¿Lo vé usted?

DOÑA ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla.... De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero....

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

DON GREGORIO.

¿Lo vé usted...? Si, monita, si: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(Manifiesta en la espresion de sus palabras que las dirije á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad....

DON GREGORIO.

No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

DON GREGORIO.

Si, pobrecita mia.... Si, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

DON GREGORIO.

Ven aquí, perlita (*Abraza á doña Rosa, ella estiende la mano izquierda, y don Enrique que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.*), consuelo mio, ven aqui, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties: calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*), ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer.

DON ENRIQUE.

Bien está, señora, usted se ha esplicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre, que no ha tenido la fortuna de agradarla.

DOÑA ROSA.

No puede usted hacerme favor mas grande;

porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

DON GREGORIO.

Vaya, vamos: que eso ya es demasiado.

DOÑA ROSA.

¿Le ofendo á usted en decir esto?

DON GREGORIO.

No por cierto.... ¡Válgame Dios! No es eso; sino que tambien dá lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan escesiva....

DOÑA ROSA.

Por mucho que le manifieste, mayor se la tengo.

DON ENRIQUE.

Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.

Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

DON GREGORIO.

Señor vecino: yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á usted este mal rato, pero....

DON ENRIQUE.

No: no crea usted que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el méri-

to de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de usted.

DON GREGORIO.

Vaya usted con Dios.

DON ENRIQUE.

Vamos pronto de aqui, Cosme, que rebiento de risa.

(Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.)

ESCENA XI.

Don Gregorio. Doña Rosa.

DON GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me dá compasion.

DOÑA ROSA.

Ande usted que no merece tanta como usted piensa.

DON GREGORIO.

Por lo demas, hija mia: es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece... Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia... Mañana mismo quedaremos casados y....

DOÑA ROSA.

¿Mañana? (*Turbada.*)

DON GREGORIO.

Sin falta ninguna.... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla. Y haces como que repugnas, lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

DOÑA ROSA.

Pero....

DON GREGORIO.

Si, amiguita, mañana serás mi muger. Ahora mismo voy antes que obscurezca, aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado, y no haya dilacion. Adios hechicera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.)

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré, para evitar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

Doña Rosa. Don Gregorio.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... Primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel; pidiéndoles amparo, consejo.... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante; y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca.... (*Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana: se detiene, y al conocerle duda lo que ha de ha-*

cer.) Vamos, pero.... Gente viene ... Y es él.... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

DON GREGORIO.

¿Quién está ahí? ¿Eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es esta?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

DON GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.)

DON GREGORIO.

¿Pues, no he de estrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y....

DON GREGORIO.

Vamos: no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

Se enfadará usted si le digo....

DON GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto... Vamos.

DOÑA ROSA.

Si: precisamente se va usted á enojar; pero... Pues, tenemos una huéspeda.

DON GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

DON GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Si señor: en mi cuarto la dejo encerrada con llave, para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor: á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa; porque al cabo, estando ella conmigo.... Como es una muger de tanto juicio, y....

DON GREGORIO.

¿Pero, qué enredo es este, señor? Que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna.... ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido... Mire usted, le voy á revelar un secreto, que le va á dejar aturdido... Pero, no se ha de enfadar usted, ¿no?

DON GREGORIO.

¡Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

DON GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Si señor. Hace mas de un año que se quieren, y cuasi al mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa; no siendo otro el motivo, que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle: aprovechandose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

DON GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuáron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar, oficial de la secretaria de guerra, con quien la vió una tarde en el jardin Botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas, y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con celos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don

Enrique, pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto) resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

DON GREGORIO.

Con que.... Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese, pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo, usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted, pero falta decirle que asi que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á usted la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella.

Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que dá al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

DON GREGORIO.

¡Picarona! enredadora! desenvuelta...! Y bien ¿tú qué la has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello: afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió, que sino la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Que en hablando con don Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo teme.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan lle-

var al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que.... Vamos.

(Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.)

DOÑA ROSA.

No señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

(Hace que se vá hácia su casa y vuelve.)

DON GREGORIO.

Muy bien, aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga.... Si le viese á usted seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente.... Si ella quiere enmendar este desacierto aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se vá como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese usted y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa...! ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana....! Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá.... (*Hace que se vá y vuelve.*) Pero repito que no se descubra usted, ni la hostigue, ni...

DON GREGORIO.

Bien, si; la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA.

¡Ah! mire usted. (*Se encamina hácia su casa y vuelve.*) Asi que ella salga, éntrese usted y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido....? Nada me duele, pero deseo descansar y dormir... Con que... Buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita.... Pero mira que si no sale....

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

(Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.)

DON GREGORIO.

¿Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma..! Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido...? ¡Mugeres! ¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda...! Pero no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon.... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada mártes con estos embudos? No por cierto.... Allá mi hermano verá lo que.... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete.... Antes que todo es mi estimacion.... Vete, Leonor, ya te lo he dicho.... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada...? Vete. Acabemos, sal presto de aqui.

DON GREGORIO.

En efecto la echa de casa.... (*Sale doña Rosa*

de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.) ¿Y á dónde irá la doncellita menesterosa....? Ganas me dan de.... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

Don Enrique. Cosme. (*Salen de su casa.*) **Doña Rosa. Don Gregorio.**

DON ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Si señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo he de hablarla esta noche.

(Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME.

¡Noche toledana!

DON ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel: don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

DOÑA ROSA.

Él se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué

haré.... Ya no es posible.... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro, Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

DON ENRIQUE.

¿Quién es?

DOÑA ROSA.

Yo.

DON ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

DOÑA ROSA.

Yo soy.

DON ENRIQUE.

A mi casa.

DOÑA ROSA.

¿Pero qué seguridad tendré en ella?

DON ENRIQUE.

La que debe usted esperar de un hombre de honor.

DOÑA ROSA.

Yo iba á la de mi hermana, pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y....

DON ENRIQUE.

Está usted conmigo.... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa.... Mañana daré parte á un juez, y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla.... Abre Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

DON ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

DON ENRIQUE.

Si, ya le distingo.... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto..! Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

DON GREGORIO.

Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la.... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe....! Vamos á darle la infausta noticia ... (*Se encamina á casa de don Manuel, despues se detiene.*) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo.... Al fin es hija de un amigo mio.... Si, mejor es.... Allí pienso que ha de vivir el comisario....

(Va en casa del comisario y llama.)

ESCENA III.

Un comisario. Un escribano. Un criado. (*Salen los tres por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*) **Don Gregorio.**

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

DON GREGORIO.

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

DON GREGORIO.

Pues señor... Oiga usted aparte... (*Se aparta con el comisario á poca distancia de los demas.*) Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que vá á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Si, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo.... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

DON GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

¡Oiga! ¿Es usted su hermano?

DON GREGORIO.

Para servir á usted.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

DON GREGORIO.

Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aqui en este cuarto principal....

COMISARIO.

¡Calle! Don Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.

DON GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante.... Vamos, ya usted conoce lo que puede resultar de aqui.

COMISARIO.

Si... en efecto.

DON GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio; pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles, cuando cesa el motivo que los dictó.... ¡Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente.... ¿Y ella está adentro?

DON GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar.... Con que, se-

ñor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero..... Ya vé usted.

COMISARIO.

Si, si, es cosa urgente. Vamos ... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil.... (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el escribano que está detras, el cual se acerca á ellos muy oficioso.*) Es escribano....

ESCRIBANO.

Escribano real.

DON GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

DON GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

DON GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Cocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, secuestros y....

DON GREGORIO.

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

DON GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro: que esto pide mucha diligencia.

DON GREGORIO.

Yo aqui espero.

COMISARIO.

Muy bien...

(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre y entran los tres. La escena vuelve á quedar obscura.)

ESCENA IV.

Don Gregorio. Don Manuel.

DON GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia.... (*Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aqui para un asunto de mucha importancia.... ¡Bendito Dios! ¡en lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si.... Majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡Oh señor hermano!

(Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.)

DON MANUEL.

Pero ¿qué estravagancia es esta? ¿Por qué no subes?

DON GREGORIO.

Porque tengo que hablarte, y no me puedo separar de aquí.

DON MANUEL.

Enhorabuena... (*Adelantándose hácia donde está don Gregorio.*) ¿Y qué se te ofrece?

DON GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

DON MANUEL.

¿De qué?

DON GREGORIO.

Si; te vás á regocijar mucho con ellas... Dime: ¿mi señora doña Leonor, en dónde está?

DON MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde: yo me vine, porque tenia una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

DON GREGORIO.

¡Eh! Asi, por hablar algo...

DON MANUEL.

¿Pero qué quieres decirme?

DON GREGORIO.

Nada.... Que tú la has educado filosóficamen-

te: persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad: que no es conveniente reprenderlas, ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud: sino la indulgencia, la blandura y.... En fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se vé! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

DON MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

DON GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea practicamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una muger perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

DON MANUEL.

Sino me declaras el misterio, dígote que....

DON GREGORIO.

El misterio es, que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía.... ¿Lo entiendes ahora?

DON MANUEL.

¿Dices que Leonor....

DON GREGORIO.

Si señor, la misma....

DON MANUEL.

Vaya: déjate de chanzas, y no me...

DON GREGORIO.

¡Si, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole á usted, señor hermano, y vuelvo á repetírselo: que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

DON MANUEL.

Pero es una cosa tan agena de verisimilitud...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Vamos: aunque lo vea por sus ojos, no se lo harán creer... ¡Cómo me repudre la sangre!... Amigo: dígote que los años sirven de muy poco, cuando no hay esto, esto. (*Señalándose con el dedo en la frente.*)

DON MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

DON GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido.... Pero, mira: no gastemos prosa.... Vén y lo verás; y en viéndolo, espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos. (*Se encamina á casa de don Enrique, y despues vuelve.*)

DON MANUEL.

¡Haber cometido tal esceso! ¡cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

DON GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderiamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger; siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo: de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

DON MANUEL.

¿Eso hay?

DON GREGORIO.

¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él.... Digo: á no ser que usted halle en sus libros algun testo oportuno, para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... ¿Eh?

DON MANUEL.

¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño.... Pero, á pesar de cuanto dices, todavia no me puedo reducir á....

DON GREGORIO.

¡Qué terco es!.... Ven conmigo y acabemos esta disputa impertinente.

(Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.)

ESCENA V.

El comisario. Un criado. Don Gregorio. Don Manuel.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia... Los dos se quieren, son libres, de igual calidad.... No hay otra cosa que hacer si no depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protejen este matrimonio, y le autorizan.

DON GREGORIO.

¿Qué te parece?

DON MANUEL.

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen. (*Reprimiéndose.*)

DON GREGORIO.

Pues, señor. Que se casen.

COMISARIO.

Diré á usted, señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi

casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si usted permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á usted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

DON MANUEL.

Ninguna.... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda obscuro otra vez.)

DON GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... ¿Pero cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya... No puede ser.

DON MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien.... Yo la recibo por la misma razon. Para que su crédito no padezca; para que no se

trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisva y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo... Pero.... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

DON GREGORIO.

Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol; y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las vé. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco, Se ilumina el teatro.*) Si... Ahí la tienes. Pídela perdon.

DON MANUEL.

¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

Doña Leonor. Juliana. Un lacayo. Don Manuel. Don Gregorio.

DON MANUEL.

Leonor, no temas ningun esceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verda-

dero que yo.... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el ausilio que necesitas, y te entregaré yo mismo al esposo que has querido elegir.

DOÑA LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

DON MANUEL.

¿Oyes lo que dice?

(Volviéndose á don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Ya se vé que lo oigo... (*Acercándose á doña Leonor.*) Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras... ¿De dónde vienes, hija?

DOÑA LEONOR.

De casa de doña Beatriz.

DON GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

DOÑA LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve usted á Pepe que nos ha venido á acompañar?

DON GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

DOÑA LEONOR

¿De quién? ¿De ese que vive aqui, en.... ¡Eh! no por cierto.

DON GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

DOÑA LEONOR.

Me hace reir.... ¿Ves qué desatino, Juliana?

DON GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

DOÑA LEONOR.

Muchísimo tiempo.... ¿Y qué mas?

DON GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿y no te ví yo?

DOÑA LEONOR.

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que se dice.... (*Asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia: vamos.

ESCENA VII.

Doña Rosa. Don Enrique. El comisario. El escribano. Cosme. Un criado. Doña Leonor. Juliana. Un lacayo. Don Manuel. Don Gregorio.

(El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.)

DOÑA ROSA.

¡Leonor!... ¡Hermana!...

(Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.)

DON GREGORIO.

¡Huf!...

(Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.)

DOÑA ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

DOÑA LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita.... La eleccion que has hecho no me parece desacertada, repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

DOÑA ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero... (*Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin movi-*

miento.) Usted ha sido la causa de tanto error, usted.... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversion que usted logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices... Tal vez usted me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera usted sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

DON ENRIQUE.

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

DON MANUEL.

(*Acercándose á don Gregorio.*) Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

DOÑA LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME.

(*Hablando con Juliana.*) Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

DON GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energia de su espresion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡Ah! ¡Desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardías: sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres.... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevárselo.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

DON MANUEL.

No dice bien.... Las mugeres dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano.... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

DOÑA ROSA.

¿La mia no mas?

DON MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no sería don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

DOÑA LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

DOÑA ROSA.

Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

DOÑA LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

DON MANUEL.

¡Querida Leonor!

(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)

JULIANA.

¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

El Médico á Palos.

COMEDIA.

Vertere modum formidine fustis.
HORAT. EPIST. I. LIB. II.

PERSONAS.

DON GERÓNIMO.
DOÑA PAULA.
LEANDRO.
ANDREA.
BARTOLO.
MARTINA.
GINÉS.
LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el for y otras dos á los dos lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

El Médico á Palos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Bartolo. Martina.

BARTOLO.

¡Válgate Dios y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (*Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.*) ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo y no puedo mas.... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de

heredar.... Allí viene mi muger. ¿Que traerá de bueno?

MARTINA.

(Sale por el lado derecho del teatro.)

Holgazan, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de mediodia?

BARTOLO.

Anda, que sino es hoy será mañana.

MARTINA.

Mira que respuesta.

BARTOLO.

Perdóname, muger. Estoy cansado y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, muger, si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

¡Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

¡Ay! ¡qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca, que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

Miren qué hombre tan hábil para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vás enfadando.

(Se levanta desperezándose, encamínase hácia el foro, coge un palo del suelo, y vuelve.)

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me dá á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza

MARTINA.

¿A mí? bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO.

¿Si? Pues toma. (*Dá de palos á Martina.*)

MARTINA.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles.... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Despues de haberme puesto asi?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Mal hayan mis manos que han sido causa de enfadar á mi esposa..... Vaya, ven, dame un abrazo.

(Tira el palo á un lado y la abraza.)

MARTINA.

¡Si reventáras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices, haré una carguilla y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores. (*Hace que se vá y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago, si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules.

(Toma el hacha y unas alforjas, y se vá por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que una muger siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribon, y yo quisiera otro, otro que él sintiera mas, aunque á mí no me agradase tanto.

ESCENA II.

Martina. Ginés. Lucas. *(Salen por la izquierda.)*

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía que regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS.

¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; ademas que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa.... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han ido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es lo que necesitamos.

MARTINA.

(*Aparte.* ¡Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!)

LUCAS.

Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda....

MARTINA.

(*Aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.*) Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos.... Pero, señores, perdonen ustedes que no los habia visto, porque estaba distraida.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Si señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Vé usted aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINÉS.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

¡Ay! si señor. Curaba en griego, pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.

¿Qué dice usted?

MARTINA.

Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

¡Ah! sí. La hija de don Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Qué se yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Qué lástima! Pues.... (*Aparte con espresion de complacencia.* ¡Ay qué idea me ocurre!) Pues mire usted aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS.

¿De verás?

MARTINA.

Si señor.

LUCAS.

¿Y en donde le podemos encontrar?

MARTINA.

Cortando leña en ese monte.

GINÉS.

Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.

No señor. Es un hombre estravagante y lunático: va vestido como un pobre patan: hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS.

Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura, mezclada con su ciencia.

MARTINA.

La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad, á menos que no le muelan el cuerpo á palos; y asi les aviso á ustedes, que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS.

¡Qué estraña locura!

LUCAS.

¿Habráse visto hombre mas original?

GINÉS.

¿Y cómo se llama?

MARTINA.

Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS.

No se me despintará, no.

GINÉS.

¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.

¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre muger: ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle, por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre, cantando el frondoso.

GINÉS.

¿Es posible?

MARTINA.

Como que yo lo ví. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues señor, llamaron á don Bartolo, él no queria ir allá; ¡pero mediante una buena paliza, lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pié, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.

Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.

Pero sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS.

Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.

Allí, debajo de aquel árbol, hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

LUCAS.

¿Sí? Voy por un par de ellas. (*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, vá hácia el foro y coge otro, vuelve y se le dá á Ginés.*)

GINÉS.

¡Fuerte cosa es, que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.

Y si no, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) ¡Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo, y si les coge á ustedes la delantera, no le vuelven á ver en su vida. (*Mirando hácia adentro á la parte del foro.*) Pero me parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy: háblenle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. Adios, señores.

ESCENA III.

Ginés. Lucas.

LUCAS.

Fortuna ha sido haber hallado á esta mu-

ger. Pero ¿no ves qué traza de médico aquella?

(Los dos miran hácia el foro.)

GINÉS.

Ya lo veo.... Mira, retirémonos uno á un lado, y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.

Sí.

GINÉS.

Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso....

LUCAS.

Bien, entonces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

GINÉS.

Pues apartémonos, que ya llega.

(Ocúltanse á los dos lados del teatro.)

ESCENA IV.

Ginés. Lucas. Bartolo.

(Sale del monte, con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro y saca de las alforjas una bota.)

BARTOLO.

En el alcázar de Venus,
Junto al Dios de los planetas,
En la gran Constantinopla,
Allá en la casa de Meca:
Donde el gran Sultan Bajá

Imperio de tantas fuerzas,
Aquel alcoran que todos
Le pagan tributo en perlas:
Rey de setenta y tres reyes,
De siete imperios.... *(Bebe.)*
De siete imperios cabeza:
Este tal tiene una hija
Que es del imperio heredera.

(Vuelve á beber, vá á poner la bota al lado por donde sale Lucas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.)

Arre allá diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota.... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos, porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS.

¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO.

¿Y qué?

GINÉS.

¿Que si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO.

No, y sí: conforme lo que ustedes quieran.

GINÉS.

Queremos hacerle á usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si asi es, yo me llamo don Bartolo.

(Quítase el sombrero y le deja á un lado.)

LUCAS

Pues con toda cortesia....

GINÉS.

Y con la mayor reverencia ...

LUCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura....

GINÉS.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde....

BARTOLO.

(*Aparte.* Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesias y movimientos.)

GINÉS.

Pues, señor, venimos á implorar su auxilio de usted para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.

Favor que usted nos hace.... Pero, cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS.

Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto.... (*Pónese el sombrero, y los otros tambien.*) ¿Y ahora?

GINÉS.

No estrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su.....

BARTOLO.

Es verdad; como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.

Señor....

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINÉS.

Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire usted.

GINÉS.

¡Oh! señor, eso es burlarse.

LUCAS.

Suplico á usted que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me esplico.

GINÉS.

¡Un sugeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sábio! ¡Tan insigne médico? ¿No ha de comunicar al mundo los talentos que le ha dotado lo naturaleza?

BARTOLO.

¿Quién, yo?

GINÉS.

Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.

Usted será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (*Aparte.* Borrachos están.)

LUCAS.

¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINÉS.

¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.

¡Qué disparate! (*Aparte.* ¿No digo que están bebidos?)

GINÉS.

Con que, vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.

Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LUCAS.

Al cabo me parece que será necesario.... (*Mirando á Ginés.*) ¿Eh?

GINÉS.

Yo creo que si.

LUCAS.

En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.

Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS.

Confiese usted, con mil demonios, que es médico y acabemos.

BARTOLO.

(*Impaciente.*) ¡Yo rabio!

GINÉS.

¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.

Pues digo á ustedes que no soy médico. (*Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle.*)

GINÉS.

¿No?

BARTOLO.

No señor.

LUCAS.

¿Con que no?

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.

Pues, amigo: con su buena licencia de usted, tendremos qne valernos del remedio consabido... Lucas.

LUCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS.

Este (*Dánle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.*)

BARTOLO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!... (*Quitándose el sombrero.*) Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINÉS.

Pues bien, ¿para qué nos obliga usted á esta violencia?

LUCAS.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿Es una humorada, ó están ustedes locos?

LUCAS.

¿Aun no confiesa usted que es doctor en medicina?

BARTOLO.

No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.

¿Con que no es usted médico?... Lucas.

LUCAS.

¿Con que no? (*Vuelven á darle de palos.*) ¿Eh?

BARTOLO.

¡Ay! ¡ay! ¡Pobre de mí! (*Pónese de rodillas, juntando las manos en ademan de súplica.*) Si que soy médico. Si señor.

LUCAS.

¿De veras?

BARTOLO.

Si señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.

(Levántanle cariñosamente entre los dos.)

Me alegro de verle á usted tan razonable.

LUCAS.

Ahora si que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO.

(*Aparte.* ¡Maldita sea vuestra alma!...) ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.

No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.

Certísimo.

BARTOLO.

¿Seguro?

GINÉS.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINÉS.

¿Pues cómo? ¿siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO.

(*Riéndose.*) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

GINÉS.

Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO.

(*Con ironía.*) ¡Válgame Dios!

LUCAS.

Una muger que estaba ya enterrada....

GINÉS.

Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

LUCAS.

Tambien.

GINÉS.

Con que, buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta, cerca del molino. Usted estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.

Si señor, y acabada la curacion le darán á usted qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO.

Pues señor, vamos allá. ¿En palmitas, y qué sé yo cuanto dinero?... Vamos allá.

GINÉS.

Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No: poco á poco. (*Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS.

Pero, señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... (*Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.*) La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente.... Sino quiero ser médico me volverán á sacudir el bulto, y si lo soy, me le sacudirán tambien.... Pero dígan-me ustedes. ¿Les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.

No hay que afligirse. Antes de presentarle á usted, le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO.

(*Aparte.* Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos testos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... saldria del apuro.)

GINÉS.

Mira que se quiere escapar.

LUCAS.

Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO.

(*Aparte.* Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel si que era bueno!)

GINÉS.

Vaya, basta de meditacion.

LUCAS.

¿Será cosa de que otra vez?...

(En ademan de volverle á dar.)

BARTOLO.

¡Qué! no señor. Si no que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

(Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Gerónimo. Lucas. Ginés. Andrea.

DON GERÓNIMO.

¿Con que decís que es tan hábil?

LUCAS.

Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.

Hace curas maravillosas.

LUCAS.

Resucita muertos.

GINÉS.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

DON GERÓNIMO.

Me dejais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LUCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave y no te apartes de él.

(Le dá una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.)

DON GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

Don Gerónimo. Andrea. Lucas.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

DON GERÓNIMO.

¿Por qué?

ANDREA.

Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido, eso la conviene, lo demas es andarse por las ramas. ¿Le parece á usted que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

DON GERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavia muy niña.

ANDREA.

¡Niña! sí, cásela usted y verá si es niña.

DON GERÓNIMO.

Mas adelante no digo que....

ANDREA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y...

DON GERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.

(*Aparte.* Allí le duele....) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brevages por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

DON GERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA.

¡Qué presto se le olvidan á usted las cosas! ¿Pues qué, no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

DON GERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no le he vuelto á ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa, pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que le recoja y se le lleve á

Buitrago, y allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.

Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero suplirá esa falta. Con el dote que usted dará á su hija, y con lo que....

DON GERÓNIMO

Vete al instante de aqui, lengua de demonio.

ANDREA.

(*Aparte.* Allí le duele.)

DON GERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me iré, señor.

DON GERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, muger; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados agenos, que al fin y al cabo, el señor es padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

DON GERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

Bartolo. Ginés. Don Gerónimo. Lucas. Andrea.

(Salen por la derecha Ginés y Bartolo, éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.)

GINÉS.

Aqui tiene usted, señor don Gerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON GERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á usted y de conocerle, señor doctor.

(Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON GERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Si señor.

DON GERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

DON GERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(Los dos se ponen el sombrero.)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido....

DON GERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

DON GERÓNIMO.

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿No?

DON GERÓNIMO.

No señor.

BARTOLO.

¿No? pues ahora verás lo que te pasa.

(Arremete hácia él con el baston levantado, en ademan de darle de palos. Huye don Gerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.)

DON GERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradua en esta tierra.

DON GERÓNIMO.

Detenedle vosotros.... ¿Qué loco me habeis traido aquí?

GINÉS.

¿No le dije á usted que era muy chancero?

DON GERÓNIMO.

Si, pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

DON GERÓNIMO.

Soy de usted.

BARTOLO.

Yo siento ..

DON GERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Aparte.* ¡Maldita sea tu casta!...) Pues señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala....

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON GERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

DON GERÓNIMO.

Si señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

DON GERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

DON GERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingénuamente.

DON GERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted?

DON GERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse...! ¿Y esta doncella quién es?

DON GERÓNIMO.

Esta doncella es muger de aquel.

(Señalando á Lucas.)

BARTOLO.

¡Oiga!

DON GERÓNIMO.

Si señor.... Voy á hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

DON GERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINÉS.

Allá voy. (*Vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Bartolo. Andrea. Lucas.

BARTOLO.

(Se acerca á Andrea con ademanes y gestos espresivos.)

¿Con qué usted es muger de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á usted.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! ¡Y qué.... Regocijo dá el verla.... ¡Hermosa boca tiene...! ¡Ay qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa...! ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores y mas traviesos.

LUCAS.

(*Aparte.* Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito...!) Vaya, señor doctor, mude usted de conversacion porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé cómo no cojo un garrote y le....

(Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.)

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS.

Pues cuenta con ella.

ANDREA.

Yo reviento de risa.

(Encaminándose á recibir á doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Gerónimo y Ginés.)

ESCENA V.

Don Gerónimo. Doña Paula. Ginés. Lucas. Bartolo. Andrea.

DON GERÓNIMO.

Anímate, hija mia, que yo confio en la sabi-

duría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.

(Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pié.)

BARTOLO.

¿Con qué esta es su hija de usted?

DON GERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegára á morir me volveria loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. ¿Pues que, no hay mas que morirse sin licencia del médico? No señor, no se morirá.... Vean ustedes aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos le aseguro á usted... ¡Bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.

Ah! ah! ah!

DON GERÓNIMO.

Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

¡Bueno! ¡Gran señal! ¡Gran señal! Cuando el médico hace reir á las enfermas es linda cosa.... Y bien, ¿qué le duele á usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá.

BARTOLO.

¿Eh? Qué dice usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá.

BARTOLO.

Bá, bá, bá, bá. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

DON GERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted que desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¡Qué bobería! Al contrario, una muger que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

DON GERÓNIMO.

A pesar de eso, yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitará: pierda usted cuidado. Pero es curacion que no se hace asi como quiera. ¿Come bien?

DON GERÓNIMO.

Si señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo...! ¿Duerme?

ANDREA.

Si señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

¡Malo...! ¿Y la cabeza le duele?

DON GERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces, dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo...! Venga el pulso.... Pues amigo, este pulso indica.... ¡Clarol está claro.

DON GERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

DON GERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Si por cierto, pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON GERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso espedito de la lengua.

DON GERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos á usted?

ANDREA.

Pues á mí me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

DON GERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer.... El pulso.... (*Tomando el pulso á doña Paula.*) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

DON GERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas.... La otra.... (*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita.... ¡Ay, qué monería...! Dijo.... ¿Entiende usted el latín?

DON GERÓNIMO.

No señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinis, est modus in rebus. Amarylida sylvas.*

Que quiere decir: que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores.... acres, proclives, espontáneos y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Están ustedes?

ANDREA.

Si señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores.... ¿Me esplico?

DON GERÓNIMO.

Si señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues, como digo: supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua....* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DOE GERÓNIMO.

Cuanto hay qué decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

DON GERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que....

BARTOLO.

¿Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON GERÓNIMO.

Creo que dijo usted que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Si señor, antiguamente asi sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON GERÓNIMO.

Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

DON GERÓNIMO.

¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas .. Bien que eso yo mismo lo haré.... Y despues tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Qué disparate!

DON GERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorve el tejido celular, y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

DON GERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

DON GERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni....

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

DON GERÓNIMO.

Si señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les dá, y para que hable se lo daremos tambien á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

DON GERÓNIMO.

Algun ángel le ha traido á usted á mi casa, señor doctor: vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor D.. ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

DON GERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea... Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien no se resfrie. Adios, señorita.

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá.

DON GERÓNIMO.

(Hace que se va acompañando á doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lucas.)

Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la tohalla, en fin, que no falte cosa ninguna... ¿Estás?

LUCAS.

Si señor. (*Váse por la puerta de la derecha.*)

DON GERÓNIMO.

Vamos, hijita mia.

(Vánse don Gerónimo, doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.)

BARTOLO.

Yo sudo.... En mi vida me he visto mas apurado.... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible!... Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo.. . Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazon que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(Váse por la parte del lado derecho.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Bartolo. (*Sale sin sombrero ni baston, por la derecha.*) **Don Gerónimo.**

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado.... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON GERÓNIMO.

(Sale por la izquierda.)

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo..

DON GERÓNIMO.

Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe; y entretanto, quiero que tenga usted la bondad de recibir estos escuditos.

(Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.)

BARTOLO.

No se hable de eso.

DON GERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

DON GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

DON GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo....

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

DON GERÓNIMO.

Si señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré. (*Los toma y se los guarda.*)

DON GERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud está chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

Leandro. (*Sale por la puerta de la derecha, recatándose.*) **Bartolo.**

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su ausilio de usted, y espero que ..

BARTOLO.

Veamos el pulso.... (*Tomando el pulso con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada.... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure: si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO.

(*Con despego.*) ¿Pues á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted, en dos palabras, que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me dá á mí de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasion, un pretesto para hablarla y....

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. (*Irritado, y alzando mas la voz.*) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!.... Quítese usted de ahí.

LEANDRO.

Señor.

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.

Calle usted, señor, no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

Por Dios, señor doctor.

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca usted que....

(Se pasea inquieto.)

LEANDRO.

¡Válgame Dios qué hombre!... Probemos á ver si....

(Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted ... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sugeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que....

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma: han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir, y por último hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Si señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa: Andrea está en el secreto: su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo ...

LEANDRO.

¿Seria posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es usted.... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que usted....

(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

Andrea. *Sale por la izquierda.*) **Bartolo. Lucas.**

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque....

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedís, y como yo te cure á tí, mas que se muera todo el género humano.

(Sale por la derecha Lucas: vá acercándose detrás de Bartolo y escucha.)

ANDREA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y que celoso tan impertinente!

ANDREA.

¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gaznápiro este cuerpecito gracioso?

(Se encamina á ella con los brazos abiertos en ademan de abrazarla. Andrea se vá retirando; Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara hácia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se vá riendo por la puerta del lado izquierdo.)

LUCAS.

¿No le he dicho á usted señor doctor, que no quiero esas chanzas?.... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero hombre, si aqui no hay malicia ni.....

LUCAS.

Vete tú de ahí.... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se vé que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo.... (*Le dá un embion al tiempo de desasirse de él.*) ¡Se habrá visto mico mas enredador!

ESCENA IV.

Don Gerónimo. (*Sale por la izquierda.*) **Bartolo. Lucas. Leandro.**

DON GERÓNIMO.

¡Ay amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el reme-

dio vá obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo.... (*Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.*) Digo, don Casimiro, don Casimiro.

LEANDRO.

(*Desde adentro.*) Señor.

BARTOLO.

Don Casimiro.

LEANDRO.

(*Sale.*) ¿Que manda usted?

DON GERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un escelente didascálico.... Boticario que llaman ustedes.... Eminente profesor.... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

DON GERÓNIMO.

Mire usted qué decaida está.

BARTOLO.

No importa, vá á sanar muy pronto.

ESCENA V.

Doña Paula. Andrea. Ginés. *(Salen por la puerta de la izquierda.)* **Don Gerónimo. Bartolo. Leandro. Lucas.**

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

DON GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? ¿Eh?

(Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula; haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Gerónimo, y á otro Ginés y Lucas.)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de viejas, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le he hecho venir?

DON GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

DON GERÓNIMO.

¿Qué? (*Volviéndose hácia donde está su hija.*) ¿Si será ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Si señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

DON GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

DON GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es vérdad? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, dí alguna cosa.

GINÉS.

(*Aparte á Lucas.* Aqui me parece que hay gato encerrado.... ¿Eh?)

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Si, padre mio, he recobrado el habla para decirle á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

DON GERÓNIMO.

Pero si....

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

DON GERÓNIMO.

Es que....

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin escusas ni dilaciones.

DON GERÓNIMO.

Pero hija mia, el tal Leandro es un pobreton...

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

DON GERÓNIMO.

¡Pero qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues hija mia, no hay que cansarse. No sera.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

DON GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

DON GERÓNIMO.

Lo estimo infinito.... ¿Pero piensas tú, hija inobediente, que....

(Encaminándose hácia doña Paula. Bartolo le contiene.)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardin, y verá usted como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro..... Vaya usted á acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

DON GERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(A Lucas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

Don Gerónimo. Bartolo.

DON GERÓNIMO.

¡Vaya, vaya que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

DON GERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexion.

(Saca la caja don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática lo entenderia mucho mejor... Venga un polvo.

DON GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado....

BARTOLO.

No lo dude usted.... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos*.

ESCENA VII.

Lucas. Andrea. Ginés. *(Van saliendo todos tres por la puerta del foro.)* **Don Gerónimo. Bartolo.**

GINÉS.

Señor amo.

LUCAS.

Señor don Gerónimo.... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mio de mi alma que se la llevan!

DON GERÓNIMO.

¿Pero qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

DON GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

DON GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico....

RARTOLO.

(*Aparte lleno de miedo.* Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.)

DON GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete.... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

Si, si, ya sé donde está. Voy por ella.

(Váse por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy a rg a.)

DON GERÓNIMO.

Me las ha de pagar.... Pero ¿hácia donde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS.

Aqui está la soga.

DON GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor, aqui en esta silla.... (*Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.*) Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda usted cuidado. Vamos, señor don Bartolo.

(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.)

DON GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona.... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado.... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(Se vá don Gerónimo por la derecha y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.)

ESCENA VIII.

Bartolo. Lucas. Ginés. Martina.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas

BARTOLO.

¿Estoy ya bien asi?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA.

(Sale por la puerta de la derecha.)

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA.

¡Ay hijo de mi alma!

(Abrazándose con Bartolo.)

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con qué esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

Si, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

¿Pero por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

Don Gerónimo. *(Sale por la puerta de la derecha y Andrea por la izquierda.)* **Andrea. Bartolo. Lucas. Ginés. Martina.**

DON GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon.... ¿Y tú que has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

DON GERÓNIMO.

Ni yo tampoco.... He preguntado y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco.. (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿Adónde se habrán ido...? ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

Doña Paula. Leandro. *(Salen los dos por la puerta del lado derecho.)* **Don Gerónimo. Bartolo. Andrea. Lucas. Ginés. Martina.**

LEANDRO.

Señor don Gerónimo.

DOÑA PAULA.

Querido padre.

DON GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones infames!

LEANDRO.

(*Se arrodillan á los pies de don Gerónimo.*) Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio, pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no seria decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de

su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted la mande: pero le advierto, que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo....

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

DON GERÓNIMO.

(*Alterándose.*) Su dinero de usted, su dinero de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

DON GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

DON GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tio. ¿Pues no ha oido usted que aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

DON GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Si señor, yo soy su heredero.

DON GERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

DON GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que... (*Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.*) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

¿Y á mí quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

DON GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

¿Pues quién le ha puesto á usted así, médico insigne?

(Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los mios no merecen tanto.

DOÑA PAULA.

Vamos que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mio! (*Se abrazan Martina y Bartolo.*) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Si por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.

Y yo porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

DON GERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

LA COMEDIA NUEVA.

COMEDIA.

Non ego ventosæ plebis suffragia venor.
HORAT. EPIST. 19. LIB. I.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO.
DOÑA AGUSTINA.
DOÑA MARIQUITA.
DON HERMOGENES.
DON PEDRO.
DON ANTONIO.
DON SERAPIO.
PIPI.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café: en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que dá paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

LA COMEDIA NUEVA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Antonio. Pipí.

(Don Antonio sentado junto á una mesa: Pipi paseándose.)

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No señor: poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPÍ.

Si señor: ¡asi lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

¿Pues qué, no lo sabia usted?

DON ANTONIO.

No por cierto,

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el diario.

DON ANTONIO.

En efecto, aqui está. (*Leyendo en el diario que está sobre la mesa*) COMEDIA NUEVA INTITULADA: EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. Si son el diantre. ¡Ay, amigo Pipí, cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrára de saber hacer, así, alguna cosa....

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPÍ.

Asi, de versos... ¿Me gustan tanto los versos?

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos: tan pocos, tan pocos.

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es muger del autor de la comedia.... ¡Qué! si usted viera.... Unas décimas componia de repente.... No es asi la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se ha estado jugando, y cuando la decian: Mariquita, una copla, vaya una copla, se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una

décima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella si. Mire usted lo que es... Ya se vé, en teniendo vena.

DON ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

¡Oh! ese es don Serapio.

DON ANTONIO.

¿Pero qué és: qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es... Mire usted, á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

¡Ah! si. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aqui se viene todas las mañanas á desayunar, y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus: se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales: don Serapio los introduce aqui y aculla has-

ta que dá la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia nueva?

PIPÍ.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto, ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Si serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPÍ.

Entonces ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! pues si don Serapio lo dice no hay que

temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces.... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponche, y empezaron á hablar de comedias: ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre: difícil es esplicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los estrangeros, particularmente los franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Si tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastáran reglas. No señor.

PIPÍ.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él....

DON ANTONIO.

Cierto. (*Aparte.*) ¡Qué simplicidad!

PIPÍ.

Entonces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias... Como es tan hábil.

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

¡Toma! poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero

no han querido los otros, y ya se vé, como ellos lo pagan. En diciendo, no nos ha gustado, ó asi, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. Si es mozo todavía. Yo me acuerdo. Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa loteria de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo page, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él asi, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

Pues ya se vé: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y asi ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON PEDRO.

Café.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.)

PIPÍ.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No. Basta.

PIPÍ.

¿Quién es este?

(Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar: hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingénuo, tan sério y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aqui algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

Don Serapio. Don Eleuterio. Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON SERAPIO.

¡Pero hombre, dejarnos así!

(Bajando por la escalera, salen por la puerta del foro.)

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia, para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal: cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas: se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo: falta muy poco. Súbase usted.

(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: y saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

DON SERAPIO.

Voy allá; pero....

DON ELEUTERIO.

Si, si, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.

Si, siempre será bueno que lleven otro par de frasquillos mas. Pipi.

PIPÍ.

Señor.

DON SERAPIO.

Palabra.

(Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipí alcanza del aparador unos frasquillos, y se vá por la misma parte.)

DON ANTONIO.

¿Cómo vá, amigo don Pedro?

(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)

DON PEDRO.

¡Oh señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace estraño.

DON PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

DON ANTONIO.

Pues: con ese génio tan raro que usted tiene, se vé precisado á vivir como un ermitaño en medio de la córte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas: alterno los placeres con el estudio: tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular, y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Si; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces....

DON PEDRO.

Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad; pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.

¿Pues qué debe hacer?

DON PEDRO.

Tomar café.

DON ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.

A la comedia.

DON ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á la pieza nueva?

DON PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.

¿Pero por qué? Vea usted sus rarezas.

(Pipi sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos que dejará sobre el mostrador.)

DON PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde.

DON ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.)

DON ANTONIO.

De suerte que, ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez....

DON PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se vá acercando poco á poco, hasta ponerse en*

medio de los dos.) Yo no sé: usted tiene talento, y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se vé, usted dirá que se divierte, pero amigo....

DON ANTONIO.

Si señor que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirlos....

DON ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

DON ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con don Eleuterio.)

PIPÍ.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién és? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor: es de un sugeto bien nacido, muy apli-

cado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica: bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

DON PEDRO.

Si es esta la primera pieza que dá al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento, que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien, pero lo cierto es, que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se dá mas. Si fuera por el invierno, entonces.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole: lo cual formará juego de teatro.)

DON ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que

dan, el autor se ajustaria de buena gana, para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes.... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se vé! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted como están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! si, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia.

DON ANTONIO.

No hay duda, si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo: escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es escelente, y para mí tengo que....

DON ELEUTERIO.

¿La ha leido usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Si señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

DON PEDRO.

Pero no estará publicada.

DON ELEUTERIO.

Si señor.

DON PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta, y sobre todo es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¡Qué! No señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del diario, en la libreria de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del Herbolario de la calle Ancha, en la jaboneria de la calle del Lobo, en la....

DON PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

DON ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

DON PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

DON ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

DON ELEUTERIO.

Véala usted aqui.

(Saca del bolsillo una comedia impresa, y se la dá á don Antonio.)

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿es esta? A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, asi me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) Por don Eleuterio Crispin de Andorra... «Salen el emperador «Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senes- «cal, vestidos de gala, con acompañamiento de «damas y magnates, y una brigada de húsares á «caballo.» ¡Soberbia entrada! Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el Turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios
En repetidos encuentros
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y súcios insectos.

Estos insectos súcios serán regularmente arañas, polillas, moscones, correderas...

DON ELEUTERIO.

Si señor.

DON ANTONIO.

¡Estupendo potage para un ventorrillo de Cataluña!

DON ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien la entrada? (*Hablando á don Pedro.*)

DON PEDRO.

¡Eh! á mí, que....

DON ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquelo usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO.

¿Muerta?

DON ELEUTERIO.

Si señor, muerta, muerta.

DON ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! ¿Y estas esclamaciones que hace aqui, contra quién son?

DON ELEUTERIO.

Contra el visir: que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

DON ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! el visir seria un bruto.

DON ELEUTERIO.

Si señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Si señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara, ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Si señor, sí. Lo mismo me lo he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga usted don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios: no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego,

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificacion.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la dama lo es-

fuerza.

DON PEDRO.

ombre, si he dicho ya que....

DON ANTONIO.

Pero á lo menos el final del acto segundo es menester oirle.

(Lee don Antonio, y al acabar, dá la comedia á don Eleuterio.)

EMP. Y en tanto que mis recelos....
VISIR. Y mientras mis esperanzas....
SENESC. Y hasta que mis enemigos....
EMP. Averiguo.
VISIR. Logre.
SENESC. Caigan.
EMP. Rencores, dadme favor.
VISIR. No me dejes tolerancia.
SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
TODOS. Para que admire la patria
El mas generoso ardid,
Y la mas tremenda hazaña.

DON PEDRO.

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente en ademan de irse.)

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¿Pues no?

(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya que es tambien demasiado! ¡Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia. Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se vé otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempré lo aplauden á rabiar.

DON PEDRO.

Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la espresion! ¡Disparates!

DON PEDRO.

¿Y esto se imprime: para que los estrangeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé que quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede

escribir nada, nada qué no se muerda y se censure.... ¡Disparates! Cuidado que....

PIPÍ.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso, pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambagaum, que es el traidor....

PIPÍ.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues como digo: el visir está loco de amores por ella: el senescal, que es hombre de bien, si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo que como cada uno de estos tres personages está ocupado en su asunto habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(Lee don Eleuterio: lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos....
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah! señor don Hermógenes, á qué buena ocasion llega usted.

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

Don Hermógenes. Don Eleuterio. Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la órden de usted.

DON ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes, será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el diario: lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demás.*) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras agenas. Pues yo quiero que nos diga....

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor á

toda la alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion ...

DON ELEUTERIO.

Bien, pero aquí se trata solamente de saber si....

DON HERMÓGENES.

Estas prendas si que merecen admiracion y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorrumpido en un aserto tan....

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

DON HERMÓGENES.

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en

griego para mayor claridad. *Eisi de ton mithon oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre, pero si....

DON ANTONIO.

Yo reviento.

Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos por contener la risa.

DON HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi....

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

Miihoi eisin iparchousin...

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para mejor inteligencia, convendria esplicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio....

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crates, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es asi que la comedia del Cerco de Viena...

DON PEDRO.

Adios, señores.

(Se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.)

DON ANTONIO.

¿Se vá usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oir eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino....

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento : probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas ; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios, ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, señores. (*Hace que se vá y vuelve.*)

DON ELEUTERIO.

(Señalando á don Antonio.)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal ; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas, mas que por el ingenio, por la necesidad ó la presuncion.

Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones, que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho que....

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas que usted es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

Don Antonio. Don Eleuterio. Don Hermógenes, Pipí.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia la puerta por*

donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hablar asi de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

DON HERMÓGENES.

Yo, estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar mal que le pese.

DON ANTONIO.

Si señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

Don Hermógenes. Don Eleuterio.

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguage que dá gozo oirle!

DON HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya vé usted si yo sé algo....

DON ELEUTERIO.

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que.....

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos, tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme), he llegado á reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar; es mas claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardía! ¿Y usted qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted, ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh! ¡corvas almas! Y precisamente en la oca-

sion mas crítica para mí. Bien dice Tito Livio, que cuando....

DON ELEUTERIO.

¿Pues qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me dén el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se....

DON HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo. Cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien. Con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente. (*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo: unas sillas, un cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que

pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted ¿No es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

DON ELEUTERIO.

Si, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mugeres ya estarán.....

DON HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors œquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

Que bien: que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

Pues, no le digo á usted. Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces. ¡Oh! entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(Vánse por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Doña Agustina. Doña Mariquita. Don Serapio. Don Hermógenes. Don Eleuterio.

(Salen por la puerta del foro.)

DON SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

DON ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas....

DON HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro.

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero usted hace caso de ella? ¿Qué tonteria? Si no sabe lo que se dice. Y á todo esto, ¿Qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Serán. Deje usted. Podrán ser ahora....

DON HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(Siéntanse todos, menos don Eleuterio.)

DON SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquiera dia... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

DON SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

DON ELEUTERIO.

Ya se vé, comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchisimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler; aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

DON SERAPIO.

Hoy los chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos. Pero ¡cómo los hice rabiar! y qué....

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aqui á la libreria, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que vá vendido, para que....

DOÑA AGUSTINA.

Si, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡qué ir y venir! No pára este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavia, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues: siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso peda-

zo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, si, suspirado! Quién le creyera á usted.

DON HERMÓGENES.

¿Pues quién ama tan de veras como yo? cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Asi que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿Qué sé yo? Asi. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Si, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores.... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes: lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se vé, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya: yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo si me caso, bien sabe Dios que....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos y algo de la estática: despues....

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas. ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no me parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó nó, si el lance á obscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente gacetas y mercurios para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaben en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones.... Y

entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come, ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

Yo, señora, ¿como quiere usted que....

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion. Siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos cómo yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Si, Mariquita, si: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los esperimentos cotidianos nos enseñan, que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la

glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se vé: en comiendo versos no se necesita cocina.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem* que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontra-

mos en la botillería ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fé que no se mordia la lengua.

DON SERAPIO.

¿Alto? ¿uno alto, eh? Ya le conozco. (*Se levanta*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbáran la comedia de *El Mónstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al....

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterias está usted ahí diciendo? Sino es ese de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Si, uno alto, mala traza, con una señal que le coge....

DOÑA MARIQUITA.

Sino es ese.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su muger! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro!

DOÑA MARIQUITA.

Pero sino es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente: que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de

pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera.... ¡eh!.... Pero el otro dia, qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan. Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se ván él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y alli se están retozando en el recibimiento con la criada; despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó asi; y luego se ván á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera comedia que echen en el otro corral, zás, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Si, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él vá todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que alli ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras

de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se vé, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita, es preciso que.... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo. ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se vé. Figúrese usted una comedia heróica, como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias asi debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

Don Eleuterio. Doña Agustina. Doña Mariquita. Don Serapio. Don Hermógenes.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien: ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora....

DOÑA AGUSTINA.

Deja: me parece que voy á acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO.

Ah, y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque sino....

DON ELEUTERIO.

Si, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El diario y la gaceta la han anunciado ya: ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... Quinientos ejemplares.

DON SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

DON SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me dá malísima espina.

DON SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente concedo, porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectiva-

mente. Y asi, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que vá de uno á tres. De donde concluyo: que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAPIO.

¡Qué! ¡si en poniéndose á hablar este hombre!

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, serán mas que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad, y en suma todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

Don Antonio. Don Eleuterio. Don Hermógenes. Doña Agustina. Doña Mariquita.

DON ANTONIO.

A la órden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo usted que iria á ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí

tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asientos en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Si, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla, con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues como han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora, han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser, si ahora serán....

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.*) Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡Cuidado que es cosa particular, voto va sanes. La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto. ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco, estarnos así fiados en....

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

Don Antonio. Pipí.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la muger del autor de la comedia?

PIPÍ.

Si señor.

DON ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se vé, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se vé salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia (*Se sienta.*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

DON ANTONIO.

¿Pues qué ha sido ello?

(Sentándose junto á don Pedro.)

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen.... En fin, ya salí.... y sobre todo, yo me tengo la culpa de haber cedido á la importunidad de usted.... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterias. A mi no me divierten; al contrario me llenan de, de... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas qué, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador, en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no

hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caractéres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres: no hay objeto moral, no hay lengüage, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala, y peor, que las otras con que nos regalan todos los dias.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del

buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las estravagancias.

DON PEDRO.

¡Pero no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavia en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los estrangeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? reir ó rabiar: no hay otra alternativa.... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios: el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional: el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se vé que.... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

Don Serapio. Don Hermógenes. Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

DON SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

DON SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! (*Pipí vá detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Por qué no mira usted?

DON HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, estracto, aroma, álkali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO.

Yo no, no traigo.

DON PEDRO.

¿Pero qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

Doña Agustina. Doña Mariquita. Don Eleuterio. Don Hermógenes. Don Serapio. Don Pedro. Don Antonio. Pipí.

DON ELEUTERIO.

Si: es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

DON SERAPIO.

Pues ya se vé. Anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta señora....

PIPÍ.

¡Qué! si está en un camaranchon que....

DON ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! la cama es un jergon de arpillera y....

DON SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si ustedes....

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.

¿Te vás aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

DON SERAPIO.

¡Ya se vé! el lance no era para menos.

DON ANTONIO.

¿Pero se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que.... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro.... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre: el muchacho decia: madre, déme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo.... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡que ruido confuso por todas partes.. ! Pues, señor, como digo: salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirle pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta: suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon, abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se le oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido oido ni visto: en un instante: entrar en el palco, y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un

tiempo. ¡Válgame Dios! ¡en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que....

(Siéntase junto á doña Agustina.)

DON ELEUTERIO.

¡Y qué no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores.... Tome usted (*Saca la comedia, y se la dá á don Hermógenes*) : léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama : (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se vá usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aqui; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos....

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo há.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadia que era escelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis

para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con qué es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero, que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero....

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que....

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás.... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque como dice Platon y el abate Lampillas....

DON ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía.... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No vé usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escri-

bir... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez....

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé como (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se vá retirando de ella*) no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUTERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

Don Eleuterio. Don Serapio. Don Antonio. Don Pedro. Doña Agustina. Doña Mariquita. Pipí.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato! ¡embustero! Despues (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él.

DOÑA MARIQUITA.

Ya vé usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire usted qué hombre: despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latin, ni se mete en citar autores, como ese bribon.... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar: por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho.... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita; que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero hombre, ¿que no has de reflexionar?....

DON ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien....

DON SERAPIO.

No señor, el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo.... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solféo de mojicones como el que han de llevar no le.... La comedia es buena, señor, créame usted á mí: la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido y....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me....

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

DON ANTONIO.

(*Aparte á don Pedro.*) Déjele usted.

DON PEDRO.

No quiero dejarle: me dá compasion.... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No vé usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar: que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas, sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? ¿Qué, no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demas que se le parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted) se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor, será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone: que he perdido mi tiempo, que la comedia

no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia....

DON ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.

Pues, vea usted, no se venderá, y pierdo ese dinero; y por otra parte.... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos: me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba: despues me puse á servir á un caballero indiano; pero se murió: lo dejé todo y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y....

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas....

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor: que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Aparte con ternura.* ¡Qué lástima!)

DON ELEUTERIO.

Pues sino fuera por eso....

DON PEDRO.

(*Aparte.* ¡Infeliz!) Yo, amigo ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Si señor, lo que es asi cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo..... Porque yo, señor, he sido page.... Allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa: como, ya se vé, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y.... ¡vaya! Ninguno ha tenido que....

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía.... Aqui tengo ... Vea usted.... (*Saca un papel y se le dá á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana. ¡Ay Dios mio!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Si señor, tiene su introducioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estrivillo, y concluye con las....

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterias.

(Volviéndole el papel.)

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo....

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos: esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvarios necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

¿Señor, qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

DON PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito que entendia en el gobierno de ellas. Usted si quiere podrá irse instruyendo al lado de

mi mayordomo, que es hombre honradísimo, y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes, porque segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz, y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda, no hay que dudarlo. Ademas, yo tengo muy buenos amigos en la corte y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su muger y su hermana quieren arrodillarse á los pies de don Pedro; él lo estorba, y los abraza cariñosamente.)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece; ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo....

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! ¡qué leccion me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes, pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Mas lo estoy yo: porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*) no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*), amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, asi que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Asi debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion, le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitáran en desengañarse.

EL VIEJO Y LA NIÑA,

COMEDIA.

Estas resultas esperan
Tales casamientos.
ACTO III, ESCENA XII.

PERSONAS.

DON ROQUE.
DON JUAN.
DOÑA ISABEL.
DOÑA BEATRIZ.
MUÑOZ.
BLASA.
GINES.

La escena es en Cádiz en una sala de la casa de don Roque.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas; una del despacho de don Roque y otra que dá salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal: la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y concluye antes del medio dia.

El Viejo y la Niña.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Roque. Muñoz.

DON ROQUE.

Muñoz.

MUÑOZ.

Señor.

(*Responde desde adentro.*)

DON ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ.

Ved que queda abandonada
(*Sale.*)
La puerta y zagüan.

DON ROQUE.

¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Si eché.

DON ROQUE.

Pues no hay que recelar nada
Mientras á la vista estamos:
Y si Bigotillos ladra
Al instante bajarás.

MUÑOZ.

¿Y á qué fin es la llamada?

DON ROQUE.

A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario, y escucha.

MUÑOZ.

Guardo, y escucho.

DON ROQUE.

Escusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga....

MUÑOZ.

Y bien, le he comido, ¿y qué?

DON ROQUE.

Digo que esto solo basta
A que tú reconocido,
Cuando yo de tí me valga..,,

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

DON ROQUE.

Vamos,
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por dónde parta,
Es ese don Juan.... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

DON ROQUE.

Jurára....

MUÑOZ.

(*Aparte.*

Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.

DON ROQUE.

Digo
Que el autor de mi desgracia
Es ese don Juan, que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa....

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.
¿Quién os metió,..?

DON ROQUE.

No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana....
Ya te acuerdas. Murió el tio:
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino: y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensára en volver
A Cádiz.... ¿Mas quién juzgára
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A qué fin..? Ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

DON ROQUE.

Si lo estoy; pero aun me falta
Que decir, porque esta noche
Al pasar yo por la sala,
Noté que en el gabinete
Él y mi muger estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

DON ROQUE.

Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal don Juan
Como que la regañaba;
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atrás,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¡Qué prontitud de demonios!

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Por que en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos....

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pie de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La muger mocita y guapa....
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso....

DON ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso: pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara;
Sin decirme....

MUÑOZ.

Como á mi
No se me dijo palabra
De la boda no pensé,
Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

DON ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes há no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora...
Bien dice: toda es mudanzas
Esta vida.... ¡Qué consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aqui!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese:
Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mugeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto.

DON ROQUE.

Muñoz,

Olvida cosas pasadas:
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

¡Parece cosa de chanza!
Un setenton enfermizo
Casarse, y con ¿quién se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y despues (sin advertir
El riesgo que le amenaza)
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

DON ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡Toma! ¿Con que no sabeis
Quién es ella?

DON ROQUE.

Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.
Tambien sabreis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
Con el sobrino dichoso.
Él no es mucho que pagára
Las visitas. ¡Ya se vé!
Es atento. Se formaba
La tertulia, y entretanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez: si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasára
A otra cosa (que en la edad
Que tienen no será estraña)
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

DON ROQUE.

¡Ay, Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se vé, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorára.
Trataba de mis negocios
Con don Alvaro.... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo menos,
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara
(*Hace que se vá.*)

DON ROQUE.

¿Te vás?

MUÑOZ.

Me voy.

DON ROQUE.

No, Muñoz:
Dime lo que se te alcanza
En este asunto, y que puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huésped y su criado

Salten de aquí: que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor don Roque, guardadla:
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha
Jamás la consentireis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto.... pero al cabo,
Siempre... En fin, no digo nada.
Ello... haced lo que os parezca.
Basta de consulta.

(*Quiere irse y don Roque le detiene.*)

DON ROQUE.

Aguarda,
Muñoz. ¡Qué ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata
Aquí su conservacion
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.

DON ROQUE.

No temas que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torci la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que hareis
Esa espulsion?

DON ROQUE.

Sin tardanza;
Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?

DON ROQUE.

Ello ha de ser, es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana.
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar:
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

Don Roque. Doña Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

DON ROQUE.

¿Se acabaron?

DOÑA BEATRIZ.

Sí, como quedaron tantas.

DON ROQUE.

Pues señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto vá malo, Beatriz.
Jamás he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se vé,

Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas;
Déjame con mi muger,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla....
En fin, á mangonear
Unicamente: escusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitára
En los primeros dos dias;
Las cuatro ó cinco semanas
Que há que nos casamos, pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante,
Para que no le lloráras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir....

DOÑA BEATRIZ.

Y dime,
Toda esa arenga en substancia,
¿Es porque me vaya?

DON ROQUE.

Si..

DOÑA BEATRIZ.

¿Si? pues no me dá la gana.

DON ROQUE.

¿Y por qué?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco,
Mejor que tú, las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma, y despues,
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha:
Y no lo merece, á fé.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas
A Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:
Mas estimacion merece.
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí
Como en su amiga y su hermana:
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava...
Roque, ten juicio, por Dios.

DON ROQUE.

¿Pero quién te ha dicho nada
De eso, muger? ¿Quién la oprime,
Quién la riñe, quien la casca?
¿No la mimo, no procuro?...

DOÑA BEATRIZ.

Si procuras apurarla
El sufrimiento, y no sé,
De veras, como te aguanta.

DON ROQUE.

¡Hola! ¿quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo muger en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras....

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

DON ROQUE.

Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Digecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te dice que tal hagas?

DON ROQUE.

Vosotras: que todas sois
Ligeras y casquivanas.

DOÑA BEATRIZ.

Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

DON ROQUE.

Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

Si, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

DON ROQUE.

Beatriz...

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

DON ROQUE.

Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay señor!

(*Abre con la llave la puerta de su despacho, y se vá por la del lado izquierdo.*)

(*Aparte.*

Si no he de poder echarla.)

ESCENA III.

Doña Beatriz. Ginés.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV.

Don Juan. Ginés.

(*Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la dá á Ginés.*)

DON JUAN.

Corre, Ginés:
Vé al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal,
Que es capitan de navío:

Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

DON JUAN.

Y dile, que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy.
Pero solo deseára
Saber si en estos encargos,
De la partida se trata
Que pensais hacer de Cádiz.

DON JUAN.

Ya es cosa determinada,
Y hoy mismo quiero salir:
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y á dónde iremos?

DON JUAN.

Adonde
Lejos esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

DON JUAN.

Aquí so'o
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy estraña
Resolucion me parece.

DON JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada:
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid: yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él... ¿Y quién juzgára
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. ¡Ah! ¡falsa,
Engañadora! Llegamos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia, solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas,
Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quién, ni cómo la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que

Dirigiese y arreglára
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa muger. Dí mil trazas
Para lograr este fin,
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notára
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio: llama luego,
Para que yo celebrára
La eleccion, á su muger.
Viene al fin, acompañada
De doña Beatriz. Si vieras...
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular; fueron vanas
Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí; no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
El es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado
Con ella á solas?

DON JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo, ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia,
Ni que amó de veras? ¿Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada
Por su tutor.... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.

DON JUAN.

¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla
Soy infeliz.... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso?... Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS.

¿Qué pensais hacer?
(*Le dá la carta á don Juan.*)

DON JUAN.

No sé:
Porque tengo tan turbada

La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Vé adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja,
Que ya tengo en el baul
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,
Gustoso os acompañára
Al cabo del mundo; solo
Me aflige vuestra desgracia.

DON JUAN.

Si, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mi no hallarcis mudanza:
Siempre os he querido bien.

DON JUAN.

Pues haz lo que he dicho y calla.

ESCENA V.

Don Juan. Don Roque.

DON JUAN.

Señor don Roque, supuesto
Que están ya verificadas
Nuestras cuentas, entrareis
Para firmar la cobranza.
Vereis los vales.

DON ROQUE.

¿Qué es todo
En papel?

DON JUAN.

Si no se halla
Dinero. Ademas que ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

DON ROQUE.

(Aparte.)

Como tu te vayas
Todo va bueno.) Decia,
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre: siempre de chanza.
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

DON JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

DON ROQUE.

¿Si? No es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomareis casa,
La pondreis á la moderna,
Buenos trastos, y mañana
Os casais; y la muger,
Que tampoco irá descalza....
Vivireis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata
De buscar casa?

DON JUAN.

(Aparte.)

¡Qué tonto

Es el hombre!) No pensaba
En eso: porque si acaso
No se me proporcionára
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene.

(*Mirando á la puerta del lado izquierdo.*)

(*Aparte.*
(No he de hablarla.)

DON ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?

DON JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

Don Roque. Doña Isabel.

DON ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Señor.

DON ROQUE.

¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No señor.

DON ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Si señor, decidla vos
Que se quede.

DON ROQUE.

(*Aparte.*)

¿Si? Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.

DOÑA ISABEL.

Su génio
Es muy amable: me agrada.
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

DON ROQUE.

(*Aparte.*)

¿Si? Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

Don Roque. Doña Isabel. Muñoz.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De Monsieur Guillermo.

DON ROQUE.

¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya

Recibido....

MUÑOZ.

Bien, y ¿qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. (Lo paciencia
De un santo no me bastára.
Aparte.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El inglés Anson, Manson....
¿Qué sé yo como se llama?
El inglés....

DON ROQUE.

Si, ya lo sé,
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

DON ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes:
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito,
Y yo....

MUÑOZ.

¿Pues, pese á mi alma,
No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana
De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala.
La aprension, salir ahora,
Sin saber sobre que caiga,
Con esa pata de gallo!

DON ROQUE.

¿Muñoz, por eso te enfadas?
Lo dige porque si fuera
Posible que me aliviáras
En ciertas cosas....

MUÑOZ.

¡El diantre
De la invencion! Vaya, vaya.

DON ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojes.
Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
Del polvito! Tengo aquí.

DON ROQUE.

Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Asi me gusta.

DON ROQUE.

Este es
De aquello bueno de marras,
Del padre de la Merced.
(*Le da la caja: Muñoz la abre, y hallándola vacia se la vuelve.*)
¿Te acuerdas?

MUÑOZ.

Aqui no hay nada.

DON ROQUE.

Es verdad: se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré despues.

MUÑOZ.
¡Mala centella te parta!

ESCENA VIII.

Don Roque. Doña Isabel.

DON ROQUE.
Este Muñoz es fatal.
DOÑA ISABEL.
Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.
DON ROQUE.
Es su genio. (No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
(Aparte.
El peluquin. Esta bata
(Harán lo que denota el diálogo.)
Y el gorro pónlos allí:
Que sepa volviendo á casa
Dónde lo he de hallar. Ayer
Cuasi toda la mañana
Anduve buscando el gorro;
Porque mi señora hermana
Me lo guardó, tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.
DOÑA ISABEL.
La caja
Del peluquin no la encuentro.
DON ROQUE.
¡Válgate Dios! Ahí estaba
Debajo de ese bufete.
Con cuidado no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Asi está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca:
Tráelo todo...
(Se va doña Isabel por la izquierda. Don Roque, en justillo, se pasea por el teatro.)
Esta muchacha....
¡Ay señor! y lo peor
Es que mi don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos, ¡Buena va la danza!
Unicamente Muñoz....
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
Isabelilla, ¿despachas?
DOÑA ISABEL.
Estaba todo revuelto.
(Sale doña Isabel con los vestidos.)
DON ROQUE.
Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el parage
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras....
(Dirá esto mientras se viste, ayudándole Isabel.)
Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa,
¡Qué puntualidad! ¡qué aseo!
Era una muger muy guapa,
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió; nunca, nunca
La pobrecita pensaba....
DOÑA ISABEL.
¿Vais en cuerpo?

DON ROQUE.

No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
¡Qué! jamás.

DOÑA ISABEL.

¿Traigo el capote?

DON ROQUE.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

¿Si quereis que traiga
El capote?

DON ROQUE.

El redingot.

DOÑA ISABEL.

Pues bien: eso preguntaba.

DON ROQUE.

Si señor, muy hacendosa:

(Dirá esto mientras doña Isabel le acepilla el vestido.)

Continuamente aplicada
A la labor, eso sí.
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas:
A su marido y no mas.
Ya se vé, buenas cristianas.

DOÑA ISABEL.

(Aparte al irse por la izquierda.)

(Dios me dé paciencia. ¡Ay! triste.)

DON ROQUE.

Si esta muger no es negada,
Ha de conocer preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que....

DOÑA ISABEL.

¿Falta

(Sale con el capote y se lo pone á don Roque.)

Alguna cosa?

DON ROQUE.

No mas.
Haz que limpien esta sala:
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé como mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡Estremada
Era en la limpieza! Cuando
Quieras puedes preguntarla,
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy muger. ¡Oh! aquella.

(Se entra en el despacho.)

ESCENA IX.

Doña Isabel. Blasa.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es esto que por mi pasa?
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¿No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan?

DOÑA ISABEL.

Yo no sé. ¿Pues cómo?

BLASA.

He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos
Y á toda prisa los guarda.
El, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra

Me ha querido responder;
Pero se van.

DOÑA ISABEL.

Que se vayan:
¿Qué cuidado te dá á ti?

BLASA.

Ninguno: solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

DOÑA ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿Quién sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

Doña Isabel. Don Roque.

DON ROQUE.

(*Al salir del despacho.*)

No hay remedio, erre que erre:
(Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo:
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo.

(*Váse.*)

DOÑA ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio, siempre me habla
Con ambigüedad, me observa...
Ya se fué. Soy desgraciada.

(*Mirando á la puerta por donde se fué don Roque.*)

¿En qué le pude ofender?

ESCENA XI.

Doña Isabel. Don Juan.

DON JUAN.

¿Aun esta aquí?

(*Al salir don Juan del despacho vé á doña Isabel y hace ademan de volverse á entrar: doña Isabel le detiene.*)

DOÑA ISABEL.

No te vayas,
Solos estamos. ¡Ay Dios!
¿Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?

DON JUAN.

Tu Isabel:
¡Qué dulce espresion!

DOÑA ISABEL.

Declara
A quien te quiere tu enojo....
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero escúchame, sabrás...,

DON JUAN.

¿Qué de saber? que eres falsa,
Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

Don Juan.

DON JUAN.

Ingrata.

DOÑA ISABEL.

Oyeme. ¿Tan poco puedo
Contigo?

DON JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde: se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

DOÑA ISABEL.

¿No bastan
Estas lágrimas?

DON JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

DON JUAN.

Déjame, aparta,
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Cruel, ¿qué quieres

(Doña Isabel le deja y se vá despechada á un estremo del teatro. Don Juan la sigue.)

De una muger humillada?

DON JUAN.

¿Qué he de querer? ¿ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta el pie de los altares,
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon,
Que niña, desamparada
Y oprimida al fin cediste,
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira, todo,
Todo es inútil: no alcanza
A disculparte: no es cierto
Que me quisiste. ¡Inhumana!
¿Tú sabes qué golpe es este
Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras. ¡Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurára
Contra mí.... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas,
En mi daño conjuradas,
Los celos pudieron solo
Conseguir que me olvidára
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fué
Ingratitud, fué venganza.

DON JUAN.

Isabel, ¡celos! ¿de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

DON JUAN.

¿Pues qué fué,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir. Dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte; entonces me dijo

Que era fuerza me casára
Con don Roque: repugné,
El instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda....
Fingió dos cartas....

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Si, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
El dispuso que llegáran....

DON JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo:
Logró su astucia villana.
¡Ay! ¡una muger amante
Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

DON JUAN.

Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL.

Señor, ¡ay de mí! ya es tarde.

(*Deteniendo á don Juan.*)

¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí:
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz muger,
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas:
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

DON JUAN.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! ¿Donde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aquí!
¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber: harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No, don Juan, si asi te ausentas
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues.
Este consuelo á tu amada
Isabel.

DON JUAN.

¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla.
Infeliz: no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?

:

No basta, dime, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Celos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay Dios! Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?
¿Asi te vas? ¡Qué villana
Accion! ¡Me dejas!

DON JUAN.

No sé.
Fuerza será que me vaya....
El único medio es este
De impedir una desgracia,
Próxima, terrible... A entrambos
Nos está bien evitarla.

(*Don Juan se vá por la puerta de la derecha; doña Isabel por la izquierda.*)

DOÑA ISABEL.

¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Roque. Muñoz.

DON ROQUE.

Solos parece que estamos.

(Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo; se acerca despues á la puerta de la derecha, y llama á Muñoz.)

Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

DON ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

DON ROQUE.

¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

DON ROQUE.

Don Juan é Isabel,
Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.

DON ROQUE.

¿No?
¿Con que don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

DON ROQUE.

Ya, ¿pero en ese intermedio
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

¿Pues no te encargué, que luego
Que yo me fuese, estuvieras

Escuchando muy atento
Si los dos...

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado casi durmiendo.

DON ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

DON ROQUE.

Hombre, ¿nada? Pues es cierto
Que se puede descuidar....
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré:
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger:
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger, encarga
Para apurar sus recelos
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien: observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos... La muger conoce,
Y es facil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios
Y le hecha de casa. Agur:
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada... Viene la señora:
El se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué sé yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado:
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveidile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amen, no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

DON ROQUE.

Hombre, por amor de Dios...

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,
No puedo: no hay que moler.
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tús tús.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz,
Coge un cordel...

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

DON ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

DON ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

DON ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!

MUÑOZ.

Pues yo ¿que he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me embrolla los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

DON ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije:
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando.... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

DON ROQUE.

Pensé que el medio
Mas prudente era observar...

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses decíais:
Muñoz, ya este es otro tiempo:
Ya enviudé, ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos!
Diez meses ha, no hará mas:
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,
Lleno de desasosiegos:
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio... ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

DON ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme, no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? ¿Eh? me alegro,
Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella...

DON ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.
¡Separarnos! No señor.
Vaya. Por ningun pretesto.
El mal era para mi
Entonces.... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes, esto quiero:
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo; ella me aturde,
Me saca mil argumentos
Y tengo á bien de callar.
Él, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte....

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

DON ROQUE.

De suerte que yo no sé
Cómo salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entretanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas: fuí allá,
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa: es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

DON ROQUE.

Que es menester que me ayudes,
Muñoz, por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

DON ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

DON ROQUE.

No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy:
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes

Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aqui sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz, las dos... En suma
De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

DON ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene? Dale
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,
Si señor.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se vé, no es esencial.

DON ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agugero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

DON ROQUE.

Es verdad.
Se me fué del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy facil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(*Se vá y vuelve despues.*)

DON ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?

DON ROQUE.

Que es preciso....

MUÑOZ.

Ya lo entiendo:
Es preciso, bien está.

DON ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! primero...
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un....

DON ROQUE.

Muñoz.
Mira Muñoz: ya no quiero
Nada de tí: ya conozco

Lo bien que pagas mi afecto.
¡Qué ley! ¡qué ley! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre, era apariencia
Nada mas... ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo digeron
Sus amas! ¡Pero señor,
Que haya de olvidar tan presto!...
¡Qué ingratitud! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado:
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes:
Sabe que en mi testamento
Le dejo, cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

DON ROQUE.

¿Pues qué, no sabes las mandas
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

DOM ROQUE.

¡Toma! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca: mando
Qui si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula:
Mando tambien....

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

DON ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

DON ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios: tambien te dejo
La caja de plata. En suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?
En fin, se acabó; yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo? Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

DON ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

No, no gusto de rodeos:
(*Suena la campanilla al lado derecho. Mañoz quiere irse y don Roque le vá deteniendo.*)
Dí lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Que... veremos

DON ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

DON ROQUE.

No, primero
Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo
Que si lo haré.

DON ROQUE.
¿Cierto?

ESCENA II.

Don Roque. Don Juan.

DON ROQUE.
¡Ay! que Muñoz. ¡Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará.
(*Sale don Juan.*)
Y bien, D. Juan, qué hay de bueno?

DON JUAN.
Nada ocurre.

DON ROQUE.
Cansadillo
Vendreis de correr el pueblo,
Buscando casa. Es un diantre;
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis que estrecha, y antigua,
Llena toda de agugeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra:
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones.... Y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo, por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

DON JUAN.
Ya lo veo.

DON ROQUE.
¿Qué deciais?

DON JUAN.
Solo digo,
Que teneis razon en eso.

DON ROQUE.
¡Ah! pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aqui....
Vaya, es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis, para poneros,
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa, y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada....
(*Aparte al entrarse en el despacho.*)
Nada: como
Si se lo dijera á un muerto.

ESCENA III.

Don Juan. Doña Beatriz.

DON JUAN.
¡Qué indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.

DOÑA BEATRIZ.
Ginés, ha guardado ya
Todos los trastos, y creo
Segun las señas que os vais.
Si en algo á serviros acierto,

Manda con satisfaccion;
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y solo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida: sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento.
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;
Mas si te quieres quedar
En Cádiz (que no lo apruebo)
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos

(Don Juan se sienta en una silla.)

A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No des
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla: ya es casada:
Ya no es tuya.

DON JUAN.

Si un perverso
No usára de astucias viles,
No la viera yo en ageno
Poder, ella fuera mia.
Si para amarse nacieron
Nuestras almas y debian
Unirse con nudo estrecho,
¡Ay! ¿Quién pudo desatarle?
¿Quién le rompe? ¡Qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,
No estraño que digas eso:
Pero al fin....

DON JUAN.

¿Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion? ¡Valerse
De la autoridad que dieron
Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor!
¡Qué atrocidad, qué violento
Sacrificio! Ella turbada
Entre el pudor y el respeto,
Tímida, engañada y sola....
Ya se vé, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno.
Ella celosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias. ¡Desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.

(Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
Juanito, qué descompuesto,
Qué perdido estás.

DON JUAN.

Ginés.

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Debe conocer....

DON JUAN.

Ginés.

DOÑA BEATRIZ.
¿No me escuchas?

ESCENA IV.

Don Juan. Doña Beatriz. Ginés.

DON JUAN.
Vuelve presto.
Mira....
GINÉS.
Señor.
DON JUAN.
Vé á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.
GINÉS.
No acabo
De entender....
DON JUAN.
Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar, pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo,
Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entretanto al puerto,
Y aquí me hallarás.
(Ginés se vá. Don Juan, despues de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se vá tambien.)

ESCENA V.

Doña Beatriz. Don Roque.

DON ROQUE.
Beatriz.
DOÑA BEATRIZ.
¿Qué ocurre?
DON ROQUE.
Saber deseo
Cuando me dejas en paz:
Cuando mudas de aposento.
Mas claro; cuando te vas
A tu casa.
DOÑA BEATRIZ.
Estoy en ello:
Lo pensaré.
DON ROQUE.
No me empieces
Con tranquillas ni rodeos
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que están las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas, y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno,
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso;
Mi muger no necesita
A su lado consejeros:
Con que así, fuera.
DOÑA BEATRIZ.
Está bien:
No te has de enfadar por eso.

DON ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me iré,
Déjalo estar.

DON ROQUE.

Es que quiero
Que te vayas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Qué empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan: quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos:
Y si te dá la morriña
(Que dura meses enteros)
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia:
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus estrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás como, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto:
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
Adios.

ESCENA VI.

Don Roque. Muñoz.

DON ROQUE.

Beatriz. A otra puerta.
Pero no perdamos tiempo.
Esta es la ocasion. Muñoz.

(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)

Lo primero es lo primero.
Muñoz.

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora

Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

DON ROQUE.

Despacha. Por este lado

(Se encamina hácia el canapé. Muñoz se está quieto.)

Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

Hombre....

MUÑOZ.

Dale: si es inútil
Todo. ¿Qué pensais que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada: si lo estoy ya viendo.
¿A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho
Que los tres quedamos solos:
Las inquietudes, los celos
No se acabarán jamás.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:
No señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas; digo:
¿Cómo la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento....

DON ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Si señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos,
Billeticos, tercerias.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon: su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros:
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa

Que en uno ú otro mozuelo,
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil egemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice, no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud, y ella entretanto
Piensa en su lindo don Diego.
Pues no digo nada, el cuyo,
Que anda, que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga: ce, caballero.
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
¿Mas por qué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Por que? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor:
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio:
Porque cada cual se arrima
A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento:
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mi lo veo:
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó.
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

Así pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo.

DON ROQUE.

¿Pues qué mas has de decir?
Mal haya amen....

MUÑOZ.

El camueso
Que....

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo y me escurro.
(*Hace que se vá, y vuelve.*)

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, *¿quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres....

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
predicar sobre el asunto
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

DON ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo
Que disparate mayor....

DON ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Si...

DON ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.

(*Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.*)

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué, no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que allá lo veremos.

DON ROQUE.

Parece que viene gente.

MUÑOZ.

Esta es otra.

DON ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aqui te quiero, escopeta.

(*No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.*)

DON ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Sino puedo
Ir adelante ni atrás,
Mas que venga un regimiento.

DON ROQUE.

Pues haz por salir, á ver.

MUÑOZ.

No hay que tirar tan de recio.

DON ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

DON ROQUE.

¡Terrible aprieto!

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII.

Don Roque. Doña Isabel.

DON ROQUE.

Si habrá visto; pero no.

DOÑA ISABEL.

¿Me llamábais?

DON ROQUE.

No por cierto.

(*Aparte.*)

(Esta es escusa.) Parece
Que los huéspedes se fueron.

DOÑA ISABEL.

Pienso que sí.

DON ROQUE.

¿Qué me dices
De ese don Juan? Ves que atento,
Qué entendido, qué buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le vé. Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.

(*Aparte.*)

(Cómo calla la bribona.)
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De don Alvaro, en su casa.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.

DON ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
¡Qué traviesos érais todos!
¡Qué chillidos y qué estruendo
Andaba en la sala obscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino, don Pedro,
Don Andrés y don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos si que eran hombres.
¿Lloras?

DOÑA ISABEL.

No señor.

DON ROQUE.

Yo veo
Qué lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aqui. ¿Dí, por qué lloras?

DOÑA ISABEL.
No lo estrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decis,
De aquel venturoso tiempo....
DON ROQUE.
De aquel tiempo cuando os íbais
A retozar...
DOÑA ISABEL.
No por cierto.
DON ROQUE.
Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...
DOÑA ISABEL.
No es eso.
DON ROQUE.
De don Blas, y en la cocina
No dejábais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...
DOÑA ISABEL.
(*Aparte.*)
(¡Ay triste!)

ESCENA VIII.

Don Roque Doña Isabel. Ginés.

DON ROQUE.
(*Aparte.*)
¡Hola¡ (Recado tenemos,
Y billetico tambien.
Yo he de verle.) ¿Adonde bueno,
(*Ginés sacará una esquela en la mano; durante la escena se la dá á don Roque, la lee y se la vuelve á Ginés.*)
Señor Ginés?
GINÉS.
A buscar
A mi amo.
DON ROQUE.
(*Aparte.*)
(Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?
GINÉS.
Si señor.
DON ROQUE.
¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.
GINÉS.
Bueno es eso.
Sino es para vos.
DON ROQUE.
No importa.
GINÉS.
Advertid.
DON ROQUE.
Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.
GINÉS.
Ahí le teneis, si es empeño.
DOÑA ISABEL.
(*Aparte.*)
(¡Qué dirá el papel!)
GINÉS.
(*Aparte.*)
(El hombre
Gasta mucho cumplimiento.)
DOÑA ISABEL.
(*Aparte.*)
(Llena de temor estoy.)
DON ROQUE.
Pues toma: llévale presto,
Que importa.

GINÉS.

Sino está en casa,
Aquí á la puerta le espero.

DON ROQUE.

Harás bien.

GINÉS.

Agur, señores.

DON ROQUE.

A Dios, amigo.

ESCENA IX.

Don Roque. Doña Isabel.

DON ROQUE.

En efecto
Se vá don Juan.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo? ¿Adónde?

DON ROQUE.

(Aparte.)

(¿Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Yo nada.

DON ROQUE.

El viento
Es propio para salir.
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí
Si se dá por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo há hecho,
El sabrá por qué se vá
Y á lo que vá; que no es lerdo.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

DON ROQUE.

Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en estremo
Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

DOÑA ISABEL.

No hay duda, señor; es cierto.

DON ROQUE.

¿Estás triste?

DOÑA ISABEL.

No señor.

DON ROQUE.

¿Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huésped?

DOÑA ISABEL.

A mí,
¿Qué se me puede dar de eso?

DON ROQUE.

Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.

(Sacando el reloj.)

DOÑA ISABEL.

¿Salís otra vez?

DON ROQUE.

Si, tengo

(Se pone el capote y el sombrero.)

Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,

O si alguien llama. A Dios, chica.
(*Aparte al tiempo de irse por la derecha.*)
(Tú caerás en el anzuelo.)

ESCENA X.

Doña Isabel. Doña Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.
¿Vienes adentro, Isabel,
O te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?
DOÑA ISABEL.
¡Ay, Beatriz!
DOÑA BEATRIZ.
Dejemos eso,
Isabelita.
DOÑA ISABEL.
¡Ay de mí!
DOÑA BEATRIZ.
Vamos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en tí?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el estremo
De que lo sepa mi hermano?
DOÑA ISABEL.
Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.
DOÑA BEATRIZ.
¿Pues qué ha dicho?
DOÑA ISABEL.
Nada; pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y celoso de don Juan.
DOÑA BEATRIZ.
No lo estraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.
DOÑA ISABEL.
Ya la ha resuelto
El mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.
DOÑA BEATRIZ.
Eso es lo que debe hacer,
Y á tí te importa en estremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuanto
Le obliga el honor; ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento;
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.
DOÑA ISABEL.
¡Qué bien dices! Tú me dás
Valor, tú me dás consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala
A tu retiro daremos
Disculpa, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

Doña Isabel. Don Juan.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; ¿mas qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.

DON JUAN.

Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si venís
Ó enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.

DON JUAN.

Venia...
A solo decirte vengo....

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vás. Ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo.

DON JUAN.

¡Ah! que no sabes la pena...

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo:
Vete, y déjame morir.

DON JUAN.

¡Ay Isabel! ¡para esto
Volví á Cádiz! para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Qué formó el trato y el tiempo.
¡Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?...

DOÑA ISABEL.

Yo desfallezco.

DON JUAN.

Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

DON JUAN.

Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Éramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño.
Ya solo la muerte aguardo.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí, moriré de angustia:
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.

DON JUAN.

A Dios: ya no nos veremos
Otra vez. De tí apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fé, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
¡Mas qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Ámale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

Señor.

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! ¡si vieras cómo tengo
El corazon!

DON JUAN.

¡Ah! si vieras...
Pero, á Dios, y este postrero
Abrazo confirme...

(*Quiere abrazarla y doña Isabel se retira.*)

DOÑA ISABEL.

Aparta.

DON JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Si, de tí me alejo:
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

DON JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah! D. Juan, ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí, ¿si el cielo
Lo ordena asi: ya lo vés.
Nuestro honor lo está pidiendo...
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me dés mayor tormento;
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo,
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de tí,
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que sino fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan:
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero
Si á costa de tanta pena

Pura mi opinion conservo.

DON JUAN.

¡Ay querida de mis ojos!
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

DOÑA ISABEL.

¡Oh virtud! ¡oh dolorosa
Virtud!

(Se vá por la izquierda, don Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.)

ESCENA XII.

Muñoz.

Es preciso hacerlo:
Llegó el caso. No hay que darle
(Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.)
Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay qué boda! ¡Ay qué don Juan!
Muñoz, ánimo y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

Blasa. Ginés.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!
(Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.)

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá adentro.
Vaya, que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo
Cómo don Roque le aguanta.

BLASA.

¿Cómo? bien fácil es eso.
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo:
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio:
Porque es ruin como su amo:
Porque le ha cogido miedo:
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo,
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno.
Porque le sirve de espía:
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo,
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa: viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por vé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya pícaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos....

GINÉS.

Pues yo,

Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

¿Si? ¿cómo?

GINÉS.

Como nos vamos
Allá..... ¿Qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú: que de hoy mas
No verás á ése estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque,
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

Blasa. Ginés. Doña Isabel

DOÑA ISABEL.

Blasa.

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Prepara
Mi bastidor.

BLASA.

Voy corriendo. (*Vase*).

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.

DOÑA ISABEL.

Vé por ella. ¡Ay desdichada!

(*Váse Ginés por la izquierda.*)

No hay que hacer, se vá en efecto.
¿Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?

(*Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.*)

Esto importa. Ginés, dile
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo....

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion:
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Mísera! corre.... ¡ay de mí!

ESCENA XV.

Muñoz.

Gracias á Dios que se fueron.

(*Saca la cabeza, y sale despues sacudiéndose.*)

¡Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Pues el otro
Bribon! Y cómo me he puesto
De basura.... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor:
Don Roque malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Doña Isabel. Doña Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, vá á partir:
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas hermana,
Que tu marido sospecha
De tí: nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
El te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.

DOÑA ISABEL.

Si, Beatriz, asi lo haré:
Tú mi timidez ahuyentas.
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan,
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

DOÑA BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas.
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

DOÑA ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(*Aparte en ademan de irse.*
Alguien viene; él es sin duda.)
¿Adónde iré?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?
¿Por qué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

Don Roque. Doña Isabel. Doña Beatriz.

DON ROQUE.
(*Aparte.*)
(¿Qué entruchadas serán estas
de volver y de tornar?)
¿Dónde está la bata vieja?
¿Cuánto va que no se han puesto
los pedazos de bayeta
En la espalda?

DOÑA BEATRIZ.
Si dijiste
Ayer que te los pusieran;
No ha habido tiempo de hacerlo.

DON ROQUE.
Idos de aquí.

DOÑA BEATRIZ.
(*Aparte.*)
(Ya nos echa.)
Te quedas sin desnudar?

DON ROQUE.
¿Que don Juan?

DOÑA BEATRIZ.
¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

DON ROQUE.
Cuando la quiera
Yo sabré llamar.

DOÑA BEATRIZ.
¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?

DON ROQUE.
No señora.

DOÑA BEATRIZ.
¿Pues, hombre, qué te molesta?

DON ROQUE.
Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?
(*Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha llama á Muñoz.*)

DOÑA BEATRIZ.
Ven, Isabel.

ESCENA III.

Don Roque. Muñoz.

DON ROQUE.
Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas....

MUÑOZ.
¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

DON ROQUE.
¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ.
Que venga.

DON ROQUE.
¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.
Eso mismo.

DON ROQUE.
¿Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ.
Cierto.

DON ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

No, que no.

DON ROQUE.

¿Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

DON ROQUE.

¿Con que, en efecto, estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ.

Y postema.

DON ROQUE.

¿Y cenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

DON ROQUE.

¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

DON ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

DON ROQUE.

Pues Isabel....

MUÑOZ.

Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fué la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que....

DON ROQUE.

Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá, y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

DON ROQUE.

De suerte que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion.... ¡Infame...!
Si estoy por ir y cogerla

(*Paseándose inquieto por la escena.*)

De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa....
Válgame Dios! Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz;
Si al fin se marcha y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿Para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

DON ROQUE.

¿Pues en tal caso qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

DON ROQUE.

Hombre, por San Juan bendito
Te suplico....

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordiosco.

DON ROQUE.

Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaría
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante
(*Don Roque se distrae, sin atender á lo que Muñoz le dice.*)
Porque no huele y acecha:
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y.... ¿Qué no me ois?

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

DON ROQUE.

¿Ya no te acuerdas?

MUÑOZ.

¿De qué, señor?

DON ROQUE.

Es verdad.
Si estoy loco.

MUÑOZ.

¿Quién lo niega?

DON ROQUE.

Ya se vé, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar;
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Donde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cuál, señor?

DON ROQUE.

Aquella vieja.

MUÑOZ.

Si, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.

DON ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si há mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.

DON ROQUE.

No importa nada:
Tráeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y qué nueva
Invencion?

DON ROQUE.

Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

Don Roque.

¡Ay señor! Esto vá malo,

(*Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.*)

Malo, malo. ¡Picaruela...!
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido.... Si fuera
Decir.... pero si, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas....
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre don Roque, qué buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Qué lográra... Dios lo quiera.

ESCENA V.

Don Roque. Muñoz

DON ROQUE.

¿Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

DON ROQUE.

¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

DON ROQUE.

¿No?
Pues anda y dila que venga.

MUÑOZ.

A quién?

DON ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña
Deslengüada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
¿Pues qué pretendeis con ella?

DON ROQUE.

Entablar este proyecto,
(*Poniéndose el capote.*)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece
Que viene.

DON ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

(Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; ¿y qué hará?
Lo que hizo Cascacruelas.)

ESCENA VI.

Don Roque. Blasa.

DON ROQUE.

Oyes, Blasita.

BLASA.

Señor.

DON ROQUE.

(Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media
No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

DON ROQUE.

Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA.

Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

DON ROQUE.

Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.

Y nosotros encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamás
Damos por ahí una vuelta.

DON ROQUE.

Las mugeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se están en casa, y no son
Busconas, ni callejeras.
En casa, en casa.
(*Aparte.*)
(Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)
(*Se vá olvidándose del sombrero.*)

BLASA.

Digo, señor, ¿y el sombrero?
Señor. Sí... ¡Qué paso lleva!
Señor. ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chaveta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(*Vuelve don Roque. Blasa le dá el sombrero, y él se vá.*)
Tomad el sombrero.

DON ROQUE.

Venga.

ESCENA VII.

Blasa. Muñoz.

BLASA.

¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya muger que quiera,
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda Pablo! mejor es
Morir de puro doncella
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.

¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorvo....

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

Con que os estorvo. ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con qué me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir,
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.

Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ.

Calla.
(*Amenazándola.*)

BLASA.

Si quiero
Hablar, ¡Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira...

BLASA.

Cara de laceria.

MUÑOZ.

Si...

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,
Judas: rabia; rabia.

MUÑOZ.

Espera.

ESCENA VIII.

Muñoz. Don Roque.

MUÑOZ.

¡Picarona! Bien se vé
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza,
Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya yo no entiendo
Como he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

DON ROQUE.

Muñoz, ya estamos de vuelta.

(*Sale don Roque por la puerta del foro, que dá salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.*)

Buena prevencion ha sido
Que pasáras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado:
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;

Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó.
Sin duda á llevar las nuevas
A don Juan, á don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se grangea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña:
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces...

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

DON ROQUE.

La cosa está ya dispuesta...
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vetè, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ.

(*Aparte.*)
(Mucha diversion me espera.)

DON ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Hácia acá ¿Pero no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

ESCENA IX.

Don Roque. Doña Isabel.

DON ROQUE.

¿De qué te asustas?
(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

DOÑA ISABEL.

Presumí que estábais fuera,
Porque Blasa...

DON ROQUE.

Sí, he salido
A dar por por ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

DON ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada señor.

DON ROQUE.

No se pierda
El tiempo.
(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! La llave...

DON ROQUE.

Deja
La llave: nada te importa
La llave.

DOÑA ISABEL.

¿Pero á qué es esta
Prevencion?

DON ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas:

Él vá á venir.

DOÑA ISABEL.

Señor.

DON ROQUE.

Calla:
No me grites, que lo hechas
A perder. Él va á venir:
Yo me escondo en esa pieza:
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa: que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se vá, y quedarse:
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa.
Pero á la puerta han llamado.

(Suena la campanilla hácia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.)

Siéntate, la silla vuelta
Hácia este lado.

DOÑA ISABEL.

Advertid.

DON ROQUE.

Escusadas advertencias.

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

DON ROQUE.

Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡qué funesta
Situacion! Pero, es posible...

DON ROQUE.

Presto: vamos, que ya llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme.

DON ROQUE.

Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.

(Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero y se va á su despacho; dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.)

ESCENA X.

Doña Isabel. Don Juan

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¡desgraciada de mí!
¡Ay qué angustia! ¡Quién pudiera
Avisarle! No hay remedio.

DON JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora,
Nuevo tormento padezca?
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
¿Pero, qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas: en ellas
Harto me dices, no ignoro
De tus ojos la elocuencia.

Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta;
Pero.....

DOÑA ISABEL.

Don Juan, qué decís?
¿Qué decís? Idos, no sea
Que mi esposo.....

DON JUAN.

No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfia.....

DON JUAN.

¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Qué lengüage, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tu me llamaste, y ahora.....

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

DON JUAN.

¿Qué, me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues.....

DOÑA ISABEL.

Callad.

DON JUAN.

Tu harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en tí tanta fiereza?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decís.

DON JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo:
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

DON JUAN.

¡Ah fementida
Muger! ¡Que así mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
¡Pérfida!

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor,
Lo que decís: pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto,
Que alguno de casa os sienta....
Mi esposo.....

DON JUAN.

Si, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema:
Que el amor que me juraste
Fué mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me dás? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? A Dios.
Voy á morir: nada anhela
Tu amante, sino acabar

La vida que ya detesta:
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños.....
¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan..... Yo las creí
Alivio de mis tristezas.....

(Saca unas cartas y las rasga. doña Isabel se levanta queriendo, en vano, contenerle.)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!
Míralas: tuya es la letra.....
No quede memoria alguna.....

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

DON JUAN.

No, deja,
Déjame.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos! Señor.....

DON JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infeliz!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Idos, señor.

DON JUAN.

Sí, cruel.

DOÑA ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.
(Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo y se va.)

ESCENA XI.

Don Roque.

Mejor será. Sí, es mejor.
(Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.)
Hasta que embarcar le vea.....
Vamos allá, no se escurra
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita, y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII.

Don Roque, Doña Beatriz Doña Isabel.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

DON ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta.....
La pregunto y no responde;
Solo suspirando alienta.....
¿Qué ha habido aquí?

DON ROQUE.

Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.

(Váse al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personages.)

DOÑA ISABEL.

Beatriz, hermana. ¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué haremos? Llama. No, deja,
Es mejor que..... Yo no sé.
No estoy en mí.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera,
¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar
Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quien? Sosiega
El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido
Detras de él? No me detengas;
Déjame que vaya.....

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay muger á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino.....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano,
Todo lo ha visto. Él se aleja
Culpando mi ingratitud.
¡Ay Beatriz! ni se me acuerda
lo que le dige, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera.....
¡Mísera! ¿qué pude hacer?

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.
¿Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
Qué le diré? ¿Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Cómo hay en mi resistencia?

DOÑA BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro: que no es bien
Esponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

DOÑA ISABEL.

Bien dices.
Vamos.... El tiro de leva.

(Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.)

Ya se vá, Beatriz. ¡Dios mio!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te dá, hermana? No alienta.
Isabel.... ¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique.... Blasa.
Estas resultas esperan
Tales casamientos. Blasa.
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. Isabel.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener,
Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera,
No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me iré.
Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

¡Qué pena!

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira: que ahora
Nadie nos vé.

DOÑA ISABEL.

¡Qué funesta
Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, por Dios....
¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fué, ya se acabó
El afan.

DOÑA BEATRIZ.

¡Que asi te quieras
Atormentar!

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.
¡Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamás. ¿Quién me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

No: descansa.

DOÑA ISABEL.

En fin se vá,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece...
¡Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fué de tus finezas
Isabel: ¡ay! la vida
La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece

(*Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.*)

Que ha entrado. No te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿Adonde, adonde
Iremos que no me vea?

¿Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera
Posible.... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este:
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita: ya no voy contigo:
Aquí le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

ESCENA XIII.

Doña Isabel. Doña Beatriz. Don Roque. Muñoz.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

DON ROQUE.

Es que quiero que las veas,
A ver por donde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa....

DON ROQUE.

Buena pieza.
Ya se fué don Juan: cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas,
Y las tuyas. Sí por cierto,
Me ha enseñado la esperiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

DON ROQUE.

¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.

DOÑA ISABEL.

Sí, señor:
Bien decis. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed.....

DON ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negáras!

MUÑOZ.

Pues digo,
Que se morderá la lengua.

DOÑA ISABEL.

Sabed que yo desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan... Sí, señor,
Le quise, fué verdadera
Nuestra pasion.

DOÑA BEATRIZ.

¿Isabel,
Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera
Justo engañaros: le amé.
Así lo quiso mi estrella.
El igualmente.... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lagrimas: que todo
Lo que callo, dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

DON ROQUE.

¿Digo, y cómo
Entonces que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, señor! con tantos años
¿Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... No importa:
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡Ay triste!
No soy yo sola: no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

DON ROQUE.

Muy bien. ¿Y toda esa arenga
Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir: que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos,
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

DON ROQUE.

Cierto: es una friolera:
No ha habido nada: no importa
Nada: no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada: ¡eh! ¡Parlera
De Satanás!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero
El cielo ve mi inocencia.
El sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviáran sus tristezas;

Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuántos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. ¡Ah! Ya se fué:
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡qué golpe
Tan terrible! ¡qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera:
Si, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento;
Si es vida la que me resta.
Allí....

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

DON ROQUE.

¿Muger, qué clausura es esa?
¿Qué? No señor, en mi casa
La tendrás. ¡Pues era buena
La invencion!

DOÑA BEATRIZ.

Hermana.

DOÑA ISABEL.

No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá: por mas que quiera
Tranquilizarle, jamás
Faltarán celos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mi: su edad, su genio....
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico: si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

DON ROQUE.

Vamos:
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y...

DOÑA ISABEL.

No, no señor, es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

DON ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamás; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

DON ROQUE.

¿Con qué yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con qué yo tengo la culpa?
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad:
El sigilo y la presteza
Convienen.

DON ROQUE.

Teneis razon:
Matarme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

DOÑA ISABEL.

No, vivid, señor; y sea
Con mucha felicidad,
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

DON ROQUE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

DON ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejára tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda;
Si es preciso. Aunque ella fuese
Una Santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se vá?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamás
Esa cara, está contenta:
Con que, abreviarlo y agur.

DON ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?
Isabel.

(*Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion*)

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

DON ROQUE.

¿Pero es posible que quieras?...

DOÑA ISABEL.

No me sigais: apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved,
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una muger
Desesperada y resuelta.

(*Vase.*)

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

DON ROQUE.

Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz,
Dejadme... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero.

DON ROQUE.

Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

Don Roque. Muñoz.

DON ROQUE.

¡Válgame Dios qué muchacha!

(*Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.*)

¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

DON ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon; pero deja
Que reniegue de mí mismo:
Pues yo por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

EL BARON.

COMEDIA.

Noli affectare quod tibi non est datum
Delusa ne spes ad querelam recidat.
PÆDRI, FAB. LIB. III.

PERSONAS.

DON PEDRO.
LA TIA MÓNICA.
ISABEL.
LEONARDO.
EL BARON.
FERMINA.
PASCUAL.

La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha, que dá salida al portal, otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.

EL BARON.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Leonardo. Fermina.

LEONARDO.

Sí, Fermina: yo no sé
Qué estraña mudanza es esta;
Ni apenas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte
De favorable en adversa.
¿Qué misterios hay aquí?
¿Por qué su vista me niega
Isabel? ¿Por qué su madre,
Que me ha dado tales pruebas
De estimacion, me despide,
Me injuria? ¡Oh! ¡cuánto recela
Un infeliz!... Pero, dime,
Ese baron que se hospeda
En esta casa...

FERMINA.

¿El baron?

LEONARDO.

Sí: ¿qué pretende? ¿qué ideas
Son las suyas?

FERMINA.

No es posible
Que un instante me detenga.
(*Mirando adentro con inquietud.*)

LEONARDO.

Pero dime...

FERMINA.

Es que si viene
Mi señora, y os encuentra,
Habrá desazon.

LEONARDO.

Despues
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Di...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta.
Ya sabeis que hace dos meses
Con muy corta diferencia,
Que el baron de Montepino
Se nos presentó en Illescas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras... bagatelas
Y chismes de vecindad:
Vino hasta media docena
De veces á casa, y luego
Fué la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el rey,
De sus mulas, et cetera.
Mi señora la escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza
Ir á ver á vuestro primo;
Que á la verdad, no pudiérais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca
De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon....

FERMINA.

Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia:
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda,
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja;
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento: está la muger
Que no vive ni sosiega
Sin su baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa:
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias,
Para que su señoría
Cóma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo:
Se le han cedido las piezas
De arriba: viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,
Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; despues
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,

Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice....
¡Para el tonto que lo crea!
No sé qué lance de honor
De aquellos de las novelas:
Persecuciones, envidias
De la córte, competencias
Con no sé quién, que le obligan
A andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces y....

LEONARDO.

Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca...
¡A su pesar!... Pero ¿quién
Me asegura su firmeza?
¿Quién sabe, si ya olvidada
Del que la quiso de veras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?
A Dios...

(*Hace que se vá y vuelve.*)

Pero tú, que sabes
Cuanto mi amor interesa,
Haz que yo la pueda hablar:
Dila el afan que me cuesta...
Dila, en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que sino merece afectos,
Desengaños no merezca.

(*Vase.*)

FERMINA.

¡Pobrecillo! mucho temo
Que el tal baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos
Tanto rondar á la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II.

La tia Mónica. Fermina.

TIA MONICA.

Fermina, ¿diste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?

FERMINA.

Sí señora.

TIA MONICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Sí es un pelma.

TIA MONICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MONICA.

¡Cierto que es buena
La curiosidad!

FERMINA.

¡Señora!
¿Pues á qué santo es la fiesta?

¡No es cosa! ¡la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales!...

TIA MONICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¡Válgame Dios! si lo viera
El difunto.

TIA MONICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MONICA.

¿Quién?

FERMINA.

Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusiérais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...

TIA MONICA.

Sino callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.

FERMINA.

Yo....

TIA MONICA.

Bribona.

FERMINA.

Si....

TIA MONICA.

¿Qué palabras son esas...?

FERMINA.

Señora, si él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan....
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas,
Que alborotaba la casa;
Y os llamaba majadera....

TIA MONICA.

Calla.

FERMINA.

Y....

TIA MONICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

ESCENA III.

Don Pedro. La tia Mónica. Fermina.

DON PEDRO.

Hola, ¿quién riñe?

TIA MONICA.

Es con esta
Picudilla.

FERMINA.

Mi señora
Me pone de vuelta y media
Porque digo la verdad,
Y porque....

TIA MONICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo....

TIA MONICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MONICA.

No vuelvas

Sin que te llame; y cuidado
No te plantes á la reja.

ESCENA IV.

Don Pedro. La tia Mónica.

DON PEDRO.

Con que mi señora hermana:
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa
(Se sienta.)
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.

TIA MONICA.

Solo quisiera
(Sentándose junto á D. Pedro.)
Que me dieras unos cuartos.

DON PEDRO.

¿Para qué?

TIA MONICA.

Para una urgencia.

DON PEDRO.

¿Urgencias tú...? Bien está:
¿Cómo cuánto?

TIA MONICA.

Si tuvieras
Cien doblones.

DON PEDRO.

Sí los tengo;
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste;
Si la mitad se cercena
Quedan seis mil, nada mas.

TIA MONICA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

Pues bien, receta.
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.

TIA MONICA.

No, todo no, cien doblones
Me darás.

DON PEDRO.

¿Con que hay urgencias?

TIA MONICA.

Si señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y por qué.

DON PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.

TIA MONICA.

¿Decirlo yo? no lo creas.

DON PEDRO.

¿No? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.

TIA MONICA.

¡Bueno fuera
Que siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia.

DON PEDRO.

No dices mal.

TIA MONICA.

Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡Buena aprension!

DON PEDRO.

Si por cierto:
Y á fé que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.

TIA MONICA.

¿No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa?

DON PEDRO.

Sí:
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.

TIA MONICA.

Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.

DON PEDRO.

Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un baron.

TIA MONICA.

Es verdad:
Ya entiendo tus indirectas.
Si señor, le tengo en casa,
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aquí:
Le regalo, y le quisiera
Regalar con tal primor,
Que en vez de sufrir molestias,
No echára menos su casa,
Su fausto y sus opulencias.

DON PEDRO.

¡Sus opulencias!... ¡El pobre
Baron!... ¿Y qué mala estrella
Redujo á su señoría
A ser vecino de Illescas?
¿De qué enfermedad murieron
Sus lacayos? En qué cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La Chispa y la Vandolera?
¿Qué gitanos le murciaron
El bagage? ¿Qué miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?
¿No podrás satisfacerme
A estas dudas?

TIA MONICA.

No tuviera
La menor dificultad.

DON PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

TIA MONICA.

Si: piensa de él lo que quieras,
Nada importa.

DON PEDRO.

Y en efecto,
Hermana, hablando de veras,
¿Es un caballero ilustre?

TIA MONICA.

De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las cortes estrangeras,
Primo de todos los duques.

DON PEDRO.

¡Oiga!

TIA MONICA.

Y es por línea recta
Nieto de no sé qué rey.

DON PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MONICA.

Si le tratáras, verias
Que conversacion tan bella
Tiene, qué cortés, qué afable,
Qué espresivo con cualquiera,
Y qué desinteresado.

DON PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MONICA.

Pero el pobre caballero,
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias....

DON PEDRO.

¿Qué desgracias?

TIA MONICA.

Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra...
Ello es en Indias; y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Le ha puesto en mal con el rey.

DON PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MONICA.

Y por esta
Calumnia se ve obligado
A disfrazar su grandeza
Y andar de aquí por allí;
Pero Dios querrá que venga
A saberse la verdad,
Y entonces.... ¡Pero si vieras
Cuánto favor le merezco
Al buen señor! Él me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, para que sepa
Lo que dicen, las esplica
En español todas ellas.
¡Pero qué cosas le escriben!

DON PEDRO.

¿Qué cosas?

TIA MONICA.

Cosas muy buenas.

DON PEDRO.

Ya.

TIA MONICA.

Le dicen que se vaya
A Londres, ó á Inglaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas....
Pero él no quiere salir
De España.

DON PEDRO.

Pues no lo acierta.
¿Por qué no se va al instante
A tomar esas monedas?
¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?

TIA MONICA.

No, que segun las postreras
Noticias, van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia,
Que al que levantó el embuste
Quizás le echarán á Ceuta.

DON PEDRO.

Eso es natural... Y dime,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas,

Y conviene tratar de ella.
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MONICA.

Nada.

DON PEDRO.

¿Nada? ¿Estás dispuesta
A casarla con Leonardo?
Lo supongo.

TIA MONICA.

No, no es esa
Mi intencion.

DON PEDRO.

¡Calle! ¿Y por qué
Se ha mudado la veleta?

TIA MONICA.

Porque sí.

DON PEDRO.

Ya: ¿con qué quieres
Hacerla morir doncella?

TIA MONICA.

¿Qué prisa corre el casarla?

DON PEDRO.

¡Oiga! ¡no es mala la idea!
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Qué prisa corre! Es muy buena
La especie, por vida mia.

TIA MONICA.

Digo bien.

DON PEDRO.

Vamos, ya empiezas
A delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.

TIA MONICA.

Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.

DON PEDRO.

Muy bien: pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchacho
De talento y buenas prendas;
Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo
Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz)
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y...

TIA MONICA.

Si;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y... vamos... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
A predicar.

DON PEDRO.

Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija.
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de estinguir en un dia
Una inclinacion honesta,
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.

TIA MONICA.

No temas
Nada... Yo me entiendo.

DON PEDRO.

A Dios.

(*Se levantan los dos.*)

TIA MONICA.

Anda con Dios.

DON PEDRO.

(*Aparte.*)

(¡Qué cabeza!)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
A mas ver.

TIA MONICA.

¡Qué mosca lleva!

ESCENA V.

La tia Mónica. El Baron.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MONICA.

Estoy á vuestra obediencia,
Señor baron.

BARON.

Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.

TIA MONICA.

¡Qué, no señor!... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero...
Y la calor la desvela
A una, de modo que...

BARON.

Cierto...
Aqui faltan unas piezas
De verano... Ya se vé:
¡Estas casas tan mal hechas!
¿Estuvísteis mucho tiempo
En Madrid?

TIA MONICA.

Muy poco: apenas
Estuve un mes.

BARON.

De ese modo

(*Paseándose.*)

Es casualidad que viérais
Mi casa.

TIA MONICA.

¿En que calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra
Disforme.

TIA MONICA.

¿En qué calle?

BARON.

Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.

TIA MONICA.

¿Por qué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MONICA.

Será lástima.

BARON.

No tal:
Además que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo
Por mucho, mucho, que pueda
Gastarse, vendrá á costar
Tres millones.... y aun no llega.

TIA MONICA.

Y hácia adónde está?

BARON.

He pensado
Reducirla cuanto sea
Posible; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia,
Queda mas chico y mejor.
Una columnata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio.... Y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estátuas, templos, ruinas....
En fin, cuatro frioleras
De gusto.... Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.

TIA MONICA.

¡Válgame Dios, qué grandeza!

BARON.

Todo es vuestro: allí estareis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

TIA MONICA.

Señor,
Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;
Que habeis sido en mi deshecha
Fortuna el iris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda.... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no está bien)
¿Un joven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿Quién puede ser? El es nuevo
En el lugar.

TIA MONICA.

De manera,
Señor Baron, que....

BARON.

Esta noche....
No sé si estábais despierta....
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galan le desdeña.
¿No me direis...?

TIA MONICA.

Si señor....
(Válgame Dios! yo estoy muerta.
Por mas que procuro....

BARON.

En fin,
¿Podré yo saber quién sea?

TIA MONICA.

Si señor, sí.... Ya se vé,

Como él es de aquí.

BARON.

¿De Illescas?

TIA MONICA.

Si señor, y ha vuelto ahora
De Toledo.... Pero ella....
No señor.... nunca....

BARON.

Ya estoy.

TIA MONICA.

Él es un tonto, y se empeña
En que.... ¡Vaya! lo primero
Que la dije: cuando vuelva,
Cuidado, no ha de ponerme
Los pies en casa.

BARON.

¡Discreta
Prevencion! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.

TIA MONICA.

¡Qué ha de querer, no señor,
Nada de eso. ¿Pues no fuera
Un disparate?... No digo
Que la muchacha merezca
Un marqués.....

BARON.

¡Merece tanto,
Doña Mónica!... Es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho, lo que me interesa
Su felicidad.... Adios,
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

(*Asiéndola de la mano, y apretándosela con espresion de cariño.*)

ESCENA VI.

La tia Mónica. Fermina.

TIA MONICA.

No hay que dudar; él está

(*Se pasea con inquietud; se para; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*)

Perdido de amor por ella:
Es claro, es claro.... ¡Y el otro
Picaruelo!... Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro.... ¡Qué dicha!
¿Pero quién me lo dijera
Dos meses ha? ¿quién? Y ahora
Las señoronas de Illescas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
Fermina.

FERMINA.

Señora.

(*Responde desde adentro, y sale despues.*)

TIA MONICA.

¿En dónde
Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza
De comer.

TIA MONICA.

¿Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MONICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar....

TIA MONICA.

¿Y á que es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MONICA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque... Yo no sé
Por que.... Locuras, rarezas,
Juventudes.

TIA MONICA.

¿Con que tú
No sabes de que procedan
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MONICA.

Pues dilo, ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometais oirme
Con mucho amor.

TIA MONICA.

No me tengas
Impaciente.

FERMINA.

Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongais como un trapo...

TIA MONICA.

Vamos.

FERMINA.

Que no haya quimeras
Y....

TIA MONICA.

Despacha.

FERMINA.

Y venga yo
A pagar culpas agenas.

TIA MONICA.

¿Has acabado?

FERMINA.

Ya empiezo,
Puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;
Y ya que esplicarme deba
Claramente, vos teneis
La culpa de su dolencia.

TIA MONICA.

¿Yo?

FERMINA.

Si señora: Leonardo....

TIA MONICA,

No me le nombres: no quieras
Que me irrite.

FERMINA.

Bien está:
Si os enfada, no se vuelva
A mentar. Aquel mocito,
Hijo de doña Manuela,
Que en otro tiempo os debió
Mil cariños y finezas;
Aquel, como, ya se ve,
Tiene bonita presencia,
Es halagüeño y cortés,
Y sabe esplicar sus penas,
Prendó á la niña... Esto es cosa

Muy regular y muy puesta
En razon, y el que lo estrañe
Poco entiende la materia.
¡Ahí es nada! juventud,
Discrecion, obsequio, prendas
Estimables, juramentos
De amor y constancia eterna.
¿Y esto no ha de enamorar?
¿Pues, digo, somos de piedra?
Despues....

TIA MONICA.

No me digas mas.

FERMINA.

Callaré como una muerta:
Y si los demas calláran
Tambien.... pero sí, ya es buena
la gente de este lugar.

TIA MONICA.

¿Pues qué?

FERMINA.

Nada.

TIA MONICA.

No me vengas
Con misterios.

FERMINA.

Como hay tantos
Bribones, malas cabezas,
Dicen que... Pero chiton:
No quiero ser picotera.

TIA MONICA.

¿Qué dicen?

FERMINA.

Esta mañana,
Ahí al lado de la iglesia,
Cierto conocido vuestro...
El nombre nada interesa
Para el caso. Me llamó,
Y me dijo: picaruela,
Que no nos has dicho nada...

ESCENA VII.

Pascual. La tia Mónica. Fermina.

TIA MONICA.

¿A que vienes tú? ¡No es buena
(Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademan de volverse por la puerta que entró.)
La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Muy bien está.

TIA MONICA.

Para eso tienes la pieza
De los perros.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MONICA.

Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con alguien: cuenta con ella.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MONICA.

¡No es mala maña!

PASCUAL.

Bien, yo, como....

TIA MONICA.

Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.

Un rebujo.

TIA MONICA.

¿Qué?

PASCUAL.

Un papel.

TIA MONICA.

¿Pero quién?... Llámale, lerda.

(*Fermina vá hácia la puerta para detener á Pascual.*)

¿Qué es eso?

PASCUAL.

Es un cucurucho
De papel.

TIA MONICA.

¡Mira qué flema!
A ver.

PASCUAL.

Me voy con los perros.

TIA MONICA.

Yo he de perder la paciencia.
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.

Si señora.

TIA MONICA.

¿Pues, qué esperas?
Dámele acá, y vete.

(*Quitándole el papel de la mano,*)

PASCUAL.

(*Aparte, al tiempo de irse.*)

(Siempre
Se enfada, cuando...,)

TIA MONICA.

¿Qué rezas?

PASCUAL.

Cuando.... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII.

La tia Mónica. Fermina.

TIA MONICA.

Prosigue.

FERMINA.

Pues me decia:
¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita?
Yo, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
¡Que no sabes! á tu abuela.
Tú callas, porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta
Llevada del interés.
¿De donde la vino á ella,
La locona, emparentar
Con marqueses ni princesas?
¿De dónde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Porqué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener
Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illescas
Quién es, ni de donde vino;
Ni á donde va, ni que espera?

¡Galopin! ¡qué ha de ser él
Baron! Como yo abadesa.
¡Desarrapado! que vino
Sin calzones y sin medias,
Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. ¡Badulaque!
¡Ah! si alzára la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera!
¡Pobrecito! no murió
De gota, murió de aquella
Maldita muger que fué
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja.....

TIA MONICA.

Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran:
(*Paseándose con inquietud.*)
Eso es envidia y no mas.

FERMINA.

(No has llevado mala felpa.)
Ya se vé, todo es envidia.

TIA MONICA.

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.

Ya se vé.

TIA MONICA.

No necesito
Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.

FERMINA.

Seguro.

TIA MONICA.

Si están que se desesperan
Los picarones..... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte
De ellos, y que nunca vuelva
A este maldito lugar.

FERMINA.

¿Si? ¡Válgame Dios que buena
Determinacion, señora!
¿Y adonde iremos?

TIA MONICA.

¡Qué nécia
Eres! A Madrid.

FERMINA.

¡Qué gusto!
A Madrid... ¿Con que de veras,
A Madrid? ¿Con el baron?

TIA MONICA.

Pues ya se vé.

FERMINA.

¡Qué contenta
Se pondrá la señorita!
¡Qué felicidad la nuestra!
¡A Madrid! (Pobre Isabel,
Ya está dada tu sentencia.)
El baron, señora.

TIA MONICA.

Vete.....
¡Ah! mira: sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX.

La tia Mónica y el Baron.

(*El baron saldrá muy pensativo con unos papeles en la mano.*)

TIA MONICA.

Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas

Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay señor!

BARON.

¡Cómo se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sugeto, de quien
Os dije veces diversas
Que vá á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Vé á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.

TIA MONICA.

¿Si? ¿y ha traido
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana:
Si quereis, podeis leerla.
(*La dá uno de los papeles y lee la tia Mónica.*)

TIA MONICA.

«Mi querido hermano: he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envias de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envio por ahora cosa ninguna para que no juzgue que aspiro á pagar sus espresiones, y la merced que te hace, con dádivas que, por muy esquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabelos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesis. Mil espresiones del condestable, y del marqués de Famagosta, su cuñado. Ya puedes considerar cual habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El rey desea verte; lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos tu querida hermana,

La Vizcondesa de Mostagán.»

¡Válgame Dios, que fortuna!
(*Le vuelve la carta.*)
Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay señora!

TIA MONICA.

¿Qué pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta
Para mí..... Ved esa carta,
Y hallareis mi muerte en ella.
(*Dá otro papel á la tia Mónica, que lee tambien.*)

TIA MONICA.

«En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del rey: declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpétua en el castillo de las Siete-Torres.

Quedo disponiendo á toda prisa
los coches y criados que deben
conducirte; y entretanto no pue-
do menos de recordarte que tu
boda con doña Violante de Quin-
cozes, hija del marqués de Utri-
que, capitan general de las islas
Filipinas y costa Patagónica,
concluido este asunto que la re-
tardó, no tiene al presente nin-
guna dificultad. El caballero
Wolfango de Remestein, gefe de
escuadra del Emperador (que se
halla en Madrid de vuelta de los
baños de Trillo) será el padrino,
y esperamos con ánsia ver efec-
tuado este consorcio, en que tan-
to interesan las dos familias. Re-
cibe por todo mis enhorabuenas,
y manda á tu tio que te estima,
El Príncipe de Siracusa.«
¿Con qué segun esto.....

BARON.

¿Veis
(*Toma el papel y se le guarda con los demas.*)
Cómo se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas,
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir á mis castillos
De plata y mis bandas negras
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras,
¡Por eso yo he de perder
Mi libertad!..... Si pudiera
Resolver..... ¿Y porqué no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre..... ¿Pero
Qué he de hacer en tan estrecha
Situacion? En un lugar
Miserable.... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni.... ¡Vaya! es cosa perdida....
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entonces...

TIA MONICA.

¿Y entonces?

BARON.

Yo resolviera.
Yo evitára que me hallasen
Aquí: dejára dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MONICA.

¿Quién?

BARON.

¿Pues no adivinais quien sea
El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MONICA.

¡Señor!...

BARON.

Por ella

Todo lo despreciaré.

TIA MONICA.

Permitid.....

(*Quiere arrodillarse y el baron lo estorba.*)

BARON.

¡Qué haceis?

TIA MONICA.

Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo..... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia
De mi pasion. Tanto pueden
La hermosura y la modestia.
¿Pero ha llegado á entender
Isabel cuanto la aprecia
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuánto su favor desea?
¿Sabe acaso.....

TIA MONICA.

Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino asi, por indirectas....
Ya se vé, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON.

¿Y vuestro hermano que piensa
De mí? ¿Qué dice? ¿Ha sabido
Algo?

TIA MONICA.

A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso....
¡Vaya!.. Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada:
Siempre estamos de contienda,
Y ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre estravagante, y...

BARON.

Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello, sin darle cuenta.
Ademas que yo conservo
Una especie... y no debiérais
Olvidarla vos! Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijisteis que quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote... ¿Cuánto?

TIA MONICA.

Puede
Darla mucho si él quisiera.
¡Oh! sí....

BARON.

¿Pues qué, no querrá?

TIA MONICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!

TIA MONICA.

Señor,
No os alterеis, son rarezas:
Cosas suyas.

BARON.

Pues no importa:
Es menester que lo sepa.

TIA MONICA.

Inútil será.

BARON.

¿Por qué?
Conviene que yo le vea:
Yo le hablaré.

TIA MONICA.

Bien está;
Pero no espereis que ceda.
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren: que se llena el pueblo
De látigos y libreas:
Que mi primo el archiduque,
No habrá remedio, me lleva
A la córte... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?... ¡Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
Qué chiquito que se queda!
¡Maldito dinero! amen.

TIA MONICA.

Si para la fuga vuestra
Bastáran.... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofrecéroslo. Aquí tengo
Cien doblones, si os sirvieran....

(Saca el papel que la dió Pascual, le toma el baron, y le guarda.)

BARON.

A verlos.... ¿y en oro? Bien....
Muy bien... Iré como pueda.
En una mula... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se quede
En la Ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa: estareis
Prevenidas, de manera
Que salís de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy ligera
Mi capellan, nos desposa,
Y si es menester nos veia,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MONICA.

Pero señor....

BARON.

¿Qué os inquieta?

TIA MONICA.

Nada.... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene
Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia....
Y.... adios.

TIA MONICA.

Bien está....

(Aparte, al tiempo de irse.)

(No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí... Loca, loca... y tiemblo
Toda, de pies á cabeza.) *(Vase.)*

BARON.

(Paseándose.)

Cansado estoy de mentir
Por mas que diga esta vieja...

Si, yo he de verle... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa... Se toman
Los cuartos, y adios, Illescas;
Adios, tontos, que me voy
Adonde jamás os vea.
Si.... ¡caramba!... Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X.

El Baron. Fermina.

(Saca Fermina varios vestidos de muger, que pondrá sobre una silla: se acerca á la puerta de la derecha y llama.)

FERMINA.

Pascual.

BARON.

¡Oiga! ¿Qué galas son esas?

FERMINA.

Son vestidos de mi ama,
Que con suma ligereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan
Nuevecitos.... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo... ¡Buena droga! ¿pues qué,
No hay sastres? ¡Cómo receta!

BARON.

¡Pobre Fermina!

FERMINA.

Pascual. (*Llama.*)
¡Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlo Magno.
Pascual. (*Llama.*)

BARON.

Le diré que venga.

FERMINA.

No señor, yo iré.

BARON.

Si voy
A salir, nada me cuesta
Decírselo.

FERMINA.

Muchas gracias.

ESCENA XI.

El Baron. Fermina. Pascual.

BARON.

(Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.)
Dime, Pascual, ¿será esta
Buena ocasion para ver
A don Pedro?

PASCUAL.

De manera
Que como suele acostarse
Despues de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras... Ello, buena
Hora es de verle.

BARON.

¿Si?

PASCUAL.

Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entonces.... Pero

Si no ha vuelto, de por fuerza
El....

BARON.

Ya estoy.

PASCUAL.

De juro,

BARON.

Adios.
¡Famosas esplicaderas! (*Váse.*)

PASCUAL.

¿Me llamabas?

FERMINA.

Si: al instante,
A prisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.

Allá voy.
(*Hace que se vá y vuelve.*)

FERMINA.

Oyes, badea,
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar ¿á qué es esa
Locura?

PASCUAL.

A que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.

FERMINA.

Dile que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Sí.

FERMINA.

Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII.

Isabel. Fermina.

ISABEL.

Fermina, Leonardo viene:
Le he visto desde la reja,
Y vá á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien.... En ese
Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
O alguno viene de afuera,
Y avísame; no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene.
Amiga, no te detengas:
Adios.

FERMINA.

Voy allá.

ESCENA XIII.

Leonardo. Isabel.

LEONARDO.

Isabel.

ISABEL.

¡Leonardo, quién lo dijera!...
¡Leonardo!

LEONARDO.

¿Y quién, al dejarte
Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
:

Tantos males á su vuelta?
¡Este breve tiempo ha sido
Bastante....

ISABEL.

¡Fatal ausencia
La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo
De una vez cuál es mi pena,
Cuál es mi suerte.... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿Dime si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan....
¿Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fé
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Están por demás las quejas.
Yo te he querido, y te quiero...
Sabe Dios cuánta violencia
Padezco al decirlo, y cuánto
Sufre una muger honesta,
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero.... y voy á perderte.

LEONARDO.

¿Eso dices...? Nada esperas
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora
Fué temor, ya es evidencia;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y.... ¿pero qué mas? si ahora
Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido.
¡Mísera yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar.... Está ciega,
Fuera de sí.... ¿Qué podemos
Hacer? ¿Qué esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mio,
¡Qué estraño dolor te aqueja!
¿Tú infeliz, viviendo yo...?
No así de temores llena
Me quites todo el valor:
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor,
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿Qué la diré? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
A una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí....
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia:
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de tí, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga
El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño no basta
Que engañe, seduzca y mienta;
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto
Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor.... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren.... Voy á hablarla.
Adios.... La desgracia nuestra,
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas
A irritar, no á convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces
Su obstinacion.

LEONARDO.

Cuando sea
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema;
Vale mucho mi Isabel
Para esponerme á perderla.

(La coge la mano y se la besa.)

ISABEL.

Leonardo, mi bien.... No sé
Qué decir... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga;
Yo ¡infeliz! qué he de saber?
Llorar.... Adios: él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afan alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fué de los osados
La fortuna compañera;
El cobarde que la teme,
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El Baron.

¡Válgate Dios por el hombre!

(Se sienta junto á una mesa en que habrá dos luces.)

Cuando no nos hace falta
A las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
¡Oh si á cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
Onzas..! ¡Gran golpe! Es verdad
Que el tal abuelito es caña:
Muy socarron....

ESCENA II.

El Baron. Leonardo.

LEONARDO.

(Leonardo sale hablando entre sí: al ver al baron esclama complacido de hallarle.)

¡Qué muger,
Qué carácter, qué ignorancia...
Qué insensible! ¡Ah...!

BARON.

(Aparte con timidez.)

¡Malo! ahora
Este demonio me envasa.

LEONARDO.

Señor Baron.

BARON.

¡Oiga! ¿Qué

(Levantándose.)

Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentáos;
Que no es bien que....

LEONARDO.

Nada, nada:
Estoy bien así.... ¿Sabeis
Quién soy?

BARON.

Yo no; pero basta
Veros, para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento.

(Vuelve á sentarse.)

LEONARDO.

Ya he dicho
Que no.

BARON.

Bien.

LEONARDO.

A mí me llaman
Leonardo: soy un vecino
De este pueblo. Esa muchacha
Me quiere.

BARON.

¿Quien?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

Ya.

LEONARDO.

Yo la quiero: se trata
De violentar su albedrío,
Y á mí, de veras, me enfada
Este proyecto. La niña
Os aborrece de ganas,
Y pensar, ni por asomo,
Que porque su madre es fátua,
Y vos un señor, ó un pillo,
(Que de esto no sé palabra)
Por eso, ella y yo, debemos
Tolerar ofensa tanta,
Es locura. De los dos
Uno solo ha de lograrla:
Con que si sois... ¿quién lo duda?
Caballero, y os agravia
El que intenta disputaros
El cariño de una dama,
Esta noche á media noche,
Os espero, en esas tapias,
Cerca del camino. Allí
Veremos quien...

BARON.

¡Qué bobada!
¡Eh! no señor, yo no quiero
Mataros, no.

LEONARDO.

Muchas gracias;
Pero ha de ser.

BARON.

¿Ha de ser?
¿Y á media noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

Allí en las tapias de...

LEONARDO.

Sí:
Cosa de un tiro de bala
De aquí... Pero, si quereis,
Yo os esperaré en la plaza:
Iremos juntos.

BARON.

No tal:

Yo iré solo... Ello me causa,
Cierto, me dá compasion,
Asi, por una niñada...
¡Qué diantres! ¡Quitar la vida
A un hombre de circunstancias
Como vos!

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

¿Qué edad teneis?

LEONARDO.

La que basta
Para no temer la muerte.

BARON.

¿Teneis madre?

LEONARDO.

Si, y hermanas...

¿Y vos qué teneis, cordura,
O miedo, ó cómo se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera
Suceder.

BARON.

¡Qué petulancia!

(Se levanta con viveza.)

¡Que insulto!

LEONARDO.

¿No le teneis?
Pues bien, espero que vaya
El señor baron.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada
Para vos... Iré á las doce.

LEONARDO.

A Dios.

(Hace que se vá y vuelve.)

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta
Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que sino vais, la burla
Os ha de salir muy cara;
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte... en casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III.

Baron.

¡Estamos bien! ¡Yo salir!...
Y el tal hombre tiene trazas
(Paseándose.)
De hacer lo que dice... ¡Yo
Salir!... Saldré; pero falta
Saber por dónde... Si, el aire
Seco de Illescas me daña...
Cosa de miedo no tengo...
Él me conoció en la cara
Que no soy espadachin...
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito es chanada.
Eso no... ¿Pues qué en Illescas
Se sabe mas que en Triana?
Las ocho...
(Saca el reloj.)

Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego y me... ¡Cosa mas rara!
¡Calle! ya está el otro aqui.

ESCENA IV.

Don Pedro. El Baron.

BARON.

Si os ha dicho la criada
Que os fuí á buscar, seria
Mejor que á mí me avisáran,
Y hubiera pasado allá.

DON PEDRO.

A mi no me han dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar...
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
Cosas que... ¡vaya!

BARON.

Y en fin,
¿Qué ha sido?

DON PEDRO.

Nada en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas; tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
A decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.

BARON.

Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones, y el verla
Obscurecida, eclipsada
En un lugarote, espuesta
A que la entreguen mañana
A un rústico labrador,
Sin modales, ni crianza,
Ni estudios, dá compasion.
Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá estraerla
De esta atmósfera, elevarla
A mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que la fortuna contraria
Les negó.

DON PEDRO.

¡Qué tonteria!
No señor, no es desdichada
Tanto como vos decís,
Ni tan obscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto... ¡Qué! No señor.
En este lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aqui (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fátua,
Como la que he visto yo

Ir bailando contradanzas
Allá en la puerta del Sol.
De eso no tenemos nada...
Pero hay jóvenes honrados,
Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas:
Que á las mugeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman; que si ignoran
Las locas estravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda...
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,
Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.
Tiene un novio que la quiere;
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero
Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda... Tendremos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y orchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo
De pensar.

DON PEDRO.

Y á mí me pasma

(Imitando el tono grave y ponderativo del baron.)

El vuestro. ¿Quereis que sea
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

DON PEDRO.

Pues si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionára
Otro destino mejor...

DON PEDRO.

¿Mejor que verse casada
A su gusto en su lugar?
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.

DON PEDRO.

Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error, no es cosa difícil:
Y á pesar de su ignorancia,
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quien la engaña.

BARON.

¿Pues quién se atreve?...

DON PEDRO.

Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decis?

DON PEDRO.

Si señor;
Pero á bien que están tomadas
Las callejuelas, y espero...

BARON.

¿Pero, qué ha sido? ¿qué pasa?

DON PEDRO.

No es cosa: un cierto sugeto
Que ignora, segun la traza,
Con quien las ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos... Pero el tal
Picaron, que asi nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.

BARON.

(*Con turbacion.*)

¡Oiga!... Pues... Señor don Pedro,
Si me permitis que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
A buscaros.... solo, para
Tener el gusto de veros,
Y... pues...

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna; si quereis
Valeros de mí, me holgára
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga,
A vuestros fines.

DON PEDRO.

Lo estimo

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pedro Nuñez de Vargas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que....

DON PEDRO.

¡Calle!

BARON.

Si, la misma gracia
De mirar, la ceja corba,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y.....

DON PEDRO.

¡Cierto que es buena
Fatalidad! Quien pensára
Que...

BARON.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Digo que es fuerte
Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba,
En onzas de oro, mi primo,
El duque de... Por la tabla
No mas.

DON PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,
Sin el marco.

DON PEDRO.

¡Pieza rara
Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo
Todo lo mejor de Italia....

DON PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.
Repito lo dicho, y....

DON PEDRO.

Gracias,
Señor baron.

(*Toma una de las luces, y se va por la puerta del foro.*)

BARON.

(*Aparte.*)
(Este viejo
Es un talego de maulas.)

ESCENA V.

Don Pedro. Isabel.

DON PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Nuñez... ¡Qué charla
Tiene! y...

ISABEL.

Señor.

DON PEDRO.

Isabel:
¿Qué es eso? ¡qué acongojada
Estás, qué triste!

ISABEL.

¿Quereis
Que no lo esté? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision, ni el llanto,
Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
Persuadirla y moderarla;
Mas la irritó.

DON PEDRO.

Ya lo sé:
Ya me lo ha dicho... Y estaba
Enfadadillo ademas.
En la juventud nos falta
Moderacion.... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se vé ofendido, mi hermana
Es terca, no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
A parar, en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad: bien lo temí....
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.

DON PEDRO.

Y bien,
¿Cómo ha de ser? es desgracia
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿Sabeis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa.

Si muere.... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡qué infausta
Victoria! ¡qué objeto horrible
Para mí!

DON PEDRO.

No temas nada,
Isabelita. Valor.
¿Presumes tú que llegára
A tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas:
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
ahí fuera. Esta seria
Resolucion temeraria
Y necia, en otra ocasion;
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya
O que desista, y nos diga
Claro y en pocas palabras
Que es un tunante; conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro.
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo:
Ten segura confianza
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera
Tenerla.

DON PEDRO.

Verás burlada
La malicia de tu huésped:
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta dónde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por estraña
Que fuese, que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papa? ¿qué has sido
Alivio de mis desgracias?
¿Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada,
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Si señor, lo sé.

DON PEDRO.

Pues calma
Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría,
(Besando la mano á don Pedro, y acariciándole.)
Ternura, dulce esperanza,
Y agradecimiento.

DON PEDRO.

Vamos,
Un mimito: ¡eso faltaba!

ISABEL.

¡Querido padre!

DON PEDRO.

¡Hija mia!

ISABEL.

¿Me quereis?

DON PEDRO.

Pregunta es vana.
¿No te he de querer? ¿No ves
Que á mi tambien se me arrasan
Los ojos?... Pero tu madre
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda
Su vista, pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

Don Pedro. La tia Mónica. Isabel.

TIA MONICA.

¡Oiga!... Los dos en consulta.
¿Qué negocios de importancia
Tendrán que tratar? ¿No he dicho
(A Isabel.)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera?

ISABEL.

Yo salí...

TIA MONICA.

Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,
Si....

TIA MONICA.

Vete. Tú la levantas
De cascos, tú me la pierdes.
(Isabel hace una cortesía, y se vá.)

DON PEDRO.

¿Yo, muger?

TIA MONICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas
Diciéndola?

DON PEDRO.

Que te sufra.

TIA MONICA.

Habrás venido á inquietarla,
A llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga
Cosa que la mande yo.

DON PEDRO.

No tal, he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron: me preguntan
A mí, que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz....
¡Es fuerte cosa; no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero,
Y á mí no me dices nada
De este bodorrio!

TIA MONICA.

A su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán despues si se engañan,
O aciertan.

DON PEDRO.

Pero, si vieras
Qué risa les dá, y qué ganas
Me dan á mi de rabiar.
¿Quién ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad;
Si quieres ver acalladas

Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra ti, cásala presto.

TIA MONICA.

Presto será.

DON PEDRO.

Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas
Las cabezas.

TIA MONICA.

Cuando quiera
Hallará la puerta franca

DON PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MONICA.

Si no
Quiere, no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho, pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.

DON PEDRO.

En efecto,
La tal noticia no es falsa.

(*Se sienta*)

TIA MONICA.

¿Qué noticia?

DON PEDRO.

La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno.... ¡Ilusion mas rara
No se dará!.... ¡Vanidad
Maldita, que así nos saca
De juicio y nos pierde!... Un hombre,
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Viznieto de doña Urraca,
Y chozno del rey don Silo;
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija....
¡Qué desatino!

TIA MONICA.

¿A qué llamas
Desatino? ¿Por ventura
Te parece cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una muger humilde?
¿Quién ignora lo que arrastra
Una pasion?

DON PEDRO.

¡Qué pasion,
Muger, ni qué calabaza!
¡Cuidado que... ¿Dónde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores: hay celos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego

Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios asi;
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

TIA MONICA.

¿No?

DON PEDRO.

Jamás.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla biencarada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No señor, los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
la pluma y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada:
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco:-sacan
El total al pie, y segun
Lo que en el ajuste ganan
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia gibosa y chata,
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna;
Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra,
Con amor ó sin amor.....
¡Bendígalos Dios! se casan.

TIA MONICA.

Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion.... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:
Déjame en paz, no me traigas
Cuentos ni alborotes mas
Con esas estravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas le conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella... Es mi hija
Y á este amor ninguno iguala.

DON PEDRO.

¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconocido,
Trapa'on, tuno de playa?..
¡Y tú tan boba!... ¡No ves
Que es un pícaro y te engaña,
No lo ves?

TIA MONICA.

No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme: tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.

DON PEDRO.

Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor, que él y el Rey
Meriendan juntos: qué sacas
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MONICA.

¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?

DON PEDRO.

Sí.

TIA MONICA.

Se ve
Que no eres su madre, y hablas

Como un viejo sin cabeza.

DON PEDRO.

Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon:
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman Doñas: te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no solo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

TIA MONICA.

¿Yo?

DON PEDRO.

Tú... ¡Qué ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento, en que
Oigas que todos te llaman
Excelencia, qué ñoría
Es cosa bien ordinaria?
¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Qué has de tener? Coches, modas
Brillantes, sedas y holandas,
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca,
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien
Y á todo acreedor, canalla....
¿No es ese tu plan? ¿No es esta
(*Levantándose.*)
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?...
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?

TIA MONICA.

¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

DON PEDRO.

¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?

TIA MONICA.

Hombre, por Dios, no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII.

El Baron. La tia Mónica. Don Pedro.

BARON.

(Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.

¿Permitís
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?

TIA MONICA.

No era cosa de importancia
Y aunque lo fuese....

BARON.

Me alegro
De hallaros juntos..... Yo estaba
Indeciso..... Pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes: esplicarme
Con claridad: no dar causa
A disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
Que acaso sabeis, me ví
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria....
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en varias
Partes, nombre y calidad;
Y cuando despues de tantas
Desventuras, ví lucir,
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo: creyendo
Que estar á poca distancia
De la corte me sería
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla:
Me hospedó aquí donde á fuerza
De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel.... ¿Cómo pensais
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?... Yo os ruego
Que no os altereis: me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendreis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla,
Traté de hacerla mi esposa,
En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdierais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza:
Hay alguno que desprecia
Mi carácter, que me trata
De seductor, y....

DON PEDRO.

¿Por quién
Lo decís?

BARON.

Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas....
Con dos renglones pudiera

Confundir á quien me agravia,
Y... no lo haré... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la corte; mi contrario
Está preso, el rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches) pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé,
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca;
Y aunque en el pueblo quedára
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los pies. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
A esta union abominada;
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla....
Yo la quise hacer dichosa;
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MONICA.

¡Válgame Dios! pero....

BARON.

No,
No os canseis.

TIA MONICA.

¡Fuerte desgracia
Es esta!.. Porque otros digan...
Mientras yo no he dado causa;
Mientras la niña está pronta
A lo que su madre manda....
¡Animas benditas, pues
Cierto!... ¿Y tú qué dices?

DON PEDRO.

Nada.
Que el Baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple, debemos
Darle todos muchas gracias...
Y que me voy á acostar.

TIA MONICA.

¡Qué necedad, qué ignorancia!
¡Si es muy tonto!... Pero yo,
Señor, porque...

DON PEDRO.

Consoladla,
Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MONICA.

¡Qué muger tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo asi,
Lo exigen las circunstancias,
Mi estimacion es primero
Que mi amor.

DON PEDRO.

(*Aparte.*)
(¡Qué zalagarda
Me ha querido armar!...) Adios
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca....

BARON.

Si.

DON PEDRO.

¿Os ireis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

DON PEDRO.

¿Y no volveis
Aqui?

BARON.

No.

DON PEDRO.

¿Y asi que os traigan
El equipage, los tiros
Y las carrozas de nacar,
Os vais?

BARON.

Me iré.

DON PEDRO.

Lindamente.
(*Aparte.*)
(Pues con todo, no me engañas.)

ESCENA VIII.

El Baron. La tia Mónica.

TIA MONICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi alma,
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.

TIA MONICA.

¿Qué decís?

BARON.

Ficcion ha sido:
Jamás han salido vanas
Mis promesas, no temais.

TIA MONICA.

Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta.... Si quisieran
Sangrarme, no me sacáran
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo.
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.

TIA MONICA.

Bien,
Bien hecho.

BARON.

Fué necesaria
Precaucion.... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta
Mañana pasaré el dia
En el meson: cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al arcediano la mula,
Tomo su coche, y me plantan
Las colleras de un tiron,
Antes que anochezca, en Parma
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lunes, bien, estoy
El miércoles en mi casa:
Jueves, viernes... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado sin tardanza
Ninguna, recibireis
A media noche una carta,
Que os dará mi mayordomo:
Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salís
Adonde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el doming

Se logran mis esperanzas.
¿Con que estais? A media noche...

TIA MONICA.

Si, si, ya estoy enterada,
El sábado. Bien está.

BARON.

Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.

TIA MONICA.

¿Pues
Señor, temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pie y descalzas,
Fuéramos, vivid seguro.

BARON.

Podeis llevar la criada
Tambien, para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña:
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estais algo delicada
Y es bueno cuidarse.

TIA MONICA.

Asi
Lo haré.

BARON.

Si esto se llegára
A saber, tal vez seria
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del papa,
Su primo duque de Ultonia:
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque espriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil, pues, renunciar
A este enlace sin que haya
Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mi, con varias
Escusas que fingiré,
De esta manera se gana
Tiempo.... Pero á nadie á nadie
Habeis de decir palabra.

TIA MONICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabeis nada.

TIA MONICA

Bien está.

BARON.

Disimulad
El corto tiempo que falta:
Idme á buscar, logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MONICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Despues vereis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperais.

TIA MONICA.

Pues señor, ¿qué mas?....

BARON.

Pensaba
En no decíroslo, pero
Hablemos en confianza.
Vos, ¿qué edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

TIA MONICA.

¡Ay señor,
Que no es la vejez la causa!
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres....

BARON.

Mi hermana,
La vizcondesita, cumple
Veinte y dos años por pascua,
Y está lo mismo que vos,
Y porque no se la caiga
Un diente que la ha quedado
Solo come cosas blandas:
Sémola, huevos megidos,
Puches, y asi... La obstinada
Tos que padeceis, los flatos,
La debilidad y nauseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os den, se disipa
La hinchazoncilla que carga
A las piernas, y en dos dias
Os hallareis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

TIA MONICA.

¿Quién, yo? Pero, señor.. ¡Vaya!
¡Jesus, qué calor!

BARON.

Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes, pasan
Muchos trabajos... A ver
Un polvo.

TIA MONICA.

Y en la de plata.

(*Saca una caja y se la dá al Baron, el cual despues de tomar un polvo se la guarda como distraido.*)

BARON.

Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos: si muere,
Todos sus estados pasan
A un estrangero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

TIA MONICA.

Cierto
Siendo un nacion.

BARON.

Yo tomára
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es, que ademas de estrangero
Es herege.

TIA MONICA.

¡Virgen santa!
¡Herege!

BARON.

Pues, ved que gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin;

Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

TIA MONICA.

¡Qué canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MONICA.

¡Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla: el tio
Está en lo mismo, y se allana
A todo. El fin es casarle;
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta:
no la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas.
Con que ved si.....

TIA MONICA.

Yo, señor,
Aunque á la verdad, estaba
Bien agena de pensar
En eso, pero se trata
De serviros, y podeis
Mandarme como á una esclava.
Y en todo aquello que yo
Pueda, y...

BARON.

Bien.

TIA MONICA.

Si estoy turbada,
Señor, y no sé...

BARON.

Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al príncipe vuestro esposo,
Qué está esperando con ansia
La resolucion.

TIA MONICA.

Decidle
Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MONICA.

Y gracias
Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.

TIA MONICA.

Bien está.

BARON.

Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré a dormir.

TIA MONICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana:
He comido bien.

TIA MONICA.

Siquiera
Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MONICA.

O un huevecito escalfado.

BARON.

No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
A Madrid; y así que él parta,

Me voy al meson. .. A Dios.
Un abrazo.
(*Abrazándose.*)

TIA MONICA.

Y mil.

BARON.

Honrada
Dueña.

TIA MONICA.

Servidora vuestra.

BARON.

A Dios.. La ausencia no es larga.

TIA MONICA.

Con todo, señor, si ahora
No llorase, rebentára.
(*Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita: la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se vá con la luz por la puerta del fondo.*)

BARON.

Hasta el domingo.. ¿Qué haceis?

TIA MONICA.

Alumbraros.

BARON.

No le faltaba
Mas.

TIA MONICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amen!
¡Con qué respeto me trata
El pobrecito!.... ¡Qué humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre.., Pero no dice
Bien, no señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas.
Gracias á Dios... ni me huele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Buena fuera
Que nos viniese de extranja
El otro bribon, ahullando
En su lengua chapurrada!...
¡Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha.
No señor, todo á los niños...
¡Ay hijos de mis entrañas!
¡Angelitos!... ¡Si, pues poco
Los querrá su padre! ¡vaya!

ESCENA X.

Pascual. La tia Mónica.

PASCUAL.

Pues señor, ya fuí allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.

TIA MONICA.

¿A quién?

PASCUAL

Al sastre.

TIA MONICA.

¿Despues de dos horas largas,
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues

Fuí y dije, digo: el ama
Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta
Que vaya, y...

TIA MONICA.

Bien: ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quién, él? Él no ha dicho nada.

TIA MONICA.

¿Pues qué, no le has visto?

PASCUAL.

¿Yo?
No por cierto.

TIA MONICA.

¿Qué, no estaba?

PASCUAL.

Si señora.

TIA MONICA.

¿Y no le dieron
El recado?

PASCUAL.

La Colasa
Se le dió.

TIA MONICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¡Qué ha de venir!

TIA MONICA.

Pues acaba,
¿Por qué no viene?

PASCUAL.

Porque
Parece que esta mañana...
Pues señor, el pobre sastre
Subió á poner unas tablas
Al palomar, y una red
Para tapar la ventana,
Y estando allí se le fué
La cabeza, como andaba
Clavando clavos, y el pelo
Se le enredó en una escarpia...
Y desde allí se cayó
Sobre el palo donde enganchan
La garrucha cuando tienen
Que subir sacos de paja,
Y desde allí se cayó
Al tejado de la Marta,
Y desde allí cayó al suelo,
Y desde allí por la trampa
De la cueva, zás, cayó
A la cueva, porque estaba
Sin cerrar, y desde allí
Se cayó en una tinaja
De aguardiente... Y desde allí
Le llevaron á la cama,
Y mientras esté acostado
No quiere salir de casa...
Con que no puede venir.

TIA MONICA.

Soy en todo afortunada:
Por qué tanto cuando yo
Le llamo, se descalabra.
Toma esa ropa... Cuidado,
(Harán lo que denotan los versos.)
Y llévala adentro... Aguarda,
¿No vés que lo arrugas todo?

PASCUAL.

Es porque no se me caiga.

TIA MONICA.

¡Mira qué aliño!

PASCUAL.

Sí...

TIA MONICA.

Suelta;
Fermina vendrá á doblarla,
Déjalo.

PASCUAL.

Bien.

TIA MONICA.

Oyes, di,
¿Por qué dejaste que entrára
Leonardo esta tarde?

PASCUAL.

¿Yo?
Porque... Luego se me pasa
Todo... Ya no sé por qué.

TIA MONICA.

Cuidado con que le abras
La puerta otra vez... ¿Estás?

PASCUAL.

Ya estoy.

TIA MONICA.

Mientras no le llaman,
No hay para qué venga. Dile
Si vuelve otra vez, que el ama
Te ha dicho que no le dejes
Subir, que está fastidiada
Dél, que no quiere ni oirle
Ni verle mas, que se vaya.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Pues ya se vé
Que lo entiendo. Si yo estaba
En lo propio, y cuando vino
Dije, digo: no está en casa
El ama, y él dice: tonto,
Si la he visto á la ventana...
Con que entró, y aqui se estuvo.
Salió despues... Yo pensaba
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se para
A la puerta, y dice... No:
Entonces no dijo nada:
Cogió y se entró derechito
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le ví
Asi, que no preguntaba
Cosa ninguna...

TIA MONICA.

¿Dos veces
Estuvo?

PASCUAL.

Dos... Pues si anda
Siempre... ¡Toma!... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y...

TIA MONICA.

Bien,
Ya lo sé.

PASCUAL.

No era guitarra,
Era otra especie de...

TIA MONICA.

Si,
Ya estoy.

PASCUAL.

De instrumento.

TIA MONICA.

Calla.
¡Picarones!... todos, todos
Son contra mi, todos tratan
De burlarme, pero yo
Les prometo...

(Se vá con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.)

ESCENA XI.

Pascual.

Pues cantaba
Unas coplas... Eso si,
Las coplas eran muy guapas,
Y... ¡Calle! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta muger... ¡Ay, qué rico

(Se acerca adonde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.)

Zagal!... no señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas... ¡Anda
Majo!.. ¡Y cómo cruje!.. Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mugeres
Qué cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota... Probemos

(Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mugeriles.)

A ver... ¡Qué si está cortada
Para mí... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra! ¡Ay que guapo! Asi va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, asi.

ESCENA XII.

Pascual. Fermina. La tia Mónica.

FERMINA.

¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!

PASCUAL.

¡Ay! ¡qué susto
Me has dado!

FERMINA.

Vamos, despacha.

(Harán lo que indica el diálogo.)

Ropa fuera... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!

PASCUAL.

Vaya,
No te enfades... tira...

FERMINA.

Poco
A poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de!...

PASCUAL.

No te enfades,
Muger.

TIA MONICA.

Fermina.

(Llamando desde adentro.)

FERMINA.

¡Ay! que llama.

PASCUAL.

¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?

FERMINA.

Me alegrára.

PASCUAL.

Como está sobre la chupa
Se arruga todo y se atasca.

TIA MONICA.

Fermina.

(Vuelve á llamar desde adentro.)

PASCUAL.

¡Válgate Dios!

Tira muger.

FERMINA.

Sino alargas
Un poco el brazo... ¡Ay! que viene.

PASCUAL.

Ya se vé que viene.

FERMINA.

Marcha,
Corre.

PASCUAL.

¿Adónde?

FERMINA.

¿Qué sé yo?
Al desvan.

PASCUAL.

Arriba patas,
Al desvan... Oyes, por Dios
Que no digas...

(Hace que se vá y vuelve.)

FERMINA.

Corre y calla.

(Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.)

ESCENA XIII.

Fermina. La tia Mónica.

TIA MONICA.

¿Dónde estás, sorda, que grito
(Sale.)
Como una desesperada,
Y no respondes?

FERMINA.

Aqui,
Doblando esta ropa.

TIA MONICA.

Acaba
Presto, y danos de cenar.

FERMINA.

¿Son las nueve?

TIA MONICA.

Poco falta.

FERMINA.

¿Pero no he de hacer la sopa
De almendra?

TIA MONICA.

No, que no baja
El señor Baron. Está
Escribiendo, y cuando haya
Cerrado sus pliegos, quiere
Recogerse.

FERMINA.

¡Cosa estraña!
Sin cenar... no lo acostumbra.

TIA MONICA.

Oyes, mira que mañana
A eso de las cinco debe
Salir. Tenle preparada
La manteca, el chocolate,
Bollos, agua de naranja.
En fin, lo que toma siempre:
¿Estás?

FERMINA.

Bien.

TIA MONICA.

Deja entornada
La ventana, que si no
Cuando estás entre las mantas
Y á obscuras, eres un tronco.

FERMINA.

¿Con qué en efecto se marcha
El Baron? ¿Y qué, no lleva
Una tortilla con magras,
O un poco de....

TIA MONICA.
Si no sale
Del lugar.
FERMINA.
¡Ay desdichada!
¿Con qué vuelve?
TIA MONICA.
No por cierto.
Nos deja, se vá de casa
Y no vuelve mas.
FERMINA.
Agur,
¿Pero cómo....
TIA MONICA.
Ya me enfada
Tanto preguntar. Recoje
(Ladra un perro á lo lejos.)
Esos vestidos, y saca
La cena, y déjame en paz.
Pero... ¿Qué es eso?
FERMINA.
Que ladra
El Turco.
TIA MONICA.
Si aquel zopenco
De Pascual... No hay quien les haga
Entender... Le tengo dicho
Que me le deje en la cuadra
Encerrado... El se alborota
Con un mosquito que pasa.
(Vuelve á ladrar.)
FERMINA.
Ladra mucho... No haya gente
En el corral.
TIA MONICA.
Pues si estaba
Durmiendo el señor Baron.
Cierto que... Mira quien anda
En la escalera.
FERMINA.
¿Quién és?

ESCENA XIV.

Pascual. La tia Mónica. Fermina.

PASCUAL.
¿Quién ha de ser? la fantasma.
TIA MONICA.
¿Pues de dónde vienes?
PASCUAL.
Yo
Lo diré... Porque la gata,
Como maya tanto... digo:
Si se queda allí encerrada
Y empieza á rabiar... Con que
Fuí,.. ¡Pero qué! si se escapa
Y... vete á cogerla... ¡ya!
Michita, michita, nada:
Miz, miz, miz... Un arañazo
Me tiró que....
(Ladra el perro.)
TIA MONICA.
¿Cómo ladra
Tanto ese perro?
PASCUAL.
Sí... ¡Calle!
Lo mejor se me olvidaba,
¿Pues no ha de ladrar el pobre
Chucho? yo tambien ladrára:
¡Toma!...Y cuenta que es verdad.
Que desde aquella ventana
De arriba.... no la grandota
Donde están las alcarrazas,
Sino la de mas allá...

TIA MONICA.
¿Y bien, qué?
PASCUAL.
Se descolgaba
El Baron, poquito á poco.
TIA MONICA.
Calla, bruto.
PASCUAL.
¡No, que es chanza!
Si le he visto yo.
FERMINA.
¿De veras?
TIA MONICA.
Anda, vé, mete en la cuadra
El perro, y duerme, que estás
Perdido de vino.
PASCUAL.
Vaya
Con Dios... pero yo le ví.
TIA MONICA.
¿Qué has de ver, tonto?
PASCUAL.
Si estaba
Yo en el desvan y le ví,
¡Dale!... Y con la soga larga
Del tendedero, á la cuenta,
¿Qué sé yo?... debió de atarla...
Ello, yo le ví, y el pobre
Turco se desgañifaba:
Huauh, huauh, huauh...

ESCENA XV.

Isabel. La tia Mónica. Fermina. Pascual.

ISABEL.
Madre, ¿no habeis
Sentido el rumor que anda
En la calle? gritos, golpes...
Yo estoy atemorizada.
Parece que alguno de ellos
Iba huyendo, y le acosaban
Otros....
TIA MONICA.
Y bien, ¿qué tenemos?
Serán los mozos, que pasan
De ronda.
FERMINA.
¡Válgame Dios!
(Suena á lo lejos un pistoletazo.)
¿No ha sonado un tiro?
ISABEL.
Calla.
FERMINA.
¿Qué será?
PASCUAL.
¡Qué miedo!
ISABEL.
Vamos.
A la reja de la sala.
TIA MONICA.
Alguna quimera, que
Al cabo no será nada....
Vamos.
(Suenan golpes á la puerta.)
PASCUAL.
¡Ay!
ISABEL.
¡Qué golpes!
TIA MONICA.
Lleva
Esa luz, mira quien llama.
PASCUAL.
¿Y he de abrir?

TIA MONICA.

Si no conoces
Quien es, no. Fermina, baja
Con él.

PASCUAL.

Mucho miedo llevo:
Fermina no te me vayas,
(Fermina tomando una de las luces se vá con Pascual, y continúan los golpes á la puerta.)
Los dos juntitos.

FERMINA.

¡Qué prisa
Tienen! Ya van.

TIA MONICA.

¡Es desgracia
Por cierto! Precisamente
Esta noche que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir,
Y ha de recogerse para
Madrugar.... ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto.... Si anduviese
Por el lugar una sarta
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.

ESCENA XVI.

La tia Mónica. Isabel. Don Pedro. Fermina. Pascual.

(Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante de ellos con la luz.)

DON PEDRO

Hermana,
Isabel, albricias: nuestro
Huésped cumplió su palabra.

TIA MONICA.

¿Cómo?

ISABEL.

¿Qué decis?

DON PEDRO.

Que ya
No teneis Baron en casa.
Tal prisa lleva, que habiendo
Puerta, eligió la ventana
Para salir, y pudiendo
Irse en carrozas doradas
Con tiros napolitanos,
Lacayos, pages y guardias,
Por el camino de Esquivias
Va, que el diablo no le alcanza.
Pacorrillo, el sacristan,
Y el chico de la Tomasa
Nuestra vecina, que son
Dos galgos, si se desatan,
Le siguen; pero yo temo
que su diligencia es vana.
El al principio se quiso
Hacer el guapo, dispara
Una pistola, erró el tiro,
Y á consecuencia descargan
Dos ó tres palos en él,
Tan fuertes, que si le plantan
Otro igual.... Bien que no quiso
Su fortuna que acertára.
Entonces, tirando al suelo
Ese hatillo que llevaba,
Dió á correr, y segun vá,
Sus pies no son pies, son alas.

TIA MONICA.

Fermina, ven, que me quieren

Volver loca, ven.

(Coge una de las luces, se vá apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detrás.)

ESCENA XVII.

Don Pedro. Isabel. Pascual. Leonardo.

DON PEDRO.

Desata
Ese rebujo, y veamos
El equipage y las galas

(Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.)

De aquel caballero..... ¿Y tú,
Niña, no me dices nada?

ISABEL.

Confusa estoy..... De alegría
No acierto á decir palabra.
Pero..... ¿y Leonardo?

DON PEDRO.

Leonardo
No se ha muerto, ni le matan,
Ni corre peligro..... Mira

(Saldrá Leonardo fatigado, y lleno de polvo, y se sienta.)

Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha
Ese corazon..... ¿Qué nuevas
Nos dás?

LEONARDO.

Que el Baron se escapa:
Tal ligereza de piernas
Jamás la ví.....

DON PEDRO.

Que se vaya
Enhorabuena..... ¡Quien sabe!
Tal vez el susto que acaba
De llevar será su enmienda.
Así el infeliz se salva
De un presidio; en donde lejos
De reprimirse las malas
Inclinaciones, se aumentan:
Donde los delitos hallan
Castigo, no correccion.

ESCENA XVIII.

La tia Mónica. Fermina. Don Pedro. Isabel. Leonardo.

(La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento se sienta.)

FERMINA.

¡Marchóse por la ventana
El pícaro! Allí no hay mas
Que una chupa desgarrada,
Un sombrero viejo, un par
De calcetas..... nuestra bata
De boda, en una gatera,
Cubierta de telarañas:
La cuerda que le ha servido
De escalera, y unas chanclas.

DON PEDRO.

Aquí debe parecer
Lo demas. Mira, una caja,

(Irá mostrando lo que dicen los versos.)

Y esta es la tuya, un pedazo
De galon, una cuchara
De plata...

FERMINA.

¡Qué picardía!
La que le dí esta mañana
Con el vaso de conserva.

DON PEDRO.

Un estuche, dos barajas,
Un anillo... tambien tuyo...
Y aqui hay dinero... Él estafa,
Pero restituye.

FERMINA.

Es hombre
De conciencia delicada.

TIA MONICA.

Bien está; dejadme sola:
Idos, que ya es tarde..... Baja
Pascual, y cierra las puertas.
Idos.

DON PEDRO.

¿Qué pasion te afana?

TIA MONICA.

¡Picaron!... ¡Maldito!... ¡Y yo
Tan sencilla, tan bonaza.....
Y burlarme así!

ISABEL.

¡Querida
Madre!

LEONARDO.

No es tiempo de tanta
Afliccion.

DON PEDRO.

Un error breve,
Que no ha producido infaustas
Resultas, puede ser útil:
Porque instruye y desengaña.
Quisiste salir de aquella
Humilde esfera en que estabas,
Y te espuso esa ilusion
A un abismo de desgracias.
Horror me dá contemplar
Cuantos males preparaba
Tu ceguedad.

TIA MONICA.

Ya lo veo,
Y eso me angustia y me mata.

DON PEDRO.

Mira tu consuelo aqui.
Sobrina, llega y abraza
A tu madre.

TIA MONICA.

¡Ay Dios!

(Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro asiendo de la mano á Leonardo le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrodillan á los pies de la tia Mónica.)

DON PEDRO.

Tus hijos
Son estos, y solo aguardan
Tu bendicion para ser
Felices.... No temas nada,
Leonardo, llega; que ya
Mudaron las circunstancias.

TIA MONICA.

Es verdad.... ¡Ay! ¡hija mia...!

(Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.)

Y tú.... perdóname tantas
Locuras, Leonardo.... tuya
Es Isabel.

LEONARDO.

¡Madre!

(Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.)

ISABEL.

¡Amada
Madre!

TIA MONICA.

Perdonadme.

(*Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos, la recibe y habla cariñosamente.*)

DON PEDRO.

¿Ves
Como á este placer no iguala
Otro ninguno? Esta es
La felicidad mas alta:
Esta.... y los sueños que escita
La ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
De tu familia, estimada,
Querida y en dulce paz;
Que el fausto, la pompa vana
De las riquezas, no pueden
Hacer que disfrute el alma
Estas dichas.... ¡Infeliz
El que no sabe apreciarlas!

LA MOGIGATA.

COMEDIA.

Malus, bonum ubi se simulat, tunc est pessimus.

PUB. SYRO.

PERSONAS.

DON LUIS.
DON MARTIN.
DOÑA CLARA.
DOÑA INES.
DON CLAUDIO.
LUCIA.
PERICO.
EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en una sala de la casa de don Luis.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se vá á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de don Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.

LA MOGIGATA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Luis. Don Martin.

DON MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto:
Dejémoslo.

DON LUIS.

Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,
Regañas, gritas....

DON MARTIN.

¿Y cómo
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y cómo
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿no eres tú
Mi hermano?

DON LUIS.

Nadie lo niega;
Pero pues yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.

DON MARTIN.

Es verdad.... ¡Y la gobiernas
Perfectamente...! ¿A qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio á Toledo,
Se han visto ya: ¿pues qué esperas?
Cásalos.

DON LUIS.

Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto:

Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo:
Yo, que me acordaba apenas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo
Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;
Pero despues, tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
O seriedad. Yo, entretanto,
Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza....
Esta noche no ha dormido
En casa.... Yo sé que juega.....
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva
Y sobre todo saber
Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

DON MARTIN.

Es una cosa muy puesta
En razon.... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre....

DON LUIS.

Esa autoridad se templa
En estos casos, pues todo
Lo demas fuera violencia
É injusticia.

DON MARTIN.

Si, blandura,
Mimo, cariñitos... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

DON LUIS.

Quien te oyera
Hablar así, pensaria,
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchacha camina
A su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

DON MARTIN.

Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
A servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pues ya se vé
Que sí.

DON LUIS.

¿Pues quién te lo niega?

DON MARTIN.

Es que yo sé bien por qué
Lo digo.... Hay gran diferencia
De prima á prima.

DON LUIS.

Y ¿quién dice
Que no?

DON MARTIN.

Por mas que lo quieras
Negar.

DON LUIS.

¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se vá,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita....

DON MARTIN.

No hay tal

DON LUIS.

Si hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á obscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano, patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado,

DON MARTIN.

No hay tal cosa.

DON LUIS.

Si hay tal cosa. Como emplea.
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamás, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda muger,
Y deja el encargo de ellas
A su prima, pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
A las cosas de la tierra.
Cuando su padre la vé,
Libros devotos hojea;
Cuando queda sola, entonces
Es la lectura diversa:
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas ligeras,
Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde predicando siempre
Virtud, corrupcion, se enseña.
Estas obras de moral
Don Benito se las presta:
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

DON MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

¡Perversa
Envidia!

DON LUIS.

No hay tal envidia.

DON MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras:
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre,

Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre es un delirio
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera
Ser, pero....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No seré yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, si señor,
Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas
En que ha de ser....

DON MARTIN.

Y será.
Porque yo quiero que sea
Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No:
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

DON LUIS.

Ello así parece; pero
Haces muy mal en creerla!

DON MARTIN.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si.
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú: si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á ti
Te enamora y embelesa.

DON MARTIN.

¿Fingida virtud?

DON LUIS.

Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, escelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, *emprendiste*
Corregir las mas ligeras
Faltas: gritabas, no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha..
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;
La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza

Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

DON MARTIN.

¡Bien! ¡Muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.

DON LUIS.

¿Te vas?

DON MARTIN.

Se acabó el sermon
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!... ¡Qué tres!

(Se vá don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.)

ESCENA II.

Don Luis. Don Claudio.

DON LUIS.

Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos.... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

DON CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y...

DON LUIS.

Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas
Y que te lleven los trastos
Al meson... ¡Pero que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silvar, rascarse las piernas
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas:
Interrumpir cuando hablan
Los demas, no dar respuesta
Con tino ni reflexion.
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato y....

DON CLAUDIO.

De esa manera,
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
De libertad....

DON LUIS.

Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO.

Yo no sé cómo entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan

A decir que es un huron;
Si no calla....

DON LUIS.

Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demas te demuestra
Que fuiste poco gracioso,
¿Por qué repites la escena?
¿Por qué quieres que á tí solo
Te escuchen? ¿Por qué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Qué haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(*Hace que se vá, y vuelve.*)

DON CLAUDIO.

(*Aparte.*)
(Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.)

DON LUIS.

Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu cántico infernal.
Que despues de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.

(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

Don Claudio. Perico.

(*Saldrá Perico por la puerta del lado derecho.*)

PERICO.

¡Señor!

DON CLAUDIO.

¡Periquillo! ¿Cómo?....

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estábais fuera...

DON CLAUDIO.

Sí, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin
No es la prision muy estrecha
Cuando hay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Que hay de bueno
Por Ocaña? ¿Cómo dejas
A mi padre?

PERICO.

Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.

DON CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?
Ni el valor de una peseta.
Dice que yo no le sirvo,

Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.

DON CLAUDIO.

Bien dicho, pero no tengo
Un maravedí.

PERICO.

¡Pues fuera
Cosa de ver!... ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí....

DON CLAUDIO.

Sí, amigo.
Qué quieres: á uno le tienta
El diablo, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo
Que tener mala cabeza?

DON CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

¡Bueno!

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catugilla,
Y aquella moza trigueña. ..

PERICO.

¿La Virtudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;
Yo y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

DON CLAUDIO.

¡La Catuja,
Hombre, qué chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos:
Y para alegrar la fiesta,
Un sargento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? de la Molinera.

PERICO.

Ya.

DON CLAUDIO.

Pues amigo, sacó
La barajilla: se empeña
El juego, y ¡vaya!... Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero despues se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
El echó cuatro porvidas,
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde:
Fuese, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas

Tambien?

DON CLAUDIO.

Puse yo por ellas,
Porque no era regular....

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

DON CLAUDIO,

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

DON CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir
A ver si don Luis encuetran
Modo de que yo le pague

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

DON CLAUDIO.

¡Toma! Pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

DON CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

DON CLAUDIO.

Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste:
Pues de la propia manera
Ha seguido... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO.

¡Qué desvergüenza!
¿Si quiere cantar maitines,
A qué vendrá distraerla?
Pero....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(*Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.*)
Quisiera
Ver si... No... Bien puede ser;
Pero... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Vereis qué idea.
¿Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin?

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Despues de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas

Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror.... ¿Qué se yo?
Casas, molinos, jaciendas,
Jolivas.... En fin, el lance
Es que como dá en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
Él por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el Beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
¿Esta Clara se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

DON CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacia
Intencion....

PERICO.

¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella:
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y....

DON CLAUDIO.

¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?

DON CLAUDIO.

Hombre, si me dá vergüenza...
Vergüenza no, sino así
Como....

PERICO.

¡Pues cierto que es buena
Ocasion de timideces,
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal.

DON CLAUDIO.

¿Pues y si luego nos echa
Noramala?

PERICO.

Probaremos,
Háganse las diligencias,
Y si dá en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.

DON CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,
El señor Juan de Corella,
Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche.... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza

Mientras se vá.
(*Váse don Claudio por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

Perico. El tio Juan.

PERICO.
¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan!
TIO JUAN.
Esta esquela
Traigo para don Martin.
¿Se puede entrar?
PERICO.
Está fuera.
TIO JUAN.
¿Sois de la casa?
PERICO.
¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despeau.
TIO JUAN.
Como yo no paro allí
Un instante....
PERICO.
¿Y la parienta?
Siempre tan robusta, ¿eh? vaya.
TIO JUAN.
Si se murió por cuaresma.
PERICO.
¡Hombre!
TIO JUAN.
¡Toma...! Yo no sé
Si aqui os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar.
Es sobre aquello de Illescas.
PERICO.
Si, de Illescas.... Por aquel
Censillo de las bodegas.
(*Quitándole al tio Juan el papel de la mano.*)
Bien, pues yo se la daré
A don Martin, cuando venga.
TIO JUAN.
Mejor es.
PERICO.
Sí, y él irá
Por allá con la respuesta.
TIO JUAN.
No se olvide.
PERICO.
Quedo en ello.

ESCENA V.

Perico. Don Claudio.

PERICO.
(*Despues de haber leido el papel hace estremos de alegria.*)
¡Lindo!
DON CLAUDIO.
¿Qué locura es esa?
Hombre, que....
PERICO.
¡Santo papel,
Que asi nuestro mal remedias!
(*Lee el papel, y luego le dobla y se e guarda.*)
J. M. y J.—«Mi señor don «Martin: á consecuencia de «aviso que recibimos el otro dia «de que usted nos habia hecho la «caridad (Dios se lo pague), de

«cobrarnos en Illescas, cuando «volvió de Madrid, los tres mil «y cuatrocientos reales de aquel «censillo, habia dado órden á «don Lorenzo, el mayordomo, «para que pasase á ver á usted «y se hiciera cargo de ellos; pero «desde ayer está el pobrecito con «un cólico terrible: el Señor quie«ra mejorarle, que harto se lo «rogamos todas. El dador de es«ta es persona muy segura y po«drá entregarle dicha cantidad. «Usted perdone estos enfados, y «dé memorias á todos los de su «casa, y á nuestra Clara en par«ticular, que deseamos verla, y «pedimos á Dios la dé su gracia «para que le sirva.—B. L. M. «de usted su mayor servidora.— «Juana María de la Resurreccion «del Señor, abadesa indigna.»

DON CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso?

PERICO.

¡Ahí es una friolera!
¿Este don Martin me ha visto?

DON CLAUDIO.

¿Yo, qué sé?

PERICO.

Vamos con flema.
¿Cuando llegamos de Ocaña,
Un mes há, no estaba él fuera?

DON CLAUDIO.

En Madrid que luego vino.

PERICO.

Muy bien, y antes de su vuelta
No me fuí yo?

DON CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

¿Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?

DON CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé....
¿Y don Martin, por mas señas,
No es medio cegarro?

DON CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

¿Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde.... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea....
Por otra parte, las madres
No han de ser tan avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta
Y voy á Madrid.

DON CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias,
Sobre el pleito.

DON CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues, bien:

Me voy; y aunque el hombre vuelva,
¿A quién dirá el desdichado
Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo, vuelta
A escribir y á responder:
Los canso, se desesperan....
Y si el asunto vá mal,
Que me escriban á Ginebra.
Ademas, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entonces.... Pero ella viene....

DON CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas
Este lance.

PERICO,

¿Pero vos
Teneis trabada la lengua?

DON CLAUDIO.

Ya viene. Adios.

(*Váse por la puerta de la derecha.*)

PERICO.

¿No hay remedio?
Pues, buen ánimo, y á ella.

(*Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*)

ESCENA VI.

Perico. Doña Clara.

PERICO.

¡Válgate el diantre la niña,
Qué presto ha dado por tierra
Con mi buen señor!

DOÑA CLARA.

Perico.

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda
Esperanza... ¡Pobrecito!...
De que se seque y se muera.
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamás.

DOÑA CLARA.

¿Si será por mí?

PERICO.

¡Ay amor! ¿Y no valiera
Mas decírselo? ¿Ha de ser
Tan cruda, tan indigesta,
Que viendo á aquel infeliz?...
No puede ser, aunque fuera
Un serpenton.

DOÑA CLARA.

Periquillo.

PERICO.

¿Quién ha de haber que consienta
Que un muchacho, tan muchacho,
Y de casa solariega,
Se nos muera tontamente,
Sin motivo de mas fuerza
Que porque la tal Clarita
Es graciosa y pispireta,
Y porque tiene la boca
Coloradilla y pequeña,
Y porque tiene los ojos
Negritos? y... Pues por esa
Razon, ella ha de curarle,

Ya que el mal nos vino de ella.
Señora.
(Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á doña Clara.)
DOÑA CLARA.
¿Qué, ya has venido
De Ocaña?
PERICO.
Y aun mejor fuera
No haber venido.
DOÑA CLARA.
¿Por qué?
PERICO.
Por nada... ¡Si lo supiera!...
DOÑA CLARA.
¿Estás malo?
PERICO.
No señora.
(Se vá retirando, y finge hablar entre sí algunas espresiones, segun lo indica el diálogo.)
Me voy.
DOÑA CLARA.
¿Adónde?
PERICO.
A la iglesia.
A rezar.
DOÑA CLARA.
¿Porque yo vengo
Te vás?
PERICO.
¿Pero qué se arriesga?...
DOÑA CLARA.
¿Qué dices?
PERICO.
Si el desdichado
Pierde su salud por estas
Timideces, para mí
Será un cargo de conciencia.
Señora, si me quereis
Escuchar...
DOÑA CLARA.
Dí lo que quieras
PERICO.
¿Estamos solos?
DOÑA CLARA.
Parece
Que sí.
PERICO.
Yo tiemblo...
DOÑA CLARA.
No temas.
PERICO.
Si me prometeis callar...
DOÑA CLARA.
Estraño que me lo adviertas.
PERICO.
Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y...
DOÑA CLARA.
¿Qué intentas?
¿A qué quieres atreverte?
PERICO.
No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.
DOÑA CLARA.
En fin, ¿qué quieres?
PERICO.
Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña, no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
El no quiere á doña Inés,
La aborrece.

DOÑA CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.

DOÑA CLARA.

¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.

PERICO.

No señora,
No es de allí.

DOÑA CLARA.

Pues qué, ¿pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo... Y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.

PERICO.

¿Con que há de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y...

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

PERICO.

Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.

DOÑA CLARA.

¡Qué osadía!
Pues... Vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.

PERICO.

De vos
No esperaba otra respuesta.
Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios.

(Hace que se vá.)

DOÑA CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Qué vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.

(Hace que se vá.)

DOÑA CLARA.

Mira.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

¡Ay señora! ¿Lo dudais?

DOÑA CLARA.

¿Pues quién me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

DOÑA CLARA.

¡Ah, bribon!...

(Riéndose.)

PERICO.

Pero si se considera,
Yo no sé qué inconveniente
Puede haber...

DOÑA CLARA.

Calla, que empiezas
A irritarme.

PERICO

Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal;

Pero vos... ¡Ah! si yo os viera
Casada con él... casada,
Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas
Como su madre.

DOÑA CLARA.

Perico,
Vete... ¡Ay Dios! toda me inquietas...

PERICO.

Aunque mireis con horror
El matrimonio, pudiera...

DOÑA CLARA.

No, yo no le tengo horror.

PERICO.

¿Pues qué detencion es esa?
Él es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...

DOÑA CLARA.

Eso sí: no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad, ¿no le quisiérais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?

DOÑA CLARA.

Sí, déjame.

PERICO.

¡Pobrecillo!
¡Qué desesperadas nuevas
Le voy á dar!... Es inútil
Hablar mas de la materia.
(*En ademan de irse.*)

DOÑA CLARA.

¿Te vás?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

DOÑA CLARA.

Atiende.
Dile...

PERICO.

Sí, que nunca os vea.

DOÑA CLARA.

No es eso.

PERICO.

Que si se quiere
Morir de amor, que se muera.

DOÑA CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Cómo quereis que os entienda?

DOÑA CLARA.

Dile... Que es un atrevido...
¡Ay Periquillo! me cuesta
Tanto rubor.

PERICO.

¡Qué locura!
¡Vaya! sobre que se juega
Limpio.

DOÑA CLARA.

Dile que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo, que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.

PERICO.

¡Oh! bien. A mi cargo queda.
Pero, ¿no le digo mas?

DOÑA CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

DOÑA CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no
Me le riñais cuando venga,
¿No?

DOÑA CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.

(*Váse por la derecha.*)

DOÑA CLARA.

Adios, picarillo, adios.

ESCENA VII.

Doña Clara. Lucía.

DOÑA CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCIA.

¿Pues qué novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.

DOÑA CLARA.

Si, pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado
De mí.

LUCIA.

¡Calle!

DOÑA CLARA.

Si: y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño, muy de veras.
A la siesta nos veremos
Para tratar lo que deba
Disponerse y...

LUCIA.

Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la escribana.

DOÑA CLARA.

Anda, vé y dile, que vuelva
Despues, ó no venga mas.

LUCIA.

Es ingratitud muy fea.

DOÑA CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;
Pero, ya tiene licencia
De mudarse.

LUCIA.

Yo no alcanzo,
Porque con tal ligereza
De ese don Claudio os fiais.

DOÑA CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima:
En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo que no soy muy lerda...
Ayer mismo, me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta mano, y la apretó
Tanto, y dijo: ¡Ay, Clara bella!
¡Monilla, guapita!

LUCIA.

¿Y vos
Qué dijisteis?

DOÑA CLARA.

¿Qué pudiera
Decirle, estando allí todos?
Me puse.... asi... muy contenta.

Le miré, y no mas.

LUCIA.

El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, ver á los viejos.

DOÑA CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?...
Y sobre todo, primero
Soy yo.

LUCIA.

¿No temeis la fiera
Condicion de don Martin?

DOÑA CLARA.

Y por qué debo temerla?

LUCIA.

Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga,
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica.....

DOÑA CLARA.

Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Despues de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme y de vivir.

LUCIA.

Vuestra prima.
(*Mirando adentro.*)

DOÑA CLARA.

Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella....
Y al arrimon, le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

Doña Clara. Doña Inés.

DOÑA INÉS.

¿Y bien, Clarita, que ocurre?

DOÑA CLARA.

Que me saques de una estrema Inquietud.

DOÑA INÉS.

¿Cuál es la causa?

DOÑA CLARA.

Como tu bien me interesa
Tanto... Dime, este don Claudio,
Que segun todos sospechan,
Ha venido á ser tu novio;
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?

DOÑA INÉS.

¿Yo? no por cierto
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?

DOÑA CLARA.

¡Lindamente
Disimulas!

DOÑA INÉS.

¡Qué simpleza!

DOÑA CLARA.

¿Con que no le quieres?

DOÑA INÉS.

No.

Porque no hay cosa que vea
En él, que no me disguste.

DOÑA CLARA.

¿Si tu padre se empeña
En ello?

DOÑA INÉS.

No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.

DOÑA CLARA.

No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses así. Yo estaba
En estremo descontenta,
Temiendo que ibas á hacer
Una locura.

DOÑA INÉS.

No temas.

DOÑA CLARA.

Él, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea;
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¿Y qué figura tan rara?

DOÑA INÉS.

En eso, prima, no aciertas;
Que es buen mozo.

DOÑA CLARA.

Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.

DOÑA INÉS.

¿Pero, qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera,
Para decir la verdad?
El me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle; pero
Es buen mozo.

DOÑA CLARA.

No hay belleza
Si no en Dios: las criaturas
Todas somos imperfectas.

DOÑA INÉS.

¿Ya empiezas con eso?

DOÑA CLARA.

En fin,
Si este partido desprecias,
¿Quien sabe que no te inclines
A la religion, y seas
Monja tambien?

DOÑA INÉS.

Prima, yo
Soy muy profana, muy lega,
Y algo apegadilla al mundo.

DOÑA CLARA.

¿Pero, no ves que nos cercan
En el siglo mil peligros?

DOÑA INÉS.

Si, ya lo sé; ¿pero piensas
Que en la soledad de un cláustro
Mil peligros no se encuentran?

DOÑA CLARA.

Practicando la virtud...

DOÑA INÉS.

Practicándola, en cualquiera
Estado serás feliz....

DOÑA CLARA.

Pero no dudes que aquella
Vida, penitente, humilde,
Es mas pura y mas perfecta.

DOÑA INÉS.

Si, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita

La que tanto se resuelva:
Porque, si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y sino, despues de amarga
Vida, ¡qué suerte la espera!

DOÑA CLARA.

Eso sí, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.

DOÑA INÉS.

¿No he de aprobarla?
Sí, prima, y no te parezca
Que yo la repugne en tí,
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
(Si tienes constancia y fuerzas
Y mucha virtud) que al fin
La perfeccion está en ella.

DOÑA CLARA.

Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

DOÑA INÉS.

¡Qué bien haces!
Con ironía.

DOÑA CLARA.

Allí viviré contenta.

DOÑA INÉS.

Y aun aquí no vives triste.

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

DOÑA INÉS.

Digo, que no dejas
De procurar distracciones...

DOÑA CLARA.

¿Qué quieres decir...

DOÑA INÉS.

Honestas
Se supone.

DOÑA CLARA.

Pero....

DOÑA INÉS.

Anoche
Con aquel tiple y aquellas
Coplas... ¡Tal cual! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas:
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...

DOÑA CLARA.

Calla:
No me apures la paciencia
Mira que...

DOÑA INÉS.

¡La santa!

DOÑA CLARA.

Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX.

Don Martin. Perico. Doña Clara. Doña Inés.

(Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo y cojeando.)

DON MARTIN.

Entrad, caballero. Niñas.

(Vánse doña Clara y doña Inés.)

PERICO.

Pues aquí teneis la esquela.
(*Le dá la esquela á don Martin*)

DON MARTIN.

Si me permitís.

PERICO.

Leed.
(*Lee don Martin. Perico se pasea y se limpia el sudor con un pañuelo.*)

DON MARTIN.

¡Válgame Dios!

PERICO.

¿Qué os inquieta?

DON MARTIN.

¿Con que el pobre don Lorenzo...

PERICO.

Si, amigo, ¡quién lo digera!
Despues de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse... ¡Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda
Otro hermano.

DON MARTIN.

¿Luego vos
Sois su hermano?

PERICO.

Un mes me lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa: mi parienta,
Se llama doña María
Godinez Ribadeneira:
De mis hijas, la mas gorda,
Se llama doña Teresa,
La menor, doña Guiomar:
Y entrambas, por consecuencia
Son sobrinas del difunto.

DON MARTIN.

¿Murió?

PERICO.

No; pero sospechan
Que morirá... Si quereis
Entregarme lo que reza
El papelito.

DON MARTIN.

Al instante,
Voy allá...
(*Hace que se vá y vuelve.*)
Pero ello es fuerza,
Que hiciese algun disparate
Al comer.

PERICO.

Sino que sea
Que ayer tarde, merendó
Un cochinillo con setas...

DON MARTIN.

Eso basta.

PERICO.

Ya se vé
Que basta, y sobra, y pudiera
Ser suficiente á matar
Al convidado de piedra.

DON MARTIN.

Cierto que ha sido un....

PERICO.

Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensamos que se fuera
Por la posta... Convulsiones,
Hipo, delirio.... ¡Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta...
Juntáronse tres doctores,
De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas
De difuntos las iglesias...

Todo se volvió visages,
Y polvos, y citas griegas;
Pero, viendo que el paciente
No mejoraba con ellas
Le recetaron la uncion,
Que para el alma es muy buena.

DON MARTIN.

¡Qué desgracia!

PERICO.

La mayor
Que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar.

DON MARTIN.

(*Hace que se vá y vuelve.*)
¿La pobre doña Vicenta
Cómo está?

PERICO.

¿Cómo ha de estar?
Traspasada... Si quisiérais
Despacharme.

DON MARTIN.

Si, al momento
Iré, si me dais licencia,
A buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

ESCENA X.

Perico. Don Claudio.

PERICO.

Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.

DON CLAUDIO.

¡Periquillo!
(*Desconociéndole.*)

PERICO.

El mismo soy.

DON CLAUDIO.

He vuelto á saber qué nuevas....

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

¡Pero qué trage,
Hombre!...

PERICO.

Vamos, no se pierdan
Los instantes. La monjita
Por vos se deshace y quema.
A la siesta no salgais,
Que ha de venir á esta pieza
A hablar con vos del asunto
Matrimonial.

DON CLAUDIO.

¿Sí? ¿De veras?

PERICO.

De veras... Pero id al cuarto,
Que si don Martin nos viera
Hablar, éramos perdidos.
Al cuarto.

DON CLAUDIO.

Pero ¿qué intentas?

PERICO.

Al cuarto.

ESCENA XI.

Perico. Don Martin.

DON MARTIN.

Pues aquí está
(*Le dá un papel con dinero.*)
Todo, y en buena moneda.
Contadlo.

PERICO.

No, ¿para qué?

DON MARTIN.

Sí, contadlo, que pudiera
Haber equivocacion.

PERICO.

¿Y las niñas están buenas?

(Se pone á contar el dinero sobre la mesa.)

DON MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

¡Cuántas veces
Me escribió mi hermano de ellas!

DON MARTIN.

Pues apenas las conoce.

PERICO.

No importa para que sepa
Sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... ¿Y no piensa
Doña Clarita en casarse?

DON MARTIN.

¡Ay! no señor: esa lleva
Otro destino mejor.

PERICO.

¿Con que al fin está resuelta
A dejar el siglo? ¡Bueno,
Bueno, bueno!... Y dos son treinta:
Treinta y uno, treinta y dos,
Treinta y tres... Y mas valiera
Que la imitase su prima.

DON MARTIN.

No es para malas cabezas
Esa vocacion.

PERICO.

Ya sé
Que es un poquillo sardesca;
Pero su padre...

DON MARTIN.

¡Su padre!
Siempre estamos en quimera
Por eso.

PERICO.

Cuarenta y ocho,
Cuarenta y nueve, cincuenta.

(Envuelve el dinero en el papel y le guarda.)

Cabal está,.. Sí, don Luis
No tiene aquella prudencia,
Aquel tino... Con que, amigo..

DON MARTIN.

Dad á la madre abadesa
Memorias, y vos mandad.

PERICO.

Solo serviros desea
Don Sempronio de Hinestrosa...

DON MARTIN.

Me holgára de que pudiera
El pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,
Y si dá en que no ha de ser,
Se habrá de morir por tema.

DON MARTIN.

¡Pobre mozo!

PERICO.

Sí por cierto.

DON MARTIN.

Permitid....

(Don Martin quiere irle acompañando, y el lo rehusa.)

PERICO.

No, que es molestia.

DON MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos hareis que no me mueva
De aquí.

DON MARTIN.

Pues mandad, y adios.

(*Váse por la puerta del lado izquierdo, y despues Perico por la derecha.*)

PERICO.

Esto si que me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
El viejo dió las pesetas,
Don Claudio revive, y yo
Tengo mi cobranza cierta.
Fortunilla, no te mudes
De madre mimona en suegra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Doña Clara. Lucía. Don Claudio.

(Estarán cerradas las ventanas, y el teatro obscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan hácia la puerta del cuarto de don Claudio.)

DOÑA CLARA.

Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.

LUCIA.

Mucho temo que nos pillen.

DOÑA CLARA.

Chito.

LUCIA.

Si apenas resuello.

DOÑA CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCIA.

Allá voy.

(Lucía se adelanta, llama, y sale don Claudio.)

Si sale el viejo
Y en estos malos fregados
Coge á la niña, ¡qué bueno!
Don Claudio.

DON CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCIA.

Salid.

DON CLAUDIO.

Ya te sigo; pero llevo
Un miedo que es un horror.

LUCIA.

No temais, que á mayor riesgo
Nos esponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco

Treinta palos mas ó menos.
Aquí está.

DOÑA CLARA.

Señor don Claudio.

DON CLAUDIO.

Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho...

DOÑA CLARA.

Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo á perder.

(*Lucía se retira.*)

Periquillo
Me habló del cariño vuestro.
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre...que un caballero
De prendas, así varie
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es menos linda que yo?

DON CLAUDIO.

Es que no consiste en eso,
Sino....

DOÑA CLARA.

¿Pues en qué consiste?

DON CLAUDIO.

Yo, acá, bien me lo comprendo,
Pero no me sé esplicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta:
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio;
Pero....

DOÑA CLARA.

Ved que vuestro padre
Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.

DON CLAUDIO.

Pero bien, si no la quiero.

DOÑA CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

DON CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...

DOÑA CLARA.

Mucho arriesgais,
Don Claudio, pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.

DON CLAUDIO.

¿Y qué importa?

DOÑA CLARA.

Y dareis un sentimiento
A mi prima.

DON CLAUDIO.

¡Eh! Doña Inés,
Segun lo que en ella veo,
No podrá sentirlo mucho

DOÑA CLARA.

¿Por qué no?

DON CLAUDIO.

Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.

DOÑA CLARA.

Si á vuestros merecimientos
Igualára su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien

Para amar entendimiento.

DON CLAUDIO.

¡Oh si fuera como vos!

DOÑA CLARA.

Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el génio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sugetos
De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que ingrata á su amor, hallaron
Solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este trage
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun asi... ¡Somos tan malos!...
Mas no todas hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo.
¡Jesus! eso no.

DON CLAUDIO.

Es verdad,
Pero acá bien conocemos
Lo que vá de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,
Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡es mucho bueno!

DOÑA CLARA.

Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios,
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edad (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del esceso,
Lo escandaloso del vicio...
¡Ay mi don Claudio, qué tiempos
Alcanzamos!... Ya se vé,
¡El mundo, el mundo!

DON CLAUDIO.

Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman....
(*Aparte.*)
(Si dura el sermon reviento.)

DOÑA CLARA.

Por eso, no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un cláustro fué mi eleccion.

DON CLAUDIO.

Con que al fin....

DOÑA CLARA.

Antes de veros.

DON CLAUDIO.

¿Y despues?

DOÑA CLARA.

Mucho os estimo,
Don Claudio.

DON CLAUDIO.

Pero pensemos...

DOÑA CLARA.

Si es verdad que me quereis....

DON CLAUDIO.

¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
¡Toma! ¿Quereis que lo jure?

DOÑA CLARA.

¡Jurar! ¡ay Dios! no por cierto:
¡Vaya! ¡jurar!

DON CLAUDIO.

Pues amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto
De tal manera...

DOÑA CLARA.

Hablad quedo.

DON CLAUDIO.

Que importa la diligencia
Y... ¡Vaya! Como están ellos
En que os habeis de....

LUCIA.

(*Sale Lucía apresurada: al querer entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se vá.*)

Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II.

Doña Clara. Don Claudio. Doña Inés. Don Martin.

DOÑA INÉS.

¿Quién anda aquí?
¿Es Clara?

DOÑA CLARA.

Callad.

DON CLAUDIO.

Me alegro.

(*Don Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no acierta á su cuarto.*)

DOÑA INÉS.

¿Quién es?

DON CLAUDIO.

Ya he perdido el tino,
Me pillaron, esto es hecho.

DOÑA CLARA.

Callad.

DON MARTIN.

¡Que no han de dejarm

(*Al oirse adentro las voces de don Martin suena ruido de abrir ventanas.*)

Nunca dormir con sosiego!

DOÑA CLARA.

Mi padre... Somos perdidos,
Ya no hay escape... Este viejo
De .. ¡Por vida!

ESCENA III.

Doña Clara. Don Claudio. Doña Inés. Don Martin.

(*Al salir don Martin abre una de las ventanas y se ilumina el teatro.*)

DON MARTIN.

¿Qué bolina
Anda por aqui, qué estruendo?
¡Hola don Claudio! ¿Qué haceis
Aquí?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué culpa tengo?....

(*Váse, y entra en su cuarto.*)

DON MARTIN.

¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?

DOÑA INÉS.

Si acabo de entrar.

DON MARTIN.

Lo creo.

¿Y tú?

DOÑA CLARA.

Lo mismo... Yo acabo
De entrar... Estaba leyendo
El Kempis, y al escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quien era.

DON MARTIN.

¿Ello, al cabo,
Inesita, no sabremos
La verdad?... ¿Pues quién estaba
Aqui, quien, dilo?

DOÑA INÉS.

Yo entiendo
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.

DOÑA CLARA.

¡Bueno es eso!
¿Inés, yo?...

ESCENA IV.

Lucía. Doña Clara. Doña Inés. Don Martin.

LUCIA.

¿Qué ha sido?

DON MARTIN.

Nada:
Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á obscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio,
¡Qué libertades! ¡Qué escesos!
Y echa la culpa á su prima.

DOÑA CLARA.

¿Piensas de mi?....

DOÑA INÉS.

Yo no pienso
Mal de nadie, pero digo
Las cosas como las veo.

DON MARTIN.

¿Con que habrá sido esta niña?

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DON MARTIN.

¡Qué atrevimiento!

(*Se encamina colérico hácia doña Inés, y doña Clara le detiene.*)

Mira...

DOÑA CLARA.

Dejadla... Bien haces
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima; muy mala... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.

DON MARTIN.

¿Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?

DOÑA INÉS.

Si yo...

DOÑA CLARA.

No os enfadeis, dad asenso

A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora,
Dios ha elegido este medio
Para probarme... Creed
Cuanto dice... O á lo menos
Perdonadla, perdonadla,
(Se arrodilla y llora.)
Querido papá.

DOÑA INÉS

¡Qué estremo
De iniquidad!... ¿Es posible
Clara?....

DON MARTIN.

Vete, que no quiero
Verte, picarona... Vete.

DOÑA INÉS.

Advertid...

DON MARTIN.

Huye al momento
De mi presencia.... Embustera!
¡Basilisco! Alza del suelo,
(Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.)
Hija de mi corazon.
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud.... ¡Qué envidia
La teneis todos!

DOÑA INÉS.

No puedo
sufrir mas.
(Vase.)

DON MARTIN.

Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá sin remedio,
(Abre Lucía la otra ventana.)
Lo sabrá.

DOÑA CLARA.

No, padre mio,
Por Dios...

DON MARTIN.

Vamos allá adentro,
Niña, vamos....
(Cogiendo de la mano á doña Clara.)
Lo sabrá,
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.

DOÑA CLARA.

Señor...

DON MARTIN.

Yo se lo diré.

ESCENA V.

Lucía. Don Claudio.

LUCIA.

¡Qué enredo
De los diantres inventó!

DON CLAUDIO.

(Se asoma á la puerta de su cuarto.)
¿Se han ido ya?

LUCIA.

Ya se fueron,
¿No lo veis?

DON CLAUDIO.

¿Y en qué quedamos?

LUCIA.

En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que vá el padre hechoun veneno
Creyendo que doña Inés
Fué la culpada.

DON CLAUDIO.

¡Qué ingenio
Tiene! vaya, si es muy guapa...
Con que dí, ¿cómo podremos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.

LUCIA.

Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...

DON CLAUDIO.

La dirás
Que estoy á todo dispuesto,
Que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...

LUCIA.

Bien

DON CLAUDIO.

Pues bien.

LUCIA.

¿Veis este pañuelo
Qué roto y qué malo está?

DON CLAUDIO.

A fé que no es nada nuevo.

LUCIA.

¿Estais en que os serviré
Con solicitud y esmero?

DON CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCIA.

¿Qué mediaré
Siempre con igual empeño
En vuestro favor?

DON CLAUDIO.

Se entiende.

LUCIA,

¿Y que guardaré el secreto?

DON CLAUDIO.

Preciso.

LUCIA.

Pues si tuviérais
Ahí á mano algun dinero....
Poco... Como medio duro....

DON CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

No, de veras.

LUCIA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos

(Saca el bolsillo y cuenta unos cuartos.)

Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCIA.

¡Qué tiñería!

DON CLAUDIO.

¿No los quieres?

LUCIA.

Si los quiero,

(Toma los cuartos y se los guarda.)

Vengan.... ¿Pero me dareis
Despues....

DON CLAUDIO.

Si, yo te lo ofrezco.

LUCIA.

¿El medio duro?

DON CLAUDIO.

Un doblon
Te tengo de dar lo menos,

Cuando mi padre me envie
Algun socorro.

LUCIA.

Ya entiendo.
Pues cuidado. Agur.

DON CLAUDIO.

Adios.

ESCENA VI.

Don Claudio. Perico.

DON CLAUDIO.

Hombre, qué falta me has hecho!

PERICO.

He tenido ocupaciones
Muy graves.... Ahí os entrego
La citada carta.

(*Le dá una carta.*)

DON CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

Item mas: vuestro prendero
¡Gran picaron! me ha leido
Una lista de tres pliegos,
En que consta lo vendido,
Prestado, empeñado, y resto.

DON CLAUDIO.

¿Hay hombre mas fastidioso?

PERICO.

Como pide su dinero,
No es estraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
Yo tambien quiero pediros
(Aunque os fastidie por ello)
Alguna ayuda de costa.

DON CLAUDIO.

Vamos, calla, no gastemos
El tiempo.

PERICO.

Es que me debeis
Catorce duros, lo menos.

DON CLAUDIO.

Ya me enfadas.

PERICO.

Es que salgo
Mañana de aqui, y no puedo
Esperar.

DON CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

Es que desde el mes de enero
Del año pasado, estoy
Como un esclavo sirviendo
Al señor don Claudio Perez,
Y me ha dado en este tiempo,
A cuenta de mis salarios,
Percances y emolumentos,
La cantidad de cuarenta
Y dos reales; añadiendo
A esta suma unos calzones
Verdes; que segun sintieron
Los peritos....

DON CLAUDIO.

Si no callas,
Una zurra te prometo
Solemne.

PERICO.

¿Zurra? Acabóse.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon....

DON CLAUDIO.
¿Qué dices?
PERICO.
Por legítimo derecho
Habidos....
DON CLAUDIO.
¡Calle! ¿Con que....
PERICO.
Y no me pagais, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y....
DON CLAUDIO.
¡Periquito!
PERICO.
Ya caigo.
¡Periquito! y á buen tiempo.
DON CLAUDIO.
Sí....
PERICO.
No señor, se acabó;
(*Quiere irse, don Claudio le vá deteniendo.*)
Soy un bergante.
DON CLAUDIO.
Dejemos
Eso, y dime....
PERICO.
¡Picardía!
¡A un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!
DON CLAUDIO.
Aunque no me lo des todo.
PERICO.
¿Todo? Sí, ya estoy en eso.
DON CLAUDIO.
Pero siquiera....
PERICO.
Este mozo
Necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.
DON CLAUDIO.
Entremos
A mi cuarto, y me dirás
Por donde ha venido el cuervo,
Y.... Vamos, allí se hará
La distribucion.
PERICO.
Veremos.
DON CLAUDIO.
¿Pues qué, no has de darme?
PERICO.
Poco.
DON CLAUDIO.
Anda, que....
PERICO.
El mucho dinero
Es causa de muchos vicios,
Nos hace ingratos, soberbios,
Insufribles, tontos....
DON CLAUDIO.
Alguien
Viene.... Mira que te espero.
PERICO.
Bien está.
DON CLAUDIO.
Por Dios no dejes
De....
PERICO.
Quedo enterado.... Adentro.

ESCENA VII.

Perico. Don Luis.

DON LUIS.

¡Oiga! ¿Ya estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Cómo dejas
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

DON LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.

(Entrase Perico en el cuarto de don Claudio.)

DON LUIS.

Bien.

ESCENA VIII.

Don Luis. Lucía.

DON LUIS.

(Siéntase junto á una mesa.)
No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es.... La criada
Podrá servir á mi intento,
La sorprenderé.... No es cosa
Antes de saber si es cierto....
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen.... Lucía.
(Llama.)
¡Cuál será mi sentimiento!
¡Oh juventud! ¡oh temible
Juventud...! Disimulemos.
(Sale Lucía.)

LUCIA.

¿Qué mandais, señor?

DON LUIS.

Te hago
Salir aqui porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo....
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.

LUCIA.

Si señor, bien os podeis
Fiar de mí.

DON LUIS.

Asi lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña á Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto
De esta venida; aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me dá pesadumbre;
Porque si á Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su génio,
Y tal vez podrá creer
Que esta boda se ha deshecho

Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo.... ¿Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio....
¡Sacrificar á su hija
De ese modo...! Te confieso
Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano....

LUCIA.

Ya se vé,
En siendo un partido bueno....

DON LUIS.

Pues, estamos... ¿Y cuál puede
Hallarse mejor?

LUCIA.

Es cierto.

DON LUIS.

Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre: disimula...
¿Y qué ha de hacer?

LUCIA.

¡Tal empeño
De señor! ¡Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro!
Pero sí, lo que ella dice:
Un año falta lo menos
Para profesar, y un año
Dá lugar á mil proyectos.

DON LUIS.

Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,
Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?

LUCIA.

Asi es

DON LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fué temeridad
Esponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.

LUCIA.

¡Ay señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!

DON LUIS.

Ya se vé, como no tienen
Ocasion... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devaneos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fuí
Ningun padre del desierto.

LUCIA.

Ella está que se desvive
Por él.

DON LUIS.

Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;

Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...
¿Y cuál es su pensamiento?

LUCIA.

Como salió don Martin
A lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.

DON LUIS.

Ya lo sé.

LUCIA.

Jamás ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...

DON LUIS.

Ya se vé... Pero el criado
Qué ha de saber? ¿Qué talento
Tiene, ni que... No señor,
Asi no vá bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.

LUCIA.

Os prometo
Que no chistaré.

DON LUIS.

Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que sino se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio:
Ya lo he dicho.

LUCIA.

Bien está.

DON LUIS.

Pues vete, no te echen menos
Tus amas.

(Vase Lucía.)

Cayó en el lazo.
Asi podré contenerlos.
No se determinarán
A un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretesto
Para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!... Harto difícil
Ha de ser... ¡Pero qué enredos
(Levántase.)
De niña! ¡Qué educacion!
¡Qué frutos vamos cogiendo!
¡Y Inés! ¡Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

Don Luis. Perico.

DON LUIS.

¿Está adentro
Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,
Si señor; está leyendo
Un libro...

DON LUIS.
¿Qué libro?
PERICO.
Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandais algo?
DON LUIS.
Nada; que te vayas presto.
PERICO.
Con vuestra licencia...
(Haciendo cortesías.)
DON LUIS.
Vete.
No gusto de cumplimientos,
Vete.
(Vase Perico por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

Don Luis. Don Martin.

DON MARTIN.
¿Has salido de casa?
DON LUIS.
Si quieres algo, voy luego
A salir.
DON MARTIN.
Solo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada:
Ya está visto... Si á don Diego
El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene
Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo
De las cuentas del monjío...
¡Es buena cosa por cierto!
¡Que hasta el hacer penitencia
Nos ha de costar dinero!
A Dios.
(Hace que se vá y vuelve.)
¿Pero qué salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se vé: los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre... No hay remedio;
¿Qué ha de resultar?... Preciso:
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...
DON LUIS.
Mejor es
Callar.
DON MARTIN.
Y procedimientos
(Don Martin se pasea; don Luis quiere responderle y se contiene.
De libertinage... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...
Ya se vé, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es estraño

Que incurra en mil desaciertos
Y haya educado tan mal
A tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar... Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,
¡Qué lástima no aplicarlos
A rectores de colegios!

DON LUIS.

Vamos, Martin, no me apures
La paciencia.... ¿No podremos
Vernos jamás sin que haya
Quimeras y sentimientos?

DON MARTIN.

Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...

DON LUIS.

Dejemos
Eso por Dios.

DON MARTIN.

Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto
Callaré.

DON LUIS.

Sí, me molestas.

DON MARTIN.

Pues de hoy mas, alto, silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo;
A bien que á mí no me importa.

DON LUIS.

¿Y qué cosa?

DON MARTIN.

Un chisme, un cuento.

DON LUIS.

¿Será algun otro delito
De Inés?

DON MARTIN.

No, del caballero
De Ocaña don Claudio.

DON LUIS.

¿Y qué?

DON MARTIN.

Ayer encontré á un sugeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera: dice
Que entre los bailes, el juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y escesos
Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ageno.
Que le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?

DON LUIS.

Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.

DON MARTIN.

Yo celebro
Mucho tu serenidad.

DON LUIS.

¿Que quieres, que alborotemos
La casa?

DON MARTIN.

No, pero...

DON LUIS.

A mi

Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.

DON MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. Adios.

(Hace que se vá.)

ESCENA XI.

Doña Inés. Don Luis. Don Martin.

DOÑA INÉS.

Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.

DON MARTIN.

¿Sí? Pues nos verás
Separados al momento.

(Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.)

DOÑA INÉS.

No señor, no os vais: delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.

DON MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo
A tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo:
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

DOÑA INÉS.

Esperad.

DON MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII.

Don Luis. Doña Inés.

DON LUIS.

¿Lloras, Inés?

DOÑA INÉS.

¿Pues, señor,
No he de llorar? ¿Como puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...

DON LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De la envidia, la venganza,
Y el encono mas perverso...
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo.

DOÑA INÉS.

¡Padre!

DON LUIS.

¡Mi querida Inés!

(Abrazando á doña Inés.)

DOÑA INÉS.

¿Pero sabeis el suceso?

DON LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.

Todo cuanto me dijeron
Contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho:
¿Quieres mas?

DOÑA INÉS.

Eso me basta.

DON LUIS.

Era imposible un esceso
Tan culpable, en tu prudencia,
En tu decoro; en tu honesto
Proceder... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento:
A no ser que... Pero no.

DOÑA INÉS.

¿Qué decis?

DON LUIS.

Que fueran celos.

DOÑA INÉS.

¿Celos, y de quién? ¿De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De estravagancias?

DON LUIS.

Seria
Mucha locura en efecto.

DOÑA INÉS.

Bien sabeis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta; y que solo
Pudiera vuestro concepto
Obligarme...

DON LUIS.

No, hija mia.
¿Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz... Ni debo
Corresponder de otro modo,
A tu amor y tu respeto.
No te casarás con él:
No será tu esposo un necio,
Sin virtud y sin honor.
El sale.

DOÑA INÉS.

Me voy adentro,
Si lo permitís.

DON LUIS.

¿Ni verle
Quieres?

DOÑA INÉS.

Señor, no lo puedo
Remediar, es insufrible.

ESCENA XIII.

Don Luis. Don Claudio.

DON CLAUDIO.

(Aparte.)

(¿Aun no se ha marchado el viejo?
¡Qué posma!)

DON LUIS.

¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?

DON CLAUDIO.

Que se ha resuelto
A venir, y que mañana
Por la noche nos veremos,
O esotro dia á comer.

DON LUIS.

Gran placer me dá con eso.

DON CLAUDIO.

Y á mí.

DON LUIS.

Somos muy amigos....
Y habrá diez años, lo menos,
Que no le he visto... Si habrá.

DON CLAUDIO.
(*Aparte.*)
(¿Por qué no se estará quieto
En su lugar?)
DON LUIS.
¿Qué decias?
DON CLAUDIO.
Nada, que estoy muy contento.
DON LUIS.
Pues es menester que tú,
Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo, y vayas
A recibirle. Este obsequio,
Como que sale de tí,
Le agradará.
DON CLAUDIO.
Ya lo veo,
Pero yo... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.
DON LUIS.
Y bien, allí le hallarás.
DON CLAUDIO.
Es que el cura es algo nuestro:
Como primo de mi madre
Viene á ser... Si, dicho y hecho,
Primo.... No hay mas que son primos.
DON LUIS.
¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana?
DON CLAUDIO.
Es que si... Pero no puedo
Ciertamente, porque...
DON LUIS.
¿Tienes
Que visitar el enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos
Te los daré.
DON CLAUDIO.
¿Para qué
Tengo de llevar los perros?
DON LUIS.
Para cazar.
DON CLAUDIO.
Yo no gusto
De cazar.
DON LUIS.
Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.
DON CLAUDIO.
¿No es mejor estarnos quietos,
Si él al cabo ha de venir?
DON LUIS.
Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle;
Si no viniera, ¿á qué efecto
Era el salir?
DON CLAUDIO.
(*Aparte.*)
(¡Qué manía!)
Si estoy sin botas.
DON LUIS.
Yo tengo
Botas, y te las daré:
Y espuelas, y silla, y freno,
Y látigo... No hará falta
Nada, nada.
DON CLAUDIO.
Lo agradezco.
¿Y dónde he de hallarle?
DON LUIS.
Tú
Sigue el camino derecho,

Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo:
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozas el fresco
De la mañana.

DON CLAUDIO.

Si está
Nublado.

DON LUIS.

No tengas miedo.

DON CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?

DON LUIS.

Llevad las capas.

DON CLAUDIO.

Estoy
Tan malo....

DON LUIS.

¿De qué?

DON CLAUDIO.

Del pecho.

DON LUIS.

¡Aprension! Luego que salgas
Al campo te pones bueno.

(*Váse por la puerta del lado derecho.*)

ESCENA XIV.

Don Claudio. Doña Clara.

DON CLAUDIO.

Se fué... ¡Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!

DOÑA CLARA.

Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.

DON CLAUDIO.

Pero ¿y don Martin?

DOÑA CLARA.

Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.

DON CLAUDIO.

No volvamos
A la de marras.

DOÑA CLARA.

Ya dejo
Centinela.

DON CLAUDIO.

Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito....

DOÑA CLARA.

Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.

DON CLAUDIO.

Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué haremos?
Mi padre viene.... Por fuerza
Viene.... ¡Toma! Ya le siento
Llegar.

DOÑA CLARA.

Por eso conviene
Aprovechar los momentos.

DON CLAUDIO.

Pero si quiere que salga
Mañana.

DOÑA CLARA.

Yo ya le entiendo.
El nos quiere separar:
Es malicioso en estremo....
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.

Pero en fin, á vos os toca.
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.

DON CLAUDIO.

Ya se vé, que aqui no vamos
A hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Solo que yo me recelo....

DOÑA CLARA.

¿Qué recelais?

DON CLAUDIO.

¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y despues
Lo huelen.... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como....

DOÑA CLARA.

¡Qué necios
Temores en un amante!

DON CLAUDIO.

Y como despues me quedo
Solo, porque Periquillo
Se vá sin falta.

DOÑA CLARA.

¿A qué efecto
Se vá, ó á dónde?

DON CLAUDIO.

A Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos,
Que importa que no se pierdan.
Porque como tiene el pleito
Con el alcalde mayor
Dos años há sobre aquello
De la viña del Juncar....
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,
Quiere que Perico vaya
A ver....

DOÑA CLARA.

¿Y lo dejaremos
Asi, don Claudio? Y si el otro
Se vá, ¿no tendreis aliento
Para nada?

DON CLAUDIO.

Si señora,
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quidam,
Para que le consultemos....

DOÑA CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia....

DON CLAUDIO.

¡Prudencia!
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra.... Pero el diablo
Lo enreda, y....

DOÑA CLARA.

Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre: á mí me quieren
Sepultar en un convento...
No nos veremos jamás,
Y me perdereis, y os pierdo.

DON CLAUDIO.

Pues bien, al instante voy
A salir, á ver si encuentro

A ese muchacho.

DOÑA CLARA.

Avisadme
De lo que hubiéreis dispuesto.

DON CLAUDIO.

De preciso.

DOÑA CLARA.

No perdais
La fortuna que os ofrezco,
Hágamos las diligencias,
Y obre Dios.

DON CLAUDIO.

¡Es gran proyecto!
Pero no se ha de lograr.

DOÑA CLARA.

Y si nosotros queremos,
¿Quién lo ha de impedir? Mi padre
Se pondrá furioso, y luego
Habrá de ceder.... Si acaso
Temeis que os azote el vuestro...

DON CLAUDIO.

¿Que me ha de azotar...? Sí, ¡toma!
Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas, y anegado en pleitos
Que le desuellan.... Don Luis
No sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la carcel presos,
Y luego sudan.... ¡por fuerza!
Para salir, no hay remedio....
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.

DOÑA CLARA.

Pues bien ¿qué os detiene?

DON CLAUDIO.

A mí
Me detiene.... Yo me entiendo,
Porque al cabo es un embrollo
Del demonio, y tengo un miedo
De que....

DOÑA CLARA.

Bien está, don Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
El diera resolucion
Para mayores empeños.
Ya os conozco; bien está.

(En ademan de irse, don Claudio la detiene.)

DON CLAUDIO.

Clarita, vaya.

DOÑA CLARA.

¡Perverso!

DON CLAUDIO.

Morenilla.

DOÑA CLARA.

¡Seductor!

DON CLAUDIO.

Oye.

DOÑA CLARA.

No, no quiero veros.

DON CLAUDIO.

Calla, pobrecita mia.

DOÑA CLARA.

Dejadme. Adios.

DON CLAUDIO.

Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.

DOÑA CLARA.

¡Ay! ¡Cómo puede

Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho!
¡Qué lejos estaba yo
De saber amar, qué lejos!
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisongeros
Que ofrece el mundo, ¿quién pudo
Hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí:
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡Qué desengaño...! ¡Y qué tarde
Viene..! Pero á quién me quejo?
Yo soy la culpada.... Quise
A un hombre, y este es el premio..
Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos,
(*Llora.*)
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.

DON CLAUDIO.

Por San Pedro,
Que no sé lo que me pasa.
Ni á que son esos estremos.
Si digo que voy allá:
Que entre los dos.... En efecto,
Ello, hoy mismo se ha de hacer,
Y aunque despues eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,
Y don Luis se caiga muerto;
Si nos casamos, de todo
Lo demás se me dá un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
Asi, que ya me enternezco....
¡Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo,
Hasta ver en qué quedamos...
Voy á la consulta y vuelvo.

(Se vá don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se vá por el lado opuesto.)

DOÑA CLARA.

Anda con Dios.... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Perico. Doña Clara.

PERICO.

Rendido estoy. ¡Qué malditas
(Siéntase.)
Callejuelas! empinadas,
Tuertas, angostas... ¡Por cierto
Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco!... Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito,
¡Oh señorita!

(Sale doña Clara. Perico se levanta.)

DOÑA CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio.
Que me dijo....

DOÑA CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba...

DOÑA CLARA.

Pues no ha venido.

PERICO.

A buscarle.

(Hace que se vá y vuelve.)

DOÑA CLARA.

¿Pero en qué estado se hallan
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.

¡Ay señora de mi alma!
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.

DOÑA CLARA.

No temas nada.

PERICO.

¡Ay señora! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra... Hemos corrido
La ciudad y su comarca
Buscando á un cierto don Lucas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.

DOÑA CLARA.

Pues á mi
Me ocurre... Sí... Y eso basta.
Una obligacion....

PERICO.

Seguro.

DOÑA CLARA.

De matrimonio, firmada,
Por los dos....

PERICO.

Pues si es la idea
De don Lucas...

DOÑA CLARA.

Si llegára
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel...

PERICO.

Hatillo y salto de mata.

DOÑA CLARA.

Bien que... Mira, de ningun
Modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

DOÑA CLARA.

Y si nos apuran,
Fuga, depósito...

PERICO.

¡Oh Clara,
Prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.

DOÑA CLARA.

Si le falta
Dinero...

PERICO.

¿No ha de faltarle?
¿Pues bolsa mas apurada
Que la suya quién la vió?

DOÑA CLARA.

Yo tengo algunas alhajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza:
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca....

(Al ver doña Clara á don Martin que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.

Solo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.

PERICO.

Y á qué demonios

Viene... ¡Hay hembra mas bellaca!

(Vé á don Martin y finge igualmente no haberle visto.)

Y dice bien que es locura.
Una niña delicada
Como vos... ¡Eh! no señor;
Las penitencias relajan
La salud siendo escesivas.
Ya probareis lo que anda
Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, vereis
Que trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anís!

DOÑA CLARA.

Con ese lenguaje engaña
El enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y árdua
La senda del bien, y así
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

Don Martin. Doña Clara. Perico.

DON MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos estremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre Fray Gil... ¡no es nada!
¡Capuchinita se quiso
Meter! Es cosa muy santa,
¿Quién lo duda? Pero debes
Considerar que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y continuada
Como allí se necesita.
¿Qué la sucedió á Sor Blasa
De la Transverberacion?
Bien te acuerdas qué muchacha
Tan robustona, tan fuerte....
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran.
Ya va mejor, ya peor:
Al año y medio que estaba
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla:
Desimpresionadla bien.

DON MARTIN.

¿Quién eres tú?

PERICO.

Soy de casa,
Periquillo.

(Hace una cortesía, y se vá por la puerta de la derecha.)

DON MARTIN.

¡Ah! si, el criado
De don... A Dios. Buena traza
Tiene ese mancebo.... No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, ¡eh! que estás
Tristona y desmejorada
De pensar en eso. ¿Entiendes?

DOÑA CLARA.

Si señor.

DON MARTIN.

Despues que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieces
Luego con estraordinarias
Penitencias á afligir,
No señor... ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras, tratar
A las otras como hermanas.

DOÑA CLARA.

Sí, lo son en el Señor.

DON MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas
Mucho.. y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla: que en esto solo
Estriba ser buena y santa.
Porque sino, el enemigo...

DOÑA CLARA.

¡Ay, el enemigo...

(Fingiendo escesiva timidez.)

DON MARTIN.

Aguarda
La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

¡Dios nos libre!

DON MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

DOÑA CLARA.

Como el traidor solo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
¡Ay papá!

(Asiendo de las manos á don Martin.)

DON MARTIN.

Calla, hija mia,
No te atemorices, calla:
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.

DOÑA CLARA.

¡Somos
Tan débiles!

DON MARTIN.

Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que....

(Aparte.)

(¡Pobrecita!..) ¡Eh! voy
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
A mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar antes que las traiga.

DOÑA CLARA.

La mano, papá.

(Se arrodilla, y le besa la mano.)

DON MARTIN.

A Dios, niña.

DOÑA CLARA.

Él nos conserve en su gracia.
Voime á la oracion mental,
Que hoy viernes será muy larga.

ESCENA III.

Don Martin. Don Claudio.

DON MARTIN.

Esto se llama virtud,
Lo demas es patarata.
Ya se vé, todo consiste
En una buena enseñanza.

(*Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio que sale apresuradamente.*)

¡Hombre, que... ¿Pero por qué no miras?...

DON CLAUDIO.

No reparaba.

DON MARTIN.

Reparar.

DON CLAUDIO.

Vengo de prisa.

DON MARTIN.

¡Calavera!

DON CLAUDIO.

Como entraba
De prisa.

DON MARTIN.

¿Y á qué vendrán
Esas prisas?

DON CLAUDIO.

¿Quién pensára
Que estuviérais tan al paso?

DON MARTIN.

¡Badulaque! (*Váse.*)

DON CLAUDIO.

Nada falta
Sino que Perico venga
Y acabemos la maraña.
¿Periquillo, estás ahí?

(*Se entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA IV.

Doña Clara. Don Luis.

DOÑA CLARA.

D. Claudio... digo... Yo entrára,

(*Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda, y observa por un lado y otro si alguien la vé.*)

Pero... Cerró... No, no puede
Ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... ¡Qué vida
Esta, tan desesperada!
Presa, oprimida: estudiando
Templum, templi y laudo laudas,
Y *quis vel qui*... Pero, no,
No perdamos la esperanza,
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues, ¿no lo dije?

(*Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues don Luis.*)

DON LUIS.

¿Qué buscas?

DOÑA CLARA.

¡Válgame Dios!

(*Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse y don Luis la detiene.*)

DON LUIS.

¿Qué?

DOÑA CLARA.

Buscaba
Una estampa muy devota,
Que me dió el padre Berlanga,
Y ni sé donde la... Ni...

¡Cuanto siento no encontrarla!

DON LUIS.

¿Te vas? Ven aquí.

DOÑA CLARA.

Señor.

DON LUIS.

Ven acá. ¿Por qué te estrañas
Asi? Cuando nos juntamos
En la mesa, no me hablas,
Y despues, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas
Huyes de verme... ¿Qué es esto?
¿Conmigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

¿Enfadada? No señor.

DON LUIS.

¿Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, asi me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tio,
Perdon.

(*Quiere arrodillarse, y don Luis lo estorba.*)

DON LUIS.

¡Ay! niña, levanta;
Que no gusto de eso. Dime...
Pero quisiera que habláras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Esplicarle con palabras.

DON LUIS.

Yo presumí que el temor
A tu padre fuese causa
De callar y darle gusto;
Aunque hubiese repugnancia
En tí.

DOÑA CLARA.

¿Cómo? No señor.

DON LUIS.

Las hijas bien educadas,
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mi falta
Ese mérito.

DON LUIS.

¿Por qué?

DOÑA CLARA.

Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre y sigo
Mi vocacion.

DON LUIS.

¡Cosa estraña!

DOÑA CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.

DON LUIS.

Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada
Su fortuna ¿se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio; ó es
muy embustera, ó muy santa.
Pero, dime, si no es esa
Tu inclinacion, porque engañas
¿A quien te puede servir?
¿A quien te quiere en el alma,

A pesar de tus defectos?
¿Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad?

DOÑA CLARA.

¿Pero, quién os dice?

DON LUIS.

¡Ingrata!

DOÑA CLARA.

¡Por cuantos medios procura
El enemigo, que caiga
En el pecado!... Pues no,
No ha de rendir mi constancia:
Que Dios....

DON LUIS.

Oyes, niña, mira
Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... ¡Eh! No me hagas
Enfadar. Si yo te falto
¿Quién con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la estraña
Tenacidad de tu padre?
¿Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor?... Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo como salgas;
Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa:
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contemplativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado, en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Y servir á Dios, sin tocas,
Sin hábitos, ni alpargatas,
Como buena madre y buena
Esposa y buena cristiana.

DOÑA CLARA.

¡Yo! ¿Qué decis?...

DON LUIS.

Si no quiere
Entenderlo, si desbarra,
Como suele, en mí tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mogigata,
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas y no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero señor....

DON LUIS.

Si llegáras
A ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana,
Con diabólico artificio,
Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
¡Infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

¿Pero, no sabré de dónde
Nace este error? ¿Qué malvada
Lengua, os informa de mí?
¿Quién me calumnia y me infama?
Pero, no... Yo la perdono:
Es mi prima y eso basta,
Y antes perderé la vida

Que ofenderla.

DON LUIS.

¿Qué artimaña
Es esa? ¿A qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo
De pensar, es muy contraria
A su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga
De sus deslices... ¡Qué mal
Me conoce! ¡Qué mal paga
Mi cariño!... Pues si somos
Frágil barro, quien estraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido y caiga?
Y cuando para sufrirla,
Los vínculos no bastáran
De la sangre, olvidaria
Yo la caridad cristiana?...
¿No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla?

DON LUIS.

Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas...

(*Doña Clara hace una reverencia en ademan de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con espresion cariñosa.*)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio
Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza:
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
A vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallaremos
Para ti.

DOÑA CLARA.

¡Qué temeraria
Proposicion!

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA CLARA.

¿Yo,
Señor?...

DON LUIS.

¿Pues qué?

DOÑA CLARA.

¿Yo casada?

DON LUIS.

¿Con que no?

DOÑA CLARA.

Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

DON LUIS.

Bien está.

(*Inquieto y reprimiendo el enojo.*)

DOÑA CLARA.

Que no se causa
De amar.

DON LUIS.
Muy bien.
DOÑA CLARA.
Y con premios
Eternos, corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.
DON LUIS.
¿Si? pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra....
DOÑA CLARA.
Bien, señor.
(Hace una cortesía y se vá.)
DON LUIS.
Nunca, porque
No sé si tendré templanza
Para sufrirte... ¡Embustera!
¡Oh, virtud, cómo te ultrajan!

ESCENA V.

Don Luis. Perico

PERICO.
Ahí he encontrado en la puerta
A un mozo con esta carta,
(Le dá una carta.)
De parte de... ¿Cómo dijo?...
De...
DON LUIS.
¿De don Juan de Miranda?
PERICO.
Cierto.... Que ha venido inclusa
En otra, que le enviaba
El mismo sugeto.
DON LUIS.
Sí.
PERICO.
Que perdoneis la tardanza:
Porque hoy ha comido fuera,
Y no ha vuelto por su casa
Hasta las tres.
DON LUIS.
¿No te ha dicho
Don Claudio?...
PERICO.
¿Lo de la marcha?
Si señor, si ya está todo
Prevenido.
DON LUIS.
La criada
Se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
Con él, ¿entiendes?
(Vase don Luis por la puerta del lado izquierdo.)
PERICO.
Ya estoy.

ESCENA VI.

Perico. Don Claudio.

PERICO.
¡Calle! que tiene cerrada
La puerta.
(Se acerca á la puerta de don Claudio, y hallándola cerrada, llama.)
Señor... Perico.
DON CLAUDIO.
Vamos, que ya te esperaba
Con impaciencia.
PERICO.
¿Y que ha habido?

DON CLAUDIO.

Que está la paz ajustada
Con el prendero. El se lleva
Las cosas algo baratas,
Pero al cabo yo no habia
De poder desempeñarlas,
Con que... Y sobre todo, habiendo
Apuros, nadie repara.
¿Y la vieja?

PERICO.

Mi señora
Doña Brígida Menchaca,
Viuda reverenda, dice:
Que hará lo que se la manda,
Por caridad, por serviros,
Porque no quiere que haya
Escándalos...

DON CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero,
Digo que allí no se trata
Mas de que por una noche
Tenga la niña posada
Segura, y al otro dia
Testigos, clérigo, y arda
Bayona.

DON CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo
Que tenemos despachada
La escritura del papel.

DON CLAUDIO.

Aquí está.

(Dá un papel á Perico.)

PERICO.

¡Viveza estraña!

DON CLAUDIO.

Allí he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.

(Lee el papel, y le guarda.)

PERICO.

«Yo, don Claudio Meliton Pe-
«rez y Perez, caballero hijodal-
«go, natural de Ocaña, y yo
«doña Clara Francisca Bustillo,
«doncella toledana. Estando en
«perfecta salud y con nuestro ca-
«bal entendimiento, hacemos de
«mancomun la presente obliga-
«cion de contraer himeneo mari-
«tal y consorcio de primeras nup-
«cias, al instante, ó cuanto mas
«presto fuere posible; que tal es
«nuestra última voluntad. Y que-
«remos ser obligados por justicia,
«si alguno de nosotros se llama-
«se antana, lo que Dios no quie-
«ra ni permita, amen. Y amen
«de esto, nos hemos dado mano
«y palabra, y nos hemos dado
«otras frioleras, las cuales ván
«puestas al fin de esta escritura,
«por modo de inventario. Fecha
«en Toledo, etc.—Yo don Clau-
«dio Meliton Perez y Perez, ca-
«ballero hijodalgo, natural de
«Ocaña.»

Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿Son estas las frioleras?

(Don Claudio saca un envol-

torio de papel, y Perico le guarda.)

DON CLAUDIO.

Esas son.

PERICO.

Pues á buscarla.

(*En ademan de irse.*)

ESCENA VII.

Lucía. Don Claudio. Perico.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCIA.

Solo
Deciros que doña Clara
Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCIA.

Dice que si habeis resuelto
Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta
Ya sino...

(*Hace que se vá y vuelve.*)

¿Dí, la Inesita
Y su padre están de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana?

LUCIA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor
Don Luis, con aquella pausa
Le tengo un miedo cerval.

LUCIA.

Cuando he venido quedaba
En su cuarto: doña Inés
Está cosiendo en la sala
Del jardin.

PERICO.

¿Si? pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

Don Claudio. Lucía.

LUCIA.

¿Y qué habeis dispuesto?

DON CLAUDIO.

Yo,
Muger, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.

LUCIA.

Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.

DON CLAUDIO.

Bien.

LUCIA.

Ya lo sabe
Todo, y como...

DON CLAUDIO.

¿Qué desgracia!

LUCIA.

Lo sabe; pero...

DON CLAUDIO.

¿Lo sabe?
Vamos, ya me...

LUCIA.

Es que mi ama...

DON CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata...
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCIA.

Pero escuchad lo que pasa,
Y despues....

DON CLAUDIO.

Cierto, y despues
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me meten
Entre puertas, y....

LUCIA.

No hay nada
De eso. Al contrario. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caseis.

DON CLAUDIO.

Pues ya estoy:
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada
De Inés, y yo no la quiero.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

¿Y lo callabas,
Muger...? Y no me lo has dicho
Dos horas há.... Corre, llama
A Perico.

LUCIA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas.... Sí, vamos
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.

LUCIA.

Si no me quereis oir.
Si es locura declarada
La que teneis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casárais
Con ella. Si me mandó
Que no os dijera palabra
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?

DON CLAUDIO.

A que pensaba
Que.... ¿Pero es cierto, Lucia?
No puede ser, tú me engañas.

LUCIA.

No señor.

DON CLAUDIO.

¿Con que es verdad?

LUCIA.

Ya se lo he dicho á mi ama....

DON CLAUDIO.

¿Y qué dice?

LUCIA.

Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer

DON CLAUDIO.

Pues ya se vé que eso es maula.

LUCIA.

No señor.

DON CLAUDIO.

Pues yo te digo
Que sí.

LUCIA.

Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.

DON CLAUDIO.

Lo mejor fuera azufarlas....
No hay que hacer, si todas son
Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX.

Lucía. Don Claudio. Perico.

PERICO.

Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama
Para no sé qué envoltorio,
Corre.

LUCIA.

Allá voy.

DON CLAUDIO.

Mira, aguarda.

(*Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que vá á darla. Al fin de la escena don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.*)

LUCIA.

¿Qué mandais?

DON CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCIA.

(*Aparte.*)
(Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.)

DON CLAUDIO.

Me parece á mí....

LUCIA.

¡Qué guapa
Estaré con él.

DON CLAUDIO.

Quisiera....
Es verdad que doña Clara....

LUCIA.

¿Y qué tiene que ver ella
Con eso?

DON CLAUDIO.

Ya, pero....

LUCIA.

Vaya,
Señor, si ha de ser.

DON CLAUDIO.

Al cabo
Ello....

LUCIA.

Me le haré de gasa.

DON CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.
Vete, vete.

LUCIA.

¡Haya pelon!

ESCENA X.

Don Claudio. Perico.

DON CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

DON CLAUDIO.

¿Y que te dió?

PERICO.

Véislo aqui

(Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.)

¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.

DON CLAUDIO.

Bien.... Pero qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

DON CLAUDIO.

¿Y si don Luis
Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras.
Que está bien, que es grande idea
Que sin que él os lo mandára
Lo hubiérais hecho, que apenas
Haya luz saldreis de casa.

DON CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,
Buenas noches, y á la cama.
Y despues, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos,
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos.... ¿Qué será? Si es flato,
Si es cólico, si es terciana....
Y cuando amanezca Dios
(Esto es á las once dadas)
Os sentís algo mejor,
Comeis poquito y sin ganas,
Hablais con voz enfermiza,
Dormís una siesta larga,
Y os quedais como si todo
Hubiera sido una chanza.

DON CLAUDIO.

¡Oh! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os atasqueis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.

DON CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas.... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye.... Ahí en la esquina
Le ví que se encaminaba
Hácia aquí: pude lograr,
Diciéndole no sé cuantas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la ranta,
Entonces, ancha es Castilla....
¡Ah! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

DON CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(*Váse al cuarto de D. Claudio.*)

ESCENA XI.

Don Claudio. Don Luis. Don Martin.

DON LUIS.

(*Don Luis saca un papel en la mano.*)
Mucho sentirá mi hermano
Esta novedad.... ¿Tú estabas
Aquí?

DON CLAUDIO.

Si señor.... ¿Qué diantre
De papel será el que saca?
¿Cuánto va....

DON LUIS.

Déjame solo.

DON CLAUDIO.

(¿Cuánto vá que la muchacha
Se le ha dejado pillar?)
(*Don Claudio se entra en su cuarto.*)

DON LUIS.

No sé qué medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene,
Ni tolera las desgracias....
El viene aquí.

DON MARTIN.

Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla... Yo no entiendo. ..
A mí no me escriben nada,
Ni una letra.

DON LUIS.

Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista... ¿Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla?

DON MARTIN.

No por cierto.
Solo le escribí que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta á empezar muy pronto
Su noviciado, y que...

DON LUIS.

Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.

DON MARTIN.

Con que... ¡Vaya!
Pues... A ver...

DON LUIS.

Toma.
(*Le dá el papel á don Martin.*)

DON MARTIN.

En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre... Siempre fué
Medio loco....
(*Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*)

¿Quién pensára
Esta salida, despues
De tanto esperar y tantas
Promesas?... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas
De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas.
Y arreglado el testamento:
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que... Yo
Respondí dándole gracias
Como era razon...

DON LUIS.

Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, seria
Inútil favor nombrarla
En el testamento, y quiso
Que su prima Inés gozára
De esta merced, pues está
Sin colocar... No es estraña
Resolucion.

DON MARTIN.

Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
Lo merece... ¡Bribonaza!
¡Desenvuelta!... Así va el mundo.
¡La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada!...
Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zangüanga
De que no lo necesita.
¿Y qué, á mí no me hace falta?

ESCENA XII.

El tio Juan. Don Luis. Don Martin.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

DON MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda
Venir la madre san Pedro
A decir á doña Clara,
Que mañana por la tarde
La aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava...
Es aquel de: ***Pastorcillo, Pastorcillo, come y calla, Come y calla...*** Con que dijo
Que viniera y avisára
Para que...

DON MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

¿Pero qué
Diré?

DON MARTIN.

Que bien, que mañana
Irá por allá.

TIO JUAN.

(***Hace que se vá y vuelve.***)
¿Os han dado
Una esquelita firmada
De la abadesa?

DON MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.
No lo digo porque haga
Falta, sino....
DON MARTIN.
Ya llevó
El dinero.
TIO JUAN.
Es que me encarga
La abadesa....
DON MARTIN.
¿Qué encargó?
TIO JUAN.
Que os dijera, que no es tanta
La urgencia que haya de ser
Hoy mismo.
DON MARTIN.
¡Desatinada
Prevencion!... Si ya le he dado
El dinero.
TIO JUAN.
¿A quién?
DON MARTIN.
¡Machaca!
A don Sempronio.
TIO JUAN.
¿Y quién es
Don Sempronio?
DON MARTIN.
¡Qué pesada
Taravilla de preguntas!
¡Vaya que el hombre me cansa
De veras!
TIO JUAN.
Pero....
DON MARTIN.
Al hermano
De don Lorenzo... Aun no acaba
De entenderlo.
TIO JUAN.
Es que no tiene
Tal hermano.
DON MARTIN.
Es que me enfada
De veras el señor Juan.
Váyase de aqui, ¿qué aguarda?
TIO JUAN.
Señores, Lléveme Dios
Si yo entiendo una palabra...:
Sobre que no hay tal hermano.
DON MARTIN.
Sobre que viene con ganas
De impacientarme... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿Qué replica?... Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.
TIO JUAN.
¡Gangoso!... Si en esta sala
Di yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas....
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo, que estabais
Fuera; dije, que vendria
Despues; dijo, que escusára
El venir, porque estas noches
No soleis cenar en casa,
Y no os venis á acostar
Hasta las doce muy largas.
Como que yo...
DON MARTIN.
¿Pero no ves
Cuánto disparate ensarta
Este menguado?
TIO JUAN.
Si el otro
Fué, quien me dijo...

DON LUIS.

Apostára
Que te han hecho alguna burla.

DON MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.

DON LUIS.

Calla,
Que hemos de ver si... Perico.

PERICO.

Señor.

(Responde desde adentro.)

DON LUIS.

Perico.

ESCENA XIII.

Perico. Don Luis. El tio Juan. Don Martin.

PERICO.

¿Quién llama?

(Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademan de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.)

TIO JUAN.

El es sin duda... No hay mas
Que es él.

PERICO.

No sé donde paran
Estas espuelas...

DON LUIS.

Escucha
Un recado.

PERICO.

Están atadas
Con un cordel.

(Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.)

DON LUIS.

Oye aqui
Primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

DON LUIS.

¿Quién es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La abadesa?

PERICO.

Yo, señor,
¿Qué he de saber? No sé nada.

DON LUIS.

¿Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

DON LUIS.

Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.

¿No mas?

DON LUIS.

Dilo al instante.

DON MARTIN.

Despacha.

PERICO.

¡Ah, demandadero indigno,
Qué banderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

DON LUIS.

Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿á quién dió
La esquela?

PERICO.

Bien escusada
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?
A mí.

DON MARTIN.

¿Y el otro fantasma
Que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fuí.

DON MARTIN.

¿Con aquella pata?

PERICO.

Si señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.

DON LUIS.

¡Picaron!... Cosa mas...

DON MARTIN.

Dí,
¿Y el dinero en dónde para

DON LUIS.

¿Qué hiciste de él?

PERICO.

¿Qué se yo?

TIO JUAN.

¡Vamos que el mocito es caña!

DON MARTIN.

¿Qué has hecho de él?

PERICO.

No le tengo
Aquí: dejadme que vaya
A casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.

DON MARTIN.

Pues corre.

(Don Martin le dá un envion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.)

DON LUIS.

No hay que soltarle.

PERICO.

Pero iré bajo palabra
De honor.

DON LUIS.

O entrega el dinero,
O vas á pagar tus maulas
A un calabozo.

PERICO.

¡Qué empeño!..

DON LUIS.

Y en tanto que el señor llama
A la justicia...

TIO JUAN.

Allá voy.

(Hace que se vá y vuelve.)

PERICO.

Aquí está el dinero.

(Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero y se lo guarda.)

DON MARTIN.

Daca,
Ratero.

PERICO.

¡Ratero á mí!

DON MARTIN.

¿Y está todo?

PERICO.

Lo que falta
Don Claudio os lo pagará
Que yo no me pringo en nada.

DON MARTIN.

Vamos á ver.

DON LUIS.

Pues, amigo,
Ya habeis visto lo que pasa;
Y así direis á las madres

Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.

TIO JUAN.

Está bien.

PERICO.

La del humo.

ESCENA XIV.

Don Luis. Don Martin. Perico. Don Claudio.

DON LUIS.

¡Buena alhaja
De mozo nos ha venido!
¿Y en estos enredos anda
Tu señor?

DON MARTIN.

¿Pues qué creias?

DON LUIS.

Nunca pensé que llegára
A tal.

DON MARTIN.

Si que el jovencito
Es sugeto de esperanzas.

DON LUIS.

Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y qué.... llama
A ese muchacho.

PERICO.

Don Claudio.
Señor don Claudio.

DON LUIS.

Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy seria para dejarla
Asi.

PERICO.

Si pudiera yo
Entretanto...
(En ademan de quererse ir por la puerta del lado derecho.)

DON LUIS.

No te vayas....
Quieto.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

¿Qué ocurre?
(Sale de su cuarto.)

DON LUIS.

¿Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te crei
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedage,
Laamistad, la confianza,
Se pagan asi?

DON MARTIN.

¡Bribon!

DON CLAUDIO.

Toma, ¿pues qué...

DON MARTIN.

¡Le matára
De un go'pe!

DON CLAUDIO.

Maldito sea
El papel y... Yo pensaba
Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto...

DON LUIS.

¡Es buena gracia
Por mi vida! ¿Te parece
Que es para menos la chanza?

DON CLAUDIO.

Ya, pero en cumpliendo como
Hombre de bien.

DON LUIS.

¿Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Despues de hacer una infamia?
¿Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa? No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre?

DON CLAUDIO.

¡Vaya,
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!
¿Cuánto vá que no se enfada?

DON LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

DON CLAUDIO.

Pues digo bien; ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡Mi padre!... Pues apostára
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me dá las gracias.
Y sobre todo... ¡Cuidado
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo!... ¡Oh! pues yo
Por bien soy como una malva;
Pero por mal... ¿Si querrán
Que me acoquine y les vaya
A pedir perdon?.. Parece
Que es alguna cosa estraña
Segun se ponen... La quiero:
Ya se vé, me dá la gana
De quererla: ella me quiere
Tambien á mí; con que pata.
¡Toma!... El papel ya está hecho:
Su padre quiso encerrarla:
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.

DON MARTIN.

¿Cómo? ¿Qué... ¿Que ha sido?

DON LUIS.

Calla,
Déjale hablar.

PERICO.

Si mi amo
Está diciendo patrañas,
Si sueña.

DON LUIS.

Calla ó te mando

(Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.)

Tirar por una ventana...
Vete de aquí.

DON CLAUDIO.

Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba
Ella quiso... ¿Yo, qué habia
De hacer? dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

DON MARTIN.

Pero cómo...

DON CLAUDIO.

El cómo es cosa muy larga
De contar... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras..
Y lo que ha de ser por fuerza
Tomarlo de buena gana.

DON MARTIN.

Si...

(Lleno de turbacion y de inquietud, llama, acercándose á la puerta del lado izquierdo.)

¡Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede... Clara.

ESCENA XV.

Doña Clara. Don Luis. Don Martin. Don Claudio.

DOÑA CLARA.

Señor... Padrecito mio,
¿Me llamais á mí?

DON CLAUDIO.

Te llama
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
A sermones... El papel
Nos le ha pillado, eso pasa.

DON MARTIN.

Ya lo comprendo.... ¡Dios mio!
Déjame, que he de matarla.

(Huye doña Clara, y se pone al lado don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.)

DON LUIS.

¿Qué vas á hacer?

DOÑA CLARA.

Claudio, presto,
Sácame de aqui.

DON MARTIN.

¡Malvada!
¡Hija inobediente!... ¿Asi
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.

DOÑA CLARA.

Al instante
Llévame de aqui, ¿qué aguardas?
El papel le tengo yo,
Tu muger soy, no tu dama,
En cualquier parte hallaremos
Proteccion... Nada nos falta,
Mientras yo viva á ninguno
Necesitas.

DON MARTIN.

¡Desgraciada!

(Don Martin sintiéndose desfallecido se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.)

No puedo estar...

DON LUIS.

Mira, vete
Allá adentro... No adelantas
Nada con verla.

DON MARTIN.

Es verdad...
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

DON LUIS.

Bien.

DON MARTIN.

Que no
Me pongan los pies en casa,
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

Don Luis. Doña Clara. Don Claudio.

DON CLAUDIO.

Vamos.

(Don Claudio y doña Clara hacen ademan de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.)

DON LUIS.

¿Cómo?
¿Y adónde ireis?

DOÑA CLARA.

El lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

DON CLAUDIO.

Si aqui nos halla
Puede hacer un desatino.
Vamos.

DON LUIS.

¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habeis hecho?

DOÑA CLARA.

Estoy muy harta
De sufrirle... ¿No habeis visto
Cuánto le irrita que haya
Pensado en casarme, como
Cualquiera muger se casa?
¿No ha de tener esto fin?
¿He de vivir siempre esclava?...
Chico, vámonos... Y no,
No temais que esto dé causa
A escándalos. Hay papeles,
Prendas, testigos que bastan
A probar que es mi marido
Y yo su muger. Mañana
A las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entonces...

DON CLAUDIO.

¿Entonces?
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

DON LUIS.

(*Con mucho enojo.*)
¡Pícaro!

DON CLAUDIO.

Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene, y en habiendo plata...

DON LUIS.

(*Don Luis tomando la carta que está sobre la mesa, se la dá á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*)
Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?... ¡Ay de mí! ¿Es posible?...
Moriré desesperada.
¡Inés la heredera!

DON LUIS.

Sí.
El cielo quiere premiarla,
Y á tí te castiga.

DON CLAUDIO.

¡Calle!...
Pues cierto que...

DOÑA CLARA.

¡Desdichada!

DON LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

¡Qué miseria nos aguarda!
¡Qué afrentas! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.
¡Ay! mi padre vuelve... ¿En dónde

Me ocultaré?
(*Don*)*Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA XVII.

Don Martin. Doña Inés. Don Luis. Doña Clara. Don Claudio.

DON MARTIN.

No, te cansas
En balde... No quiero verla.

DOÑA INÉS.

Pero señor...

DON MARTIN.

Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.

DOÑA INÉS.

Pobre, abandonada
De su padre, ¿adónde irá?

DON MARTIN.

Que no me mire á la cara
Nunca.

DOÑA INÉS.

Prima, ven aquí,
(*Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.*)
Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.

DON MARTIN.

Quita.

DOÑA INÉS.

Por mí, señor.

DON MARTIN.

Vete, aparta,
¡Hija indigna!

DON LUIS.

Pero, hermano
Es menester perdonarla...
¿Qué quieres hacer?

DON MARTIN.

Que v a
Cuantas desdichas arrastra
Su delito.

DOÑA INÉS.

Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿He de tolerar que salga
De aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias?
Hambre, desnudez la aguardan,
Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras,
Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta:
Que no, no quiero riquezas
Sino he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡Oh maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda!

DON MARTIN.

¡Inés, sobrina!

(*Don Martin y don Luis espresan su sorpresa y su ternura.*)

DON LUIS.

¡Querida
Inés!

DON MARTIN.

¡Tú si que eres santa!

DOÑA INÉS.

No señor, soy compasiva
Nada mas. . pero se pasa
(*Vá adonde está doña Clara y la trae de la mano.*)
El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

DOÑA CLARA.

(*Besando las manos á doña Inés.*)
Inés, yo he sido
Para contigo muy mala,
Perdóname.

DOÑA INÉS.

¡Que locura!
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

DON MARTIN.

Yo si me acuerdo.
Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Muger!

DON LUIS.

¡Cómo te arrebata
El furor! Pero, conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés: con ella reparta
Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser, sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido, y basta.
Asi podrá contenerlos
En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla;
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la estravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interés,
Lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
A la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

(*Don Claudio se acerca: él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés, y la abraza.*)

DON MARTIN.

Bien... Alzad,
Hijos... Y no me hableis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡Qué mal pensaba
De ti!... ¡Bendita!... ¡Hija mia!
¡Querida Inés!

DON LUIS.

Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
¡Oh, quiera el cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga!

DOÑA INÉS.

Si señor, si, viviremos
Siempre amigas, siempre her
manas.

(*Doña Inés y doña Clara se abrazan.*)

DON LUIS.

Lo espero así...

(Asiendo de las manos á doña Inés, con espresion de ternura.)

Pero tú
No sabes cómo se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por tí, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocára
La dicha de ser tu padre
Por el trono de un monarca.
¡Ojalá fuese el ejemplo
Público!... Si esto miráran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la vir ud
Verdadera de la falsa.

FIN.

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
BIBLIOTECA GENERAL